



rés, y que por tanto mal puede entrar la guerra en sus cálculos, cuando si se unen es para afianzar el equilibrio europeo, ese equilibrio pronto á romperse al primer choque. Mancini, el ministro italiano cuyo discurso tuvo tan gran resonancia, estuvo explícito por demás. Italia,—dijo,—trabaja de concierto con las otras dos potencias para la tranquilidad de Europa y para el progreso pacífico de la civilización. Se reserva su independencia, su dignidad, su iniciativa, pero toma este acuerdo para evitar las calamidades de la guerra; y toda nación que quiera abstenerse de agresiones injustificadas la tendrá á su lado, como hoy la tienen Austria y Alemania. Respecto á los rumores de que la alianza era contra Francia, el orador rechazó el cargo con toda energía. Nuestras necesidades, nuestros intereses, nuestras tradiciones,—añadió,—nos llevan á mantener una amistad franca y sincera con la República francesa. El deseo del Gobierno es mejorar más y más las relaciones que hoy unen á los dos países, desterrando todo motivo de disgusto.

Y no son menos explícitas tampoco las explicaciones que da de la triple alianza el órgano oficial del canciller Bismark, la *Gaceta de la Alemania del Norte*. Más astuto que el ministro italiano, el diario alemán, desdenando acudir á razones basadas en el sentimiento, expone las que se basan en la conveniencia mutua de las tres potencias, lo cual es mucho más convincente. Según este periódico, ni Austria, ni Italia, ni Alemania, se prestarían á formar parte de una alianza contra determinada nación, porque su política es pacífica, porque quieren la paz, y quieren la paz porque la necesitan, porque les es indispensable para su desarrollo material.

Y pasa enseguida á examinar las dificultades que traería para el orden político del mundo, que cualquiera de las tres naciones fuera vencida en una guerra por Francia. Si la vencida fuere Alemania, la situación sería grave en Europa, amenazada por el vencedor, y sobre todo para Italia y Austria; si por acaso fuese Italia, y la República acreciese su territorio por el Oeste ó dominase á Italia, Alemania y Austria sufrirían mucho con esta victoria francesa; por último, si fuera Austria la vencida, no podría serlo sin el auxilio de Italia, y el poderío y la seguridad de Austria Hungría son necesarias al predominio y á la tranquilidad del vasto imperio de Alemania. De todo lo cual deduce lógica y naturalmente el periódico alemán, que el sentido político obliga á esas tres grandes potencias á intervenir siempre en favor de la paz general y que, por lo tanto, si cualquiera de ellas se viese amenazada de una guerra, las otras dos procurarían evitarla. Razones de peso como fundadas en la propia conveniencia y en el interés egoísta de las naciones, dato seguro y sobre el cual pueden hacerse más cálculos que no sobre simpatías y deberes, débiles vallas y harto pequeños obstáculos para conflictos internacionales.

Sin embargo, á pesar de tan espontáneas declaraciones, aun no ha modificado la opinión de los que en todas partes presienten riesgos que temer. Es para éstos cosa baladí sin duda el mantenimiento de la paz europea, y no la consideran justo motivo de alianza para tres naciones poderosas. Estos cavilosos personajes llegan á descartar á Francia de las miras ambiciosas de Alemania, pero fundándose en los rozamientos del imperio alemán con Rusia, creen que la triple alianza no es más que un aviso al czar; ó bien afirman que es una severa amonestación á Inglaterra, é invocan en apoyo de su aserto un párrafo del discurso de Mancini, aquél en que este hombre de Estado hizo constar que la nación italiana no podría permanecer indiferente si otra cualquiera practicara una política colonial invasora para adquirir la dominación de la cuenca del Mediterráneo. El telégrafo nos trae á última hora una nueva opinión: la triple alianza no tiene otro objeto que el proponer el desarme general en un mismo día señalado con antelación, que aligerando de grave peso el presupuesto de todos los países, mejoraría en particular el estado económico, no muy floreciente, de Alemania.

El tiempo, gran aclarador de verdades, descubrirá en no lejano plazo lo que haya de cierto en esta serie de aventuradas hipótesis á que ha dado lugar el profundo secreto con que han sido llevadas las negociaciones. De todos modos, y cualquiera que sea el verdadero móvil que ha impulsado á estrechar los lazos de amistad á las tres potencias nombradas, conviene no olvidar que pasaron ya las épocas de grandes preocupaciones, aquellos días funestísimos en que el capricho de los reyes decidía la guerra entre los pueblos, y cambiaba en un solo día el porvenir de las sociedades. Hoy no puede estallar una guerra, si no hay para que estalle otras causas que el acuerdo ó la disconformidad de sus soberanos.

No en balde pasa el tiempo, y no en balde el progreso va haciendo su camino año á costa de grandes trabajos y de costosos sacrificios. Antiguamente esa alianza entre tres naciones tan poderosas como Italia, Austria y Alemania hubiera sido présago fatal de grandes calamidades, y hubiera empañado de lágrimas muchos ojos; hoy los pueblos oyen indiferentes esas noticias tan alarmantes otro tiempo y que solo dan que pensar á los hombres de poca fé; á los que aún vacilan sobre las aguas, porque dudan de la verdad de las doctrinas que sustentan y las creencias que predicán.

Aparte de este motivo de preocupación, la cuestión social en Inglaterra ha seguido dominando la atención general. El mismo interés que despiertan los sucesos de Irlanda ha cedido ante el inmenso interés constante por los atentados de los fenianos en Inglaterra. Como si Londres quisiera seguir el triste ejemplo que dá San Petersburgo, surgen por todas partes asesinos, conspiradores, locos, que por medio del crimen creen regenerar la sociedad culpable en cuyo seno viven y se agitan. Desdeñado el puñal por poco fuerte y la pistola por insegura, el arma es ahora la dinamita; no se obra contra determinada persona, sino contra determinada clase, y se elige un arma que mate á muchos á la vez, que haga mucho daño, como si con esto se quisiera dar á entender que no se combate al individuo, sino á la sociedad. Diariamente se descubren nuevos depósitos de sustancias explosivas, fábricas clandestinas de dinamita que son como arsenales de los conspiradores. Numerosas prisiones se verifican en Londres, en Dublin, en Birmingham y en otros puntos; entre los presos hay algunos que sintiendo la nostalgia del crimen son delatores cuando no pueden ser asesinos, y por sus declaraciones ha llegado á comprenderse la vasta organización del movimiento revolucionario, cuyo centro parece hallarse en los Estados Unidos, que es de donde parten las órdenes secretas, las instrucciones detalladas, las sentencias de muerte que luego un puñado de locos ó malvados se encarga de ejecutar.

La sociedad está alarmada; el temor ha cundido en ella, y como todo lo desconocido inspira terror tan invencible, la angustia crece de punto en todas las clases, porque son tales las armas que emplean los llamados ejecutores de sentencias populares, que una explosión comprende en un abrazo fatal inocentes y culpables, condenados y absueltos, y lanza á una misma tumba al ser odiado y al ser indiferente, al enemigo que proyecta un ataque y á la joven que ríe y al niño que juega, ajenos en un todo á esas mezquinas luchas de los hombres y á las pasiones bajas y oscuras que trastornan á las veces el claro juicio de la humanidad.

El Gobierno no podía permanecer inactivo ante estos salvajes atentados; aun descartando lo que de exagerado puede haber en la delación de un complot feniano que tenía por objeto depositar en edificios del Estado, cafés, clubs, etc., grandes cantidades de dinamita para producir en un momento dado una serie de explosiones simultáneas, á semejanza de la dirigida contra el ministerio del Interior, la cuestión es gravísima, y la agitación de Manchester, cuya guarnición como la de Londres, ha sido reforzada, los anónimos amenazadores dirigidos á altos funcionarios ingleses, hicieron pensar en la adopción de una ley contra los conspiradores, que persiguiese como un crimen contra la sociedad la fabricación clandestina y el depósito de materias explosivas. Presentado el proyecto por el Gobierno como una satisfacción dada á la sociedad amenazada por los criminales, la Cámara había de darle su sanción, y así fué en efecto. Sin que nadie se levantara á impugnar el proyecto, ni aun los elementos más liberales, pues todos reconocieron la necesidad de contestar á la provocación de los fenianos, la proposición tuvo las tres lecturas de reglamento y fué luego aprobada por unanimidad. Al terminar la sesión, el Gobierno tenía ya una ley especial para juzgar á los culpables.

Dura es la ley que exige autorización para la fabricación de la dinamita, y dicta penas muy severas para los que la expendan sin saber á quién lo hacen, ó la compren sin fijar el destino que piensan darle, pero por su misma dureza dice bien á las claras el estado de turbación en que se halla una sociedad que tiene que recurrir á tales medios de represión. Mr. Gladstone hizo su defensa en el discurso que pronunció al presentarla á la sanción de la Cámara. Los que se hacen objeto de este rigor—dijo—son como los piratas antiguos, declaran la guerra al mundo, y es preciso que los Gobiernos honrados se defiendan de ellos por medio de leyes extraordinarias.

A un hecho muy significativo dió lugar la adopción de esa ley: los *home-rulers* de la Cámara no se atrevieron á protestar contra ella, y uno tras otro, llegado el momento de la votación, la otorgaron sus sufragios. Y, sin embargo, los que arrastrados y enloquecidos por la apreciación falsísima de una idea política; penetrados de un movimiento que, generoso en sus principios, se mancha y contamina al luchar con la realidad de las cosas por la naturaleza de las armas á que acude, dan motivo, con su conducta punible, á la promulgación de esas leyes que serían arbitrarias si su adopción no estuviera tan justificada como ahora; esos ilusos que así reniegan de su condición de hombres por llamarse sólo irlandeses, y que quieren comprar su independencia á costa de muchos crímenes, defienden la misma doctrina que defienden los *home-rulers* y persiguen los mismos ideales. ¿De dónde, pues, nace este disentiimiento que los pone á unos frente á otros, haciéndose respectivamente defensores y enemigos de una misma institución? Es que los fenianos siguen torcido derrotero. Un pueblo no adquiere su libertad por el crimen; la conquista por el martirio. ¿Qué queréis? ¿Patria, independencia y religión? Pues ganadlas como se ganan tan preciados dones cuando hay alguien que los posee y nos los niega: en lucha leal, decidida, sellada con sangre

generosa, empleando las mismas armas de propaganda ó de combate, trabajando por ella en plena luz, en pleno día, y no en la sombra, no á traición, no pidiendo al crimen sus medios más reprobados y cobardes. Lucha, sí, lucha sin tregua, encarnizada; que las filas se cierren unas contra otras, que los hombres se batan sin descansar, que cuando uno caiga ocupe otro su puesto para que el vacío no se note; lucha en los campos, en las aldeas, en los templos, en la tribuna, en el periódico, dentro de Irlanda y fuera de ella, en Inglaterra y en el extranjero; pero que en el que caiga vea la humanidad un patriota y no un bandido; que los nombres de los que mueran sean para su causa timbres de gloria que mañana pueda ostentar triunfante, y no títulos de ignominia que tenga que ocultar avergonzada.

Los *home-rulers* Mr. Parnell y sus amigos, que eran los decididos partidarios de la *Liga agraria*, que por ella han padecido persecuciones sin cuento y que en la Cámara de los comunes piden reformas y defienden los procedimientos más liberales, se apartan, sin embargo, de esos que podrían llamar sus correligionarios, porque los ven en lucha abierta con la sociedad, poniéndose para combatir, no ya fuera de la ley escrita por los conquistadores, sino fuera de la ley dictada por la moral menos escrupulosa. Los partidarios de la Irlanda independiente aparecen, pues, divididos en dos bandos: de un lado están los que apelan á los medios más extremos para conseguir el logro de sus ideales; de otro los que repugnan acudir á medios que reprueba la conciencia. Los segundos alcanzarán, sin duda alguna, el fin que se proponen; y los que mueran antes que amanezca el día de las grandes justicias, se llevarán a la tumba la satisfacción de un deber cumplido, que el primer deber del hombre es conquistar su independencia y sus derechos. En cuanto á los otros, á los que caen en la exageración que les impulsa al crimen, sus esfuerzos serán estériles ó más bien tendrán resultados contradictorios, pues retrasarán el momento que pretenden adelantar, y este será su mayor castigo: por servir á su patria han atacado á la sociedad, y al fin y á la postre resultan enemigos de la sociedad y de su patria.

Como si el hecho de la votación de la ley represiva no fuera bastante significativo, hay otro de mayor alcance en apoyo de la opinión que marca rumbos distintos á los fenianos y á los *home-rulers* de la Cámara. En los momentos en que este número entra en prensa, empieza á celebrarse en Filadelfia una Convención general de la Liga agraria, y en ella habrán de exponer los asociados los medios más conducentes para la próxima liberación de Irlanda.

Refugiados en el Norte América los miembros más caracterizados del partido intransigente, no son un secreto para nadie las resoluciones á que con tales elementos se puede llegar. El lenguaje de Sheridan, el emigrado irlandés cuya extradición solicitó en vano Inglaterra, no deja duda alguna sobre el círculo en que girará la discusión. Considerando inútil cuanto se haga en la Cámara de los Comunes para obtener la deseada independencia—y, en efecto, de exceso de candidez puede culparse á los que así lo pretendieran—cree necesario que los irlandeses aprovechen los progresos realizados con los medios de destrucción, y, si quieren ser libres, que los apliquen en seguida. Mr. Parnell, invitado con grandes instancias para que asistiese á la Convención, se ha excusado de hacerlo; y aunque antes lo había decidido, reunieron los diputados irlandeses para rogarle que no desistiese de su bien pensado propósito. Así, pues, el rompimiento entre las dos fracciones del fenianismo, la moderada y la intransigente, es ya un hecho; y sin embargo, los que firman la convocatoria empiezan por reconocer la autoridad de mister Parnell.

Fuertes sacudidas conmueven en los actuales momentos á nuestro hermano, Portugal. Otra vez Inglaterra, con el lenguaje despreciativo que toman sus diputados cuando al vecino reino se refieren, ha vuelto á herir la susceptibilidad de este pueblo, que tantos motivos tiene en la historia de sus padres para fundar un noble orgullo. Mal amigo es la soberbia Albion, y nada tiene de extraño que dé mal pago á innumerables servicios. Esto ha pasado hoy en lo tocante á Portugal.

Avara la Gran Bretaña de posesiones ultramarinas y queriendo extender más y más su dominio colonial, como si el que hasta aquí tiene no fuera suficientemente grande, por este afán decidido de adquirir nuevos dominios sobre tierras vírgenes,—afán del que igualmente se encuentran dominadas Italia y la República francesa,—en lejano país, allá en el Congo ha habido indispensables rozamientos entre Inglaterra y Portugal, rozamientos pendientes hoy de resolverse; pero que, por el pronto, han sido causa de confusión en todo el reino lusitano. Un diputado inglés, M. Brigh, aludió á Portugal en el discurso que sobre esto pronunció, y lo aludió despreciativamente. Todo el pueblo ofendido respondió dignamente á esta agresión injustificada. Como siempre que sucede una cosa así, échase á buscar la opinión razones que aseguren la alianza íntima y estrecha que existe entre ambos reinos, que por parte de Inglaterra tiene cierto carácter de protectorado, y por parte de Portugal lo tiene también, y no ménos marcado, de agradecimiento.

Y la nación se ha convencido de que tal alianza no es indispensable, pues no se basa en necesidad que tenga Portugal de ser protegido, ni es lógica, pues no es seguramente con los ingleses con quien tienen más afinidad nuestros hermanos del Oeste. Además, en esta alianza, en que el supuesto protegido pone todos los deberes y el supuesto protector no hace otra cosa que aducir derechos que él mismo se reconoce, há de tenerse muy en cuenta por lo mismo que con tanta frecuencia se dá al olvido, el inmensobeneficio que á Inglaterra reportan sus buenas relaciones con Portugal, cuyos puertos están todos abiertos á su comercio. Si esa alianza se rompiera, veríamos cual de las dos naciones perdía más.

Si nuestros vecinos llegasen á comprender que sus aliados obligados y naturales no deben buscarlos lejos de sí cuando los tienen tan á mano; si ya que la historia, las tradiciones, la naturaleza, nos hicieron un solo pueblo, llegásemos por fin á convencernos de que debíamos estrechar el único lazo que nos falta para presentarnos constantemente unidos ante el resto de Europa, y nos uniésemos en fraternal abrazo que no significa en ningún modo confusión, ni absorción de un pueblo por otro, sino alianza firme y segura, unión noble y sincera de dos amigos íntimos, de dos hermanos que acuerdan prestarse mutua ayuda en las dificultades de la vida, otra sería la situación de España y también la situación de Portugal. En manos de Inglaterra Portugal no será otra cosa que un instrumento provechoso, una posesión más disimulada en apariencia, pero innegable en la realidad, pues inglés es el modo de pensar de nuestros vecinos, inglesas sus aficiones, y favorables á Inglaterra sus ideas y sus sentimientos. Conservando su propia autonomía, sin abdicar para nada de su importante personalidad, unido á España, podía ser un fuerte elemento de progreso, introduciría en la fórmula que resuelve los problemas políticos del mundo un factor importantísimo, y que seguramente alteraría en sus fundamentos y en su esencia muchas de las rutinarias soluciones.

Este tiempo está lejos, muy lejos. La torpeza de las pasadas edades dejó en el corazón de Portugal muchas heridas que aún no se han cerrado, muchos tristes recuerdos que aún no fueron relegados al olvido, muchas desconfianzas que á la menor frase, al contacto de la más sencilla idea se despiertan poderosas. Pero por lejano que veamos el plazo en que han de cicatrizar esas heridas y borrarse esos odios, y desvanecerse esas desconfianzas, es indudable que un día ú otro se hará todo como está marcado en el libro de los destinos; y si en la apreciación sobre el resultado probable de una cuestión entran para algo los datos que faciliten la lógica y el buen sentido, atendiendo á la unidad de origen y á la comunidad de intereses, es innegable que esta unión que predicamos se hará. Y ese día, las generaciones que la hagan se preguntarán con asombro sin que acierten á dar contestación á esa pregunta, cómo, por una obcecación injustificada de los hombres, Portugal ha ido á pedir apoyo moral y material á Inglaterra, su enemiga natural en tantas cosas, y no lo ha pedido á España, que al fin y al cabo es su madre.

Gran marejada política se advierte en Alemania, originada por un mensaje que el emperador Guillermo ha dirigido al Reigstacht apenas ha empezado este alto cuerpo sus sesiones. Empieza el anciano emperador considerando los muchos años que tiene, para deducir de aquí que le queda poco tiempo de vida, como si quisiera disculpar el acto que realiza dándole de antemano la excusa de su avanzada edad. Después de un reinado tan largo, en que no se ha cuidado para nada del mejoramiento de la clase obrera, ya próximo á morir siente grandes remordimientos, sin duda, de haber desatendido obligación tan importante, y no quiere morir sin dejar arreglada esta cuestión y aliviada en lo posible la miseria de los jornaleros, de que es clara é irrefutable prueba la cifra creciente de la emigración, pues ningún pueblo abandona el suelo nativo mientras le ofrece recursos para subvenir á sus necesidades. En vista de esto reprocha al Reigstacht su lenidad en atender á esas cuestiones, extendiéndose en obras de menor interés, y con el fin de estimular su iniciativa excítale á que resuelva cuanto antes todos los asuntos pendientes para poder en seguida ocuparse en los proyectos presentados á su estudio.

Grave por demás es el acto del monarca, y poco propio de un país regido por el sistema parlamentario y que aspira á seguir el derrotero que le marcan el progreso y las modernas ideas de derecho y de libertad. Lo que con eso hace el Emperador es atentar á la prerrogativa del Parlamento, invadir sus atribuciones, tomar por sí mismo una iniciativa que no le corresponde y desacreditar al Reigstacht ante el país haciendo creer á éste que consume su vida en estériles discusiones, desatendiendo por ellas el bien general que debía ser su principal, su único objetivo.

Comprendiéndolo así, hay quien ve en el Mensaje del emperador una argucia del Canciller que de este modo quiere arrancar al Reigstacht la aprobación de varios proyectos que hace tiempo le tiene sometidos, y á cuya aprobación son refractarios los diputados, y con tal motivo crece la animosidad contra Bismark. No faltan, tampoco, quien considere el tal Mensaje obra exclusiva del monarca, acosado á última hora por tardíos arrependimientos. De todos modos, no deja de ser

extraño ese súbito interés que en su ánimo se ha despertado por las clases obreras, ahora que el hielo de la vejez paraliza su sangre y retrasa sus pensamientos, cuando para nada se ha acordado de ellas en los tiempos para él más dichosos en que contaba con la fuerza y la energía suficientes para llevar á cabo sus propósitos. Los jefes de la minoría progresista han contestado al Mensaje del soberano rechazando, por infundado, el cargo que en él se lanza contra el Reigstacht y achacando la lentitud en la aprobación de los proyectos á los obstáculos que el Gobierno mismo pone á toda discusión.

HOE.

## LAS LITERATURAS REGIONALES.

DISCURSO LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DE DON VÍCTOR BALAGUER.

(Continuación.)

**APLEG** ó **APLECH**: gran reunión de gente, concurrencia extraordinaria, copiosa muchedumbre. Viene á ser, si pudiera decirse en castellano, como *aplegamiento* de gente. No hallo medio de expresarlo más que con la palabra *congregación*, fácil de confundir, y que es la que me he visto obligado á usar en un pasaje de mi discurso (pág. 6), donde digo: «En las congregaciones del pueblo castellano,» por falta de una palabra que signifique gran concurrencia ó golpe de gente en un día dado, congregada para una fiesta, para un acto, etc.

**Aplech** se usa comunmente para expresar una fiesta popular á que concurre la muchedumbre, como: *l'aplech del Remy, l'aplech de la Salut*, es decir, la fiesta ó la gran concurrencia de la Virgen del Remedio, de la Virgen de la Salud (santuario cercano á la ciudad de Sabadell).

Hé aquí una *corrandia* ó canto popular relativo á esta última fiesta, que no es posible traducir:

A l'aplech de la Salut  
tots hi van, joves i vells,  
y la fira de las noyas  
es l'aplech de Sabadell.

**AXALAR**: recortar las plumas de las alas á algun pájaro para que no pueda volar ó sólo pueda hacerlo con vuelo bajo. ¿Cómo se traduce al castellano, por ejemplo, el título de la comedia catalana *Un pollastre axalat*?

**BRESCAR**: quitar á las colmenas los panales con miel. En castellano se dice *castrar*, y no hay otra manera de decirlo; pero habiendo aceptado la Academia en la última edición de su Diccionario la palabra provenzal catalana *Bresca* (el panal de miel), parece lógica y corriente la aceptación del verbo como más propio, más legítimo y más significativo que el de *castrar*, sujeto á equívoco por otra parte.

**CELISTIA**: la luz escasa que hay por la noche con el resplandor de las estrellas.

**CORRANDA**: es la copla puesta en tono para cantarse, lo que en castellano se llama cantar, sólo que en catalán es voz más adecuada y propia. *Corrandia*, es decir, que corra, que se divulgue. El *cantar* castellano es palabra que tiene distintas acepciones.

**ENMIRALLARSE**: mirarse al espejo, verse en el espejo ó en el agua.

¡Qu' hermosa qu' es Barcelona  
enmirallant se en la mar!

**ENREVERDAR**: apoderarse de una persona ó de algun animal fugitivo, acorralándolo contra un matorral (*verder*).

**ESTARROSAR**: pulverizar las *tarrosas*, ó sea destripar terrones.

**GLASSERA**: el montón ó lecho de hielo que se halla en los abismos ó sitios profundos de las montañas, y que proviene de las nieves ó de los lagos que el frío excesivo de aquellas regiones ha helado.

**RAI**: voz sumamente expresiva, que también tienen los aragoneses (V. Dic. Borao), y para la cual no hay traducción posible. Unas veces significa *á bien, gracias que, esto poco importa*, etc., y otras tiene más significativa equivalencia.

Véanse estas frases catalanas: *Ara rai, que t' tenim pres* (ya nada importa ahora, pues que está preso). *Aço rai, ja tornarà* (á bien que ya volverá).

Véanse también estas aragonesas: «Pedro rai que tiene ficas, quien queda mal es su hermano.»—«Yo rai poco importa, lo que importa es mi madre.»—«La escalera rai, lo que quiero tener hecho es el piso.»

No hallo traducción posible para la bella poesía catalana de Mariano Aguiló, titulada: *Aço rai*.

**RAUTAR**: escarvar con las uñas.

**SINGLERA**: cadena ó continuación de precipicios.

**TRAHIR**: hacer traición. En castellano hay *traicion, traidor* y *traicionero*, pero no hay *traicioner* (que no es *vender*), única palabra que pudiera expresar lo mismo que la catalana.

**TICTACTEAR**: hacer tic-tac. Sólo podría traducirse por *tictactear*, que no existe en castellano.

## ARAGONESAS.

**ATREUDAR**: dar en enfiteusis.

**CEPRENAR**: mover ó sostener algo por medio de una palanca.

**ESTEMA**: pena de mutilación ó perdimiento de miembro.

**ESTEMAR**: imponer la pena anterior, extendiéndola á la de marcar con hierro ardiente. Estas dos palabras se repiten varias veces en los *Privilegios de la Union*.

**ENCALZAR**: perseguir, ponerse en persecución. Es palabra catalana también. No es lo mismo que *acosar*, pues tiene distinta acepción. «Encalgen é geten de la tierra al sobredito Rey,» se lee en el código de los *Privilegios de la Union*.

**REDOLINO**: bola hueca que contiene la cédula que ha de sortearse. En catalán hay la palabra *rodolí*, que es la

tira de papel ó la cédula abarquillada en que se escribe un número ó un nombre para sorteo ó elección. No es, pues, la cédula ó cedulilla castellana. Para llamarse *rodolí* es preciso que el papel esté arrollado.

**ULTRANZA**: á todo trance, á hierro y fuego, sin cuartel ni misericordia. Zurita hace frecuente uso de este vocablo en sus *Anales*.

**ZUNZIR**: fruncir, plegar ó recoger el borde de cualquiera tela.

## GALLEGAS.

**A CARON**: próximo á, inmediato á, tocando á.

**AFEITO**: estar hecho ó estar acostumbrado.

**ALBORADA**: el toque matutino de la gaita.

**ATURAXO**: grito prolongado con que se termina un canto.

**CODELO**: pedazo de pan, que no es precisamente lo mismo que *mendruco*.

**CURISCO**: viento muy frío.

**DE COTE** ó **DE COTFO**: todos los días. Parece derivarse del *quotidien*.

**DIPINICAR**: comer las cosas una á una, como las uvas.

**ESMECHAR**: reverberar el sol.

**EIDO**: el hogar rústico ó del campesino; pero comprendiendo el terreno propio alrededor de la casa.

**EN NINGURES**: en ninguna parte.

**FOLIADA**: grupo de gentes que tocan, cantan y bailan.

Es voz muy parecida á la catalana *Folla*.

**FUNGAR**: tomar tabaco en polvo.

**LATRICAR**: hablar mucho, pero atropelladamente, con excesiva rapidez.

**MEIGO**, **A**: encantador, hermoso, amado. Es una palabra parecida á la catalana *M'aymia*.

**MOINA**: disimulo hipócrita, algo como gazmoñería, sin ser lo mismo.

**MIXTRIQUEIRO**: se dice del que hace dengues ó quiere hacerse el interesante.

**ORBALLAR**: caer el rocío.

**SAUDADES**, **SAUDOSO**: tiene la misma significación que la *anyoransa* catalana; y es intraducible, porque su equivalencia de *nostalgia*, sobre carecer de adjetivo y de verbo, no expresa bien el vocablo, pues solo lo traduce en una de sus acepciones.

**XANTAR**: se conserva para expresar el comer á mediodía, ó sea el antiguo *yantar* castellano.

## ASTURIANAS.

**ABOCANAR**: cesar la tempestad.

**ACOMPANGAR**: comer pan con otra cosa, comer algo acompañado de pan.

**AFRELLARSE**: recibir un golpe en la cara, con herida.

**AGUEYAR**: dar mal de ojo. Creencia popular. Véase el *niño enfermo*, del Sr. Caveda, donde se habla de los remedios supersticiosos para esta dolencia que suponen mata á los niños.

Si la agueyará  
la vieja Rosenda...

**ARGAYAR**: desgajarse la tierra.

**AL VELUMEN**: estar un objeto colocado en alto, de manera que se destaque sobre el fondo de luz. En catalán hay un término muy parecido: *al vellum*.

**AMUSGASE**: quedarse cavizbajo, encogido, medroso.

**ARREBALGAR**: abrirse de piernas para montar ó saltar á caballo, etc.; voz citada por Caveda.

**BABLE**: lengua, dialecto, idioma de los asturianos.

**CEDO**: temprano, prontamente; voz citada por Jovellanos.

Ven más cedo qu' antiyer,  
galan, si vas p' al' esfueyu...

(Cantar asturiano.)

**EMPOVINAR**: obligar á ir á alguna parte.

**ENXAREYAR**: enredar una cosa, y también encadenar muchas cosas juntas, ó cuentos ó mentiras.

**ESJOYAZA**: reunión de labradores para quitar la hoja al maíz. Es una verdadera fiesta ó tertulia de vecinos, amigos y parientes que son obsequiados por el dueño de la casa.

**EXAMAR**: se dice de las abejas, y se explica por esta palabra la acción y tiempo de labrar el enjambre. (Jovellanos.)

Cuando *examen* les abeyes...

**FILA**: reunión de campesinos, jóvenes de ambos sexos, donde se pasa el tiempo galanteando y divirtiéndose.

**GACETA**: antiguo pergamino donde hay noticia de fantásticos tesoros. (Canella Secades.)

**HUESTIA** ó **HUESTE**: procesion de negros fantasmas, reunión de aparecidos que rondan las iglesias y cementerios.

**MISAR**: decir misa.

**MIRIAR**: retirarse del sol al medio día y dormir la siesta.

**NIDIO**: lo que es suave al tacto y se desliza al cogerlo. (De *nitidus*.) También se dice *esñidiar*, escurrirse suave y dulcemente.

**NUBERO**: sér misterioso, pequeño, desproporcionado, que descarga las tempestades sobre los sembrados.

**PENOSO**, **PENOSA**: el mozo ó moza que es gentil, agraciado y anda en amores. (Jovellanos.)

El galan del martinete  
v'á galantiar á Llanera;  
la *penosa* de los rizos  
quedrá ser marinetera.

(Cantar asturiano.)

**PEÑERAR**: pasar la harina por la peñera.

**PARAXISERO**: hazañero; el que hace hazañerías, esto es, paroxismos. Viene del latín *paroxismus*, por alusión á los quebro y meneos que hacen los que tienen este defecto. (Jovellanos.)

En Cangas hay bones moeces  
en Avilés la flor d'elles,  
en Luanco mielgues curades  
y en Xijon *paraxismeros*.

(Cantar asturiano.)

**PESLLAR:** cerrar con llave, echar la llave.

**ROBEZU:** la gacela montés.

**SALLAR:** se dice sallar el maíz. También significa limpiar la tierra de malas yerbas, ablandar la misma tierra, etcétera.

**SEBE:** división ó seto de las fincas rústicas, formado de plantas y arbustos espinosos que impiden el paso al ganado. (De *sapes*, is.) (Canella Secades.)

**TREBEYAR:** jugar, jugar de manos, retozar. Los mozos *trebeyaben* na cocina.

**VRITO:** rama nueva de la planta; más expresiva que retoño, atendiendo á su etimología latina *veris*.

**XACEA:** cama de los animales, de *Facia*, is, *acere*. En catalán se llama *jas*.

**XINTAR:** comer á medio día, *xantar* en gallego.

**XANA:** ninfa que, según la creencia popular, vive en las fuentes; es muy pequeña, guarda tesoros, protege á los amantes, etc. De ella dice Caveda en *Los enamorados de la aldea*:

Tuviérate de la fuente  
por la misteriosa xana,  
para guardar los tesoros  
de alguna mora encantada.

(7)

Discursos de los señores marqués de Valmar y Varela en la sesión de la Real Academia española, á que asistió S. M. el emperador del Brasil (1872).

(8)

#### LOS PROVENZALES EN CASTILLA.

Algun día, mediante Dios, he de extender con amplias consideraciones y documentos justificativos la tesis que aquí me propongo demostrar. Por de pronto, y para más cabal idea de este punto, considero oportuno copiar el capítulo que en mi obra *Los Trovadores* (Imp. Fortanet. Madrid, 1878), consagré con especialidad á la poesía provenzal en Castilla y Leon. Cuando escribí esta obra y este capítulo, no tenía aún formada mi convicción con la seguridad que hoy; carecía de noticias que ahora poseo, y no habían llegado á mis manos documentos que luego adquirí. Hoy puedo ya permitirme afirmar con plena conciencia lo que sólo como fundadísima sospecha me atreví á indicar en el siguiente capítulo de la citada obra:

#### DE LA POESÍA PROVENZAL EN CASTILLA Y EN LEON.

##### I

No faltan autores de respetabilidad y de nota que, contra lo generalmente estatuido desde D. Inigo Lopez de Mendoza en su célebre *Carta al Condestable de Portugal*, hasta D. Ignacio Luzán y D. Leandro Fernandez Moratin, niegan rotundamente que la poesía castellana tenga contraídas deudas de ninguna clase, ni relativamente á su origen, ni respecto á su influencia, con la literatura provenzal ó lemosina.

Otros, en cambio, afirman que Castilla, no ménos que Portugal y Cataluña, sometida á la ley general de atracción que tenía por centro á Provenza, hubo de aceptar la influencia de la escuela provenzal, que precisamente en tierra castellana es donde se hizo sentir más inmediatamente y por más tiempo, donde sus teorías se establecieron con más autoridad, donde, en fin, su inspiración fué más sensible y más se ha prolongado, hasta llegar á los tiempos mismos de la *Diana* de Gil Polo y de *El desden con el desden* de Moreto.

No he de terciar en esta cuestion. Voy tan solo, siguiendo la tradición de mi vida, á allegar materiales para que otros construyan.

La poesía castellana podrá no ser hija de la provenzal, no lo discute, pero es preciso reconocer en ella su influencia, por lo ménos de lo ménos.

El provenzal ó lemosin, ó quizá mejor catalán—para mayor inteligencia en este punto concreto—era una lengua literaria perfectamente concebida y hablada en las cortes de Castilla y de Leon por todos los doctos y por todos aquellos que en dichas cortes gustaban de los cantos de trovadores y juglares. Allí pasaban éstos desde Cataluña, Gasuña y Provenza, y allí iban con ellos los aires y cantos provenzales, que nunca en ninguna parte, ni siquiera en Cataluña, fueron tan aplaudidos y celebrados como en Castilla, lo mismo que nunca tampoco en ninguna, ni en Cataluña siquiera, fueron más honrados los trovadores provenzales ni con más empeño protegidos.

Yo sé bien que esto que digo, principalmente lo último, será extraño y nuevo para muchos, pues creo que por nadie, antes de ahora, se dijo; pero sé también que nada adelanto que no sea fruto de largos y detenidos estudios y de convicciones profundamente arraigadas, nacidas de algun conocimiento de la historia, de los manuscritos, de las poesías y de las biografías de los trovadores. En este mismo capítulo más concretamente, y en las páginas de esta obra con más extension, se hallarán las pruebas y documentos de cuanto avanzo.

La noticia más antigua que existe en Castilla de músicos y juglares se remonta á las bodas de las hijas del Cid; pero no debe olvidarse que el Cid había estado ya en Cataluña, cuyos usos y costumbres conocía, y en la corte de los condes de Barcelona, con uno de cuyos príncipes, el joven Ramon Berenguer III, casó á su hija María Roderic ó Rodrigo; como no debe olvidarse tampoco, antes por el contrario, tenerse en cuenta, que ya entonces se habían propagado por todas partes, en alas de su fama, los cantos provenzales del duque Guillermo de Poitiers, si el primero de los trovadores de quien quedan obras escritas, no seguramente el primero en cultivar aquella poesía destinada á esparcirse por todas las cortes del mundo.

La música y poesía vulgar se cultivaban en Galicia, Portugal y Castilla en el siglo XI, siglo del Cid y de Guillermo de Poitiers, y á aquellas cortes, como había sucedido con la misma de los árabes, debieron llevar los juglares de vida errante y vagabunda el gusto de los cantos provenzales, extendidos ya por todo el que hoy es Mediodía de la

Francia y por Cataluña. Y esos trovadores que iban y venían por todas partes, y esos juglares, sobre todo, que prolongaban sus arriesgadas correrías hasta penetrar en la corte de los árabes, sembraban con sus aires y cantos de Provenza, semillas que no debían perderse todas ciertamente y que no es aventurado creer que en algunas partes arraigaran, produciendo su fruto.

En el que cita el Sr. Amador de los Rios como primer monumento de la literatura castellana, en el *Libro de los Reys d'Orient*, algo, si bien se examina, algo, así en el título como en el texto, en la construcción, en la frase, en las palabras mismas, algo puede encontrarse que recuerde el provenzal ó el catalán de aquellos tiempos.

De todas maneras, lo que no puede negarse es que la influencia provenzal ó catalana se percibe ya en Castilla entre mediados y últimos del siglo XI, la época de Guillermo de Poitiers; y que de entonces en adelante se encuentran constantemente en aquella corte huellas, vestigios y noticias de trovadores provenzales, honrados allí y protegidos como no lo fueron de seguro en otra parte. Quizás más que en Aragon y Cataluña, se vé á los trovadores provenzales en Castilla privar con el monarca, ser llamados á sus Consejos, brillar en su corte, influir con sus *serventesios* en la política del reino, alcanzar popularidad y prestigio, recibir hospitalidad espléndida y protección decidida, intervenir en los asuntos privados del monarca, pasar algunos gran parte de su vida y quedarse otros á terminar allí sus días, colmados todos de honores, de mercedes y de títulos. Quizá también más que en Aragon y en Cataluña, encontramos en los dominios castellanos cultivadores de la poesía reconocidos por tales en instrumentos públicos, lo cual demuestra que ya en aquellos siglos, en la noble y hospitalaria Castilla, eran consideradas las letras y no causaba extrañeza alguna la denominación de *juglar*, *trovador* ó *poeta*, que usaban, no sin vanagloria y como especie de título profesional, los que al arte de la poesía vivían consagrados.

Efectivamente, en el privilegio de confirmación del *Fuero de los francos*, dado por Don Alfonso VII en Burgos á 8 de las Kalendas de Mayo de 1136, entre las firmas de varios señores del reino se halla la de un juglar llamado Palea, en estos términos: *Palea, juglar, confirmant*. En una escritura de Aguilar de Campo, fechada en 1161, cuyo documento posee hoy la Real Academia de la Historia, y que es una carta de venta otorgada por *don Arnigoth filius dona Maria de Almenar* al abad Andrés, figura entre los firmantes el nombre de *Gomez, trovador*. Finalmente, en otra escritura fechada en Uclés á 3 de Marzo de 1203, por la cual el conde de Lara cede á los caballeros de Santiago el castillo de Carabanchel, se halla entre los firmantes el nombre de *Gilberto, poeta*, al que sigue la palabra *scripsit*, como para demostrar que fué también el redactor del documento.

##### II

Frecuentes eran ya las relaciones de Cataluña con Castilla en el siglo XI, y frecuentes los enlaces de familia. Casi al mismo tiempo que se celebraban las bodas del joven conde de Barcelona, Ramon Berenguer III con una hija del Cid, tenían lugar las de María de Valladolid, hija de Pedro Anzures, con el conde Armengol de Urgel, llamado el de *Moyeruca*, ó mejor *el de las aldabas*, por la nombradía que hubo de darle la hazaña de haber arrancado las que había en las puertas de Córdoba, trasladándolas á Valladolid, cuyo señor era en aquel entonces su suegro Peranzures ó Pedro Anzures.

A estos enlaces siguió uno, ya entrado el siglo XII, que debía tener más importancia y ejercer mayor influencia. Sobre los años 1128, Don Alfonso VII, llamado *el Emperador*, caso con Berenguela, hermana del conde de Barcelona, Ramon Berenguer IV. Dícese que fué esta reina ó emperatriz señora de extraordinaria hermosura y de singulares virtudes, tanto, que los montañeses de Leon han conservado como manera de ponderar el mérito de una mujer, la frase de *es una Berenguela*, en memoria de las dotes altísima que adornaban á aquella princesa.

Si puede darse crédito, que sí puede y debe darse, á unas *efemérides* que hace más de quince años publicó en un periódico catalán D. Mariano Flotats, entendido y celoso oficial del Archivo de la Corona de Aragon, entre cuyos libros y papeles vió trascurrir su laboriosa vida, aquella hija de los condes de Barcelona pasó á Castilla á celebrar sus bodas con grande y lujoso acompañamiento *del que formaban parte trovadores y juglares*. No parece que Berenguela olvidara las usanzas de su patria, «más culta entonces que los países centrales de España,» según el sabio Milá; y si es cierto, como cuentan los cronistas castellanos, que era aquella princesa mujer de singular ingenio, muy perfeccionada en las letras y en la música; y si lo es también lo que en las citadas *efemérides* se dice relativamente á las damas barcelonesas, caballeros catalanes, pajes, trovadores y juglares (provenzales ó catalanes) que la acompañaron á Castilla y allí con ella quedaron, no es aventurado pensar, ciertamente, que influir pudiera aquel suceso en las costumbres de Castilla y en el cultivo en ella de la poesía provenzal.

Acredita de todos modos que la emperatriz Berenguela era aficionadísima á la música y á la poesía la siguiente anécdota, por más de un concepto memorable, que reputados y antiquísimos cronistas refieren, y que ha sido aceptada, y repetida, entre los modernos, por Lafuente y por Amador de los Rios.

Corría el año de 1139, y Alfonso VII estaba empeñado en el cerco del famoso castillo de Aurelia (Oreja), fortaleza que tenían los africanos á ocho leguas de Toledo. Una hueste numerosa de almoravides, que contaba más de treinta mil hombres, cayó en aquella ocasión sobre Toledo, y comenzó á expugnar sus torres y muros. Hallábase la emperatriz en la ciudad y ocurriósele enviar á los caudillos musulmanes un embajador que en su nombre les dijera:

«¿No veis que es mengua de caballeros y capitanes generosos guerrear contra una mujer, cuando tan cerca os espera el emperador? Si queis pelear, id á Aurelia, y allí es donde debeis acreditar que sois valientes y hombres de honor.»

Oyéronlo los jefes sarracenos, y como al propio tiempo dirigiesen la vista al alcázar, y distinguiesen á Berenguela adornada con las vestiduras imperiales, circundada de damas que cantaban al son de tímpanos, cítaras y salterios, maravilláronse de aquél espectáculo, avergonzáronse, y movidos de un respeto galante y caballeresco, levantaron el cerco y se retiraron «sin honor y sin victoria.»

En el año 1154 hallamos también al conde de Barcelona en Toledo. Ramon Berenguer IV fué á visitar á su cuñado el emperador Alfonso en ocasión de la llegada también á Toledo del rey de Francia Luis el Joven, que despues de repudiar á su primera esposa Leonor de Aquitania, había casado con Constanza de Castilla, hija de Alfonso y Berenguela. El conde de Barcelona, siempre con referencia á las *efemérides* de Flotats, había pasado á Toledo con tanto lujo y esplendidez, con tan gran corte y acompañamiento de caballeros, trovadores y juglares, que el rey de Francia quedó maravillado de ello.

Pero la intervencion patente y la influencia manifiesta de la poesía provenzal en Castilla y en el reinado de Alfonso el Emperador, está en Marcabrú, trovador oriundo de la Gasuña, á lo que parece, y cuya vida ha quedado envuelta en la oscuridad y en el misterio, pero no tanto que no se pueda rastrear por sus propias composiciones su larga permanencia en Castilla y sus relaciones con Alfonso VII.

A mucho antes de 1147, época de la conquista de Almería, deben atribuirse unos versos de Marcabrú en que se dirige á Castilla, Portugal y Barcelona, lo cual, cuando no otra cosa, demuestra de una manera clara y evidente que la lengua y la poesía de los provenzales eran conocidas y de uso comun en Castilla á principios del siglo XII, y por consiguiente, en la época á que todo lo más puede remontarse el *Libro de los reys d'Orient*, primer monumento de la literatura castellana.

«A Castilla y á Portugal no enviaré estos saludos, dice el trovador, pero Dios los salve y también á Barcelona, con lo cual no quedará perdido el valor.»

En Castella et en Portugal  
non trametré aquestas salut  
mas Deus los sal  
et en Barsalona altretal  
e neis las valors son perduts.

El *saludo* en los primeros tiempos de la poesía provenzal, era un género de composición como el *serventesio*, la *al-bada*, etc.

Parece desprenderse de estas líneas que no era aquella la vez primera que el poeta enviaba su *saludo* á Castilla, á Portugal y á Barcelona, en cuyos puntos el nombre del trovador debía ser conocido, si no popular; pero de todas maneras, estas líneas son la prueba irrecusable de que el provenzal tenía ya carta de vecindad en la corte castellana.

Alfonso VII, de acuerdo con su cuñado el conde de Barcelona, proyectaba por aquellos tiempos la expedición de Almería, y buscaba alianzas con los franceses y los barones provenzales á fin de realizar aquella gran empresa, que tanta gloria debía reportar á las armas unidas de Castilla y Cataluña.

Comenzaba á ser entonces el canto del trovador, ó comenzó á ser en aquella ocasión (en cuyo caso la gloria pertenecía por completo á Castilla), el medio y el conducto de que se valían los políticos para propagar una idea, para formar la opinion, para levantar el espíritu público, para hacer atmósfera, como hoy se diría, en favor de un plan, de un proyecto, de una empresa cualquiera. Con el canto del trovador sucedía entonces lo que hoy con la prensa. Aprendían los juglares el *serventesio* político que acababa de escribir el trovador, obediendo á propia ó ajena inspiración, y esparciéndose por las cortes y castillos, al cantar el *serventesio* recientemente compuesto, llevaban á todos los centros de acción y de vida la idea germinadora, la simiente fecunda de un proyecto político, que se realizaba ó no, según las circunstancias y según lo acogían mejor ó peor aquellos de cuyo apoyo se necesitaba para llevarle á cabo. Era esto hacer imperfecta, pero más artísticamente, lo que hoy se hace con el periódico diario, con el folleto, con el libro, al introducirlo en todas las casas.

A este recurso apeló Castilla á mediados del siglo XII, y esta fué la misión encargada al trovador Marcabrú para levantar el espíritu de los barones franceses y provenzales en favor de la conquista de Almería.

Aun cuando bien pudo ser en Castilla mismo, no es posible averiguar cómo ni dónde compuso Marcabrú su canto de la *Piscina* (del *Lavador*), nombre emblemático de la cruzada que se proyectaba contra Almería y que se suponía deber lavar de culpas y pecados á cuantos en ella tomaran parte; pero es evidente, no puede quedar duda alguna por el texto mismo de la poesía, que se compuso para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso de Leon y de Castilla.

Este canto, verdaderamente raro y original, pero enérgico, vigoroso, levantado, es uno de los primeros en su clase que se conocen, pues sólo algunos años más tarde aparecieron los rudos y salvajes *serventesios* de Beltran de Born. Si el canto de Marcabrú, escrito bajo la inspiración de Castilla y para ayudar sus corrientes políticas, es, como se sospecha, la primera muestra y sin duda el modelo de los de su género, á Castilla y á su proyectada empresa de Almería pertenece la iniciativa de aprovechar la poesía provenzal y el canto del trovador como medio político de levantar el espíritu público en aquellos apartados tiempos.

Paz in nomini Domini.  
Fes Marcabrú los mos e'l só;  
aujatz que di...

«Paz en nombre del Señor. Marcabrú ha compuesto las palabras y el canto; oid lo que dice...»

Así comienza este canto singular.

(Continuará.)

## EL IMPERIO ROMANO.

## I

Marco Antonio, desde los primeros años de su juventud, había derrochado la fortuna de su padre y la ajena; concusionario en el gobierno, fastuoso en su vida, y disoluto en las costumbres, ostentó bizarro valor en los combates.

Augusto le dió á su hermana Octavia por esposa, para estrechar más el lazo de su alianza política con el fin de dominar el mundo.

Pero Marco Antonio, fascinado por los atractivos de la célebre Cleopatra, reina de Egipto, se entregó á los placeres; y humillada su esposa, la hermana de Octavio, al regresar á Roma, Octavio declaró la guerra á Marco Antonio, que abandonado por Cleopatra al huir con sus galeras en el combate naval de Accio, siguió á su adorada, con mengua de su honor y desdoro de su fama.

La escuadra de Marco Antonio, y despues sus tropas, le abandonaron y se pusieron á las órdenes de su enemigo.

Marco Antonio se arrojó sobre su espada, muriendo en los brazos de Cleopatra, que se quitó también la vida con la mordedura de un áspid en su pecho.

Octavio mandó dar muerte á Cesarun, hijo de Cleopatra y de Marco Antonio, al regresar á Roma, fué recibido con extraordinarias muestras de entusiasmo, y cerró las puertas del templo de Jano, que habían permanecido abiertas por espacio de doscientos años.

La fortuna derramaba sus favores sobre Octavio. Vencedor de Lépido, que renunció todas sus dignidades, había repudiado á su mujer Escribonia, hermana de Sexto Pompeyo.

Enamorado de Livia, madre del famoso Tiberio, obligó á su esposo, Tiberio Neron, á cedérsela. Pompeyo declaró la guerra á Octavio y le venció; pero volando Marco Antonio á su socorro, Pompeyo á su vez fué derrotado, y al refugiarse en Asia, se le dió muerte por orden de Marco Antonio.

Octavio se encontraba desembarazado de todos sus rivales, y veía allanadas todas las dificultades que se oponían á su designio de elevarse al trono de Roma, que había sido su ardiente ambición desde el comienzo de su carrera política.

Astuto y perseverante en su propósito, dió fiestas al pueblo, erigió grandes edificios públicos, y revocó todas las disposiciones del Triunvirato.

Con afectación hipócrita y aparente moderación en sus actos y en sus costumbres, concluido el término de su consulado, manifestó al Senado que renunciaba los poderes extraordinarios que le había conferido la República.

Sabia de antemano, que los senadores, serviles y venales, le instarían, como lo hicieron, á que continuase ejerciendo la autoridad suprema. Octavio fingió ceder á sus instancias, y la aceptó con el título de Augusto.

Logró apaciguar á los galos sublevados, someter á los cántabros y gallegos, terminando la guerra de España que se defendió con heroísmo dos siglos, contra la dominación romana, y aquí dió principio la paz denominada Octaviana.

Los monarcas de Europa y de Asia le rindieron homenaje.

Augusto fundó y organizó el imperio en la misma forma que se mantuvo hasta el tiempo de Diocleciano.

No vemos en las leyes dictadas por Augusto ningun gérmen de aproximación democrática entre las clases.

Es todo un sistema de exclusión, un código de clasificaciones diversas.

Trató de hacer revivir el orden patricio moribundo, dedicó sus esfuerzos á levantar el carácter del Senado, expresión del partido aristocrático, y en abatir los comicios que representaban la democracia.

Los crueles conflictos de Mario y de Sila habían nacido de las pasiones republicanas, extinguidas por el imperio, pero se produjo un nuevo pelígro; el de las revoluciones militares.

La institución del Imperio, fué la omnipotencia de un solo hombre, sin otra regla que la satisfacción de todos sus caprichos, de todas sus concupiscencias, de todas sus locuras á costa de la humanidad.

De los atentados, de los crímenes cometidos son dos los culpables ante el tribunal de la historia y de la conciencia humana. Los usurpadores del poder y violadores de las leyes, y el pueblo que lo consiente, que permanece impasible, resignado, y es la víctima conducida al sacrificio.

El pueblo romano fué culpable para la patria, como para él mismo, el día en que doblegó su frente bajo el yugo de Augusto.

Pero no existe el pueblo cuando ama el placer y la ociosidad, que sólo anhela cien días de fiesta y de diversiones; entonces es su verdadero dueño aquél que le divierte y le ofrece espectáculos. *Panen et circenses ó Pan y toros.*

El espíritu romano había desaparecido desde que Roma fué invadida por todos los pueblos del universo, que derramaban las hordas de especuladores, de mercenarios, de esclavos, de emancipados, de espíritus inteligentes, intrigantes, ávidos de fortuna, gentes de toda especie que venían á buscar el pan, el libertinaje y aun el crimen.

Así Roma se convirtió en un centro para el

universo, pero un centro de lujo, de goces á todo precio, y lo que había de más raro en Roma, eran verdaderos romanos.

La juventud, que debía ser la esperanza la patria, porque es la edad del entusiasmo por de la bertad y por todas las ideas nobles y elevadas, era asídua á los teatros, á los circos, á los baños públicos y á las casas de corrupción.

Mostraba su afición á la filosofía positiva; quería el oro, los placeres venales que producía la riqueza; y las libertades, las glorias austeras de la antigua república, no despertaban un recuerdo viril y generoso en sus almas afeminadas y egoístas; Augusto carecía de moralidad y de grandeza de alma, pero no se puede negar su deplorable habilidad.

El mismo escribió su historia, porque amaba las letras y era un buen escritor; Mr. Beulé, el sabio profesor y ministro que fué de Napoleón III, que ha hecho profundos estudios arqueológicos, dice: «como latinidad, como bello lenguaje, este escrito es un modelo; las expresiones son sóbrias, de una concisión enérgica; muchas cosas son dichas en pocas palabras; pero de un fin á otro, una sola persona aparece, domina, existe; es *le mot.*»

Escribió la historia de su reinado desde las guerras civiles hasta su muerte, para imponer á la posteridad el juicio que formara sobre sus actos, y en su monstruoso orgullo, en su infatuación personal, en su egoísmo inmenso y sin rival, se atribuye todas las victorias, suprimiendo los nombres de los grandes generales, y hasta condenar al olvido á Agrippa, que fué el verdadero génio del imperio, el que formó á Augusto, sino se hubiera visto obligado á nombrarle para esclarecer un hecho importante; cree haber construido todos los monumentos de utilidad pública, y no recuerda sus auxiliares; en fin, Mecenas, Statius, Tasurus, Balbus, los más ilustres repúblicos, son sombras borradas ante su vanidad insolente.

Pero se complacia en revelar el secreto de su dominación, contando que hizo combatir ocho mil gladiadores, que había dado veintisiete representaciones de anfiteatro, veintiseis cacerías, que hizo matar tres mil quinientas fieras en el circo, que distribuyó seiscientos millones al pueblo y á los veteranos, y dió la cifra de aquellos que habían recibido estos prodigiosos dones.

«Las distribuciones de trigo y de plata no han alcanzado nunca, dice, menos de 2 500 000 plebeyos, algunas veces 3 200 000.» Cada veterano en las colonias recibía gratificaciones del mismo género.

«Yo he conducido á las colonias, ó enviado á sus municipios más de 300 000 veteranos; á todos he dado tierras compradas por mí, ó plata para comprarlas. He pagado para mis colonias de veteranos seiscientos millones de sestercios.»

Redactó su obra á los setenta y seis años de edad, y quiso aparecer como un coloso en medio de un desierto, borrando todo un siglo con su sombra gigantesca.

Suetonio y otros antiguos historiadores aseguran que César Augusto estaba dotado por la naturaleza de graciosas formas, de fisonomía dulce y serena, de mirada profunda y penetrante, de ojos claros, brillantes (su ojo izquierdo se debilitó con la edad); ostentaba poco cuidado en su traje y dentadura, de cabellos casi rubios, nariz aguileña, cejas unidas, usaba de alto calzado, para realzar su pequeña estatura. *Forma fuis eximia.*

Mr. Ampere que ha aplicado la arqueología al estudio de la historia romana encuentra en los retratos de Augusto, no idealizados por historiadores crédulos ó complacientes, que tiene las cejas muy aproximadas, y le basta para revelar toda la falsedad y la maldad de Augusto.

Mr. Beulé consultó en la estatua encontrada en *Prima Porta*, á algunas millas de Roma, las medallas, piedras grabadas, que tienen también su lenguaje, y retratan su fisonomía moral, y en los huesos maxilares salientes, en la rigidez é inflexibilidad de la boca, en sus ojos tristes, sin dulzura ni serenidad, vió las malas pasiones, la crueldad, la hipocresía, la astucia y la ferocidad nativas. Reconoce al hombre que se alborotaba como un tigre cuando ha oído la sangre.

Astuto tirano, le llamaba Montesquieu. No sólo sus actos públicos, sino su vida privada, merecieron la más severa censura de libelistas, que Mr. Dubois d'Amiens califica de enemigos políticos; se le acusaba de toda clase de oprobios (*variorum dedecorum infamiam subsit.*)

Suetonio, uno de sus panegiristas, dice que Augusto se justificó perfectamente de todas estas infamias, y que las ha refutado muy fácilmente (*facillime refutavi infamiam impudicitiae.*)

Segun Suetonio, el emperador Augusto, lejos de entregarse á estos desórdenes, dió prueba de una castidad que no se había desmentido nunca, lo mismo en su vida pasada que en la venidera. Hasta este extremo llega la afirmación lisonjera del historiador (*et presentis á posteris vite castitate*)

Tiberio se irritaba á la lectura de los libelos que circulaban libremente en Roma, y aconsejó al emperador que los castigase severamente. Es justo reconocer que Augusto era más hábil político, y le contestó: «No te indigne el mal que se dice de mí, mientras no se me pueda probar.» (*Noli in hoc nimium indignari, quemquam esse qui de me male loquatur, satis est ne quis nobis male facere possit.*)

Suetonio parece bien informado de todos los hechos que relata; pero es muy inferior á los grandes historiadores de la antigüedad, sobre todo á Tácito, del que no tiene ni la profundidad, ni el sentido moral; el sabio M. Egger no reconoce en Suetonio el sentimiento de lo honrado y de lo justo, porque el hecho es que nunca lanza un grito de indignación contra las infamias del vicio triunfante, y muestra una indiferencia igual por el crimen y por la virtud.

Se sabe que César Augusto había nacido en Roma, de una familia originaria de Velletri, el año 631 de la fundación, sesenta y tres años antes que J. C.

Su constitución, débil y delicada desde su nacimiento, obligó á su madre Atilia á oponerse á que acompañara á Africa á su tío Julio César, cuando éste se proponía destruir á los hijos de Pompeyo. El mismo César no quiso consentir que le siguiera en esta expedición, como lo deseaba su sobrino.

Octavio padeció una enfermedad muy grave, y al regreso de César, éste enviaba muchas veces á preguntar por el estado de aquél; y al prevenirle una noche que el jóven enfermo inspiraba las más vivas inquietudes, Julio César se levantó de su lecho, sin ocuparse de calzar sus piés, y corrió á la casa de su sobrino, para interrogar á los médicos con una ansiedad profunda.

Octavio, apenas restablecido de su enfermedad, expresó de nuevo el deseo de acompañar al dictador, que partía á apaciguar la guerra que había estallado en nuestra patria; pero César tampoco lo consintió, por consejo de los médicos, y debió quedar en Roma bajo la tutela de su madre.

Al fin, más fortalecido, emprendió su viaje á España, sin más escolta que la de un vigoroso esclavo, y llegó á reunirse con su tío, bien decidido á no abandonarle más.

Este viaje y este primer aprendizaje de la guerra, debieron fortalecer un poco su constitución, porque despues de esta campaña se decidió á ir á Apolonia, para completar sus estudios en las letras griegas y latinas, y entonces fué cuando se le anunció la muerte de su tío en el Senado.

Apenas entró en la vida militar padeció las más graves enfermedades, desde luego en su partida para Macedonia, despues en los campos de Philippes, más tarde en Brindes, donde se desesperó de su vida hasta el punto de que el rumor de su muerte se difundió en Roma.

Octavio se encontraba en tan mal estado en el momento de comenzar la batalla de Philippes, que se vio obligado á hacerse llevar en litera entre las filas de sus soldados, y despues de la acción, debió refugiarse en el fondo de un pantano tres días enteros, sufriendo mucho, nos dice Plinio el naturalista, de una infiltración general bajo la piel: (*Aquá supter cutem fusá turgidi.*)

Despues de la derrota de los cántabros, adquirió una enfermedad que podía hacer temer por su vida. En el texto latino de Suetonio, se denomina *distillationibus jecore vitato*, lo que significa según el tecnicismo médico, que se trataba de una hepatitis aguda ó crónica.

Acababa de salir de otra enfermedad, siendo cónsul por undécima vez, y convencido de que iba á morir, reunió á los grandes dignatarios del Imperio, comunicándoles el estado exacto de los ejércitos y de la hacienda, no dijo una sola palabra sobre el que debía sucederle y solamente remitió su anillo á Agrippa.

Entonces, si se cree á Dion Cassio, se le aconsejó que llamase á Antonio Mussa, célebre médico de la época, que tuvo la fortuna de curarle completamente con el método designado hoy de *hidroterapia*. Se había recurrido antes á bebidas y fomentaciones calientes que agravaron el mal, y las fomentaciones frías, bebidas y baños fríos produjeron el resultado apetecido.

El emperador mostró su reconocimiento á Antonio Mussa, no sólo con una enorme suma de plata, sino que, á pesar de no ser más que simple emancipado le concedió el derecho de llevar el anillo de los senadores y de los caballeros, y por la solicitud de Antonio Mussa decidió que todos los médicos gozaran de este privilegio, y que fuesen exceptuados de toda especie de cargas é impuestos.

Las precauciones que adoptaba para fortalecer su salud tan quebrantada, eran extraordinarias. Llevaba en invierno cuatro túnicas y una gruesa toga, lo que no le impedía abrigarse con calor el pecho, los muslos y las piernas. No se paseaba nunca sin tener cubierta la cabeza.

Elegía una habitación que atenuase los efectos de una temperatura un poco elevada, y de un frío un poco intenso que le molestaban. La casa que el emperador habitó durante cuarenta años, en invierno como en estío, estaba situada sobre el monte Palatino. Temía sobre todo el sol directo, aun en invierno, y la cámara de su dormitorio, era una pieza bien aireada, espaciosa y fresca. No dormía más de siete horas, y le era penoso el levantarse temprano, hacia sus viajes precisos á cortas jornadas y renunciaba á un ejercicio un poco violento.

No llevaba otros trajes que los que habían sido confeccionados por su mujer, su hermana ó sus hijas.

Su sobriedad era extremada. Comía muy poco, su pan de calidad comun, algun pescado pequeño, leche é higos frescos. Suetonio nos suministra



todos estos detalles. Bebia muy poco vino, y con preferencia el de los Alpes. Son detalles para conocerle en su vida íntima que nos suministran Suetonio y el médico M. Dubois d'Amiens.

Se habia entregado desde su más tierna edad al estudio de las letras griegas y latinas, pero nunca pudo expresarse correctamente en griego, ni escribir en esta lengua, pero componia en latín y hacia traducir en griego. Sus apologistas aseveran que se expresaba en términos elegantes, evitando las sentencias pomposas cuando le exigia la necesidad de hablar en público.

Libia ejercia una influencia omnímoda en el alma de Octavio Augusto. Fué sin duda una dama dotada de cualidades extraordinarias. Pertenecia á la ilustre familia de los Claudios; á la edad de catorce años perdió á su padre, que se mató, despues de la batalla de Filippes. Casada luego con Tiberio Neron, proscripta con él, debió huir también para librarse de la venganza de los triunviros, llevando en sus brazos á su hijo Tiberio, que fué el sucesor de Augusto. Este la encontró y le inspiró deseo de poseerla, arrebatándola al proscripto, y la hizo su esposa.

Suetonio nos dice que el afecto de Augusto por Libia, no se desmintió un solo día, y que la amó durante su vida única y constantemente. Libia era más jóven que Augusto, y todos los historiadores reconocen que reunia todas las cualidades y todas las virtudes de la esposa; compañera así dueña y llena de abnegacion en las fatigas, confidente discreta y consejera esclarecida, de costumbres severas.

Si su belleza seductora comenzó por fascinar los sentidos de Augusto, dominó en su corazón por el ascendiente de su inteligencia y por el encanto de su carácter.

Los biógrafos modernos se han dividido en sus juicios sobre la fisonomía moral de Libia.

Mr. Naudet hace un retrato encantador de sus buenas acciones. Cuando el emperador invitaba á festines solemnes á los senadores y los caballeros, Libia recibia las mujeres á su mesa, dotaba las hijas de los nobles pobres, hacia educar á los hijos cuyas familias carecian de los recursos necesarios para su educacion, y se la vió más de una vez, en los incendios que estallaban con frecuencia en Roma, mezclarse á la multitud y alentar los soldados y los hombres del pueblo á cumplir su deber.

Mr. Dubois d'Amiens, Mr. Naudet y otros escritores defienden la memoria de Libia, apoyados en los historiadores más dignos de fe, de las monstruosidades de que la acusan, sobre todo, Mr. Ampere y Mr. Beulé, que no dan ningun valor á los monumentos escritos por géneos adoradores de la fortuna y del poder.

El mármol y el bronce son los archivos que les merecen confianza: Mr. Naudet no ha visto en sus estatuas más que una belleza fria y un rostro sin expresion; confiesa que no ha encontrado en sus estatuas ninguna apariencia de falsedad, pero esto depende, dice, á que ella sabia disimular hasta la falsedad.

Mr. Beulé va más recto al fin. Ha descubierto en una de las más bellas estatuas de Libia, todos los indicios de una maldad profunda, una nariz que revela todo á la vez, una expresion de cólera y de sensualidad, sobre todo en las disposiciones de los cartilagos que forman la extremidad, de lo que acusa una verdadera inclinacion atroz.

Mr. Beulé encuentra, á pesar de todo, que esta estatua es de una arrebatadora belleza; la frente, dice él, es pura, clara, límpida; la boca pequeña, fresca, pulida; si no resaltase esta desgraciada nariz, que vende todos sus malos instintos, ella seria perfecta.

La filosofía de la historia viene á demostrar la analogía que existe entre algunos rasgos físicos acentuados, y los vicios ó las virtudes que engendran, y la ciencia craneológica ha venido á corroborar este aserto.

Libia habia concentrado todas sus ambiciones sobre su hijo Tiberio; le amaba y no retrocedió ante ningun crimen, porque alimentaba sobre su porvenir grandes pensamientos.

Augusto mostraba mala voluntad por Tiberio, á causa de su origen, que despertaba unos celos retrospectivos, y su figura seria, grave, su frente ceñuda en su edad de quince años, disgustaban á Augusto, que no lo podia ocultar, lanzando frases de mofa que herian el orgullo del niño y sobre todo, cuando Tiberio hizo sus primeras armas contra los cántabros, y tuvo la desgracia de ser demasiado sensible al vino de España. Augusto ostentaba un maligno placer en recordar las pullas de sus soldados que habian cambiado en sobrenombres bufones, los tres nombres de Tiberio: llamábanle *Biberius* (beber), *Caldius* (vino caliente), *Mero, merum* (vino puro).

Estas chanzas de la soldadesca que encontraban eco en el alma de Augusto, contribuian á hacer más concentrado y sombrío el carácter de Tiberio. Los consejos de Libia llenos de prudencia y de sutileza, pero más propios para ser dirigidos á un hombre que á un niño, apresuraban la madurez de un espíritu sin juventud.

Augusto habia elevado á su sobrino, el jóven Marcelo, á las dignidades de edil curul y de Pontífice, cuando la muerte vino de golpe á sorprenderle en medio de los honores á la edad de veinte años.

Aún quedaban al emperador, además de sus dos yernos, dos nietos, descendientes de Agrippa, Cayo y Lucio; pero de repente estos dos jóvenes

principes mueren de una muerte imprevista, y Tácito nos refiere, que por la primera vez las sospechas de envenenamiento recayeron sobre Libia.

El emperador, dice Tácito, los habia nombrado príncipes de la juventud, césares, es decir, herederos presuntivos de Augusto.

Escritores modernos ya mencionados, acusan formalmente á Libia de estos crímenes, y uno de aquellos, M. des Vergers, indica que Augusto mismo no se atrevia á descubrir el autor de estas maldades, y añade, que á partir de este momento, Libia parecia marchar con su frente altiva, imponiendo todas sus voluntades al emperador, hasta hacerle desterrar á su último nieto, Posthumo Agrippa.

Tácito nos muestra al emperador doblegado por el peso de los setenta y seis años, debilitado por frecuentes enfermedades y subyugado por Libia. Refiere que Augusto, acompañado de un solo testigo, Fábio Máximo, se hizo conducir á la isla de Planasia, donde estaba relegado su nieto por la influencia de Libia.

Con los ojos inundados de lágrimas, Augusto y su nieto se dieron muestras de una mútua ternura, lo que dió á pensar que el jóven príncipe podia ser llamado al palacio de su abuelo y ser declarado su sucesor al imperio.

Fábio cometió la imprudencia de confiar esta entrevista á su mujer y ésta fué á revelársela á Libia. Pocos dias despues se supo la muerte de Fábio, y en sus exequias se oyó á su mujer, Marcia, acusarse sollozando de haber sido ella misma la causa de la muerte de Fábio.

Libia tenia setenta años, pero por su vida casta y encerrada en la casa del Palatino, habia conservado toda su salud, todas sus fuerzas, toda su energía. También ha sido acusada de haber apresurado la muerte de Augusto, al que acompañó á Nola, á donde llegó Tiberio que se encontraba en Iliria, llamado por las cartas de su madre.

Cesar Augusto ya no existia, y las maldades de Libia dieron á Tiberio, á un monstruo, el imperio romano.

EUSEBIO ASQUERINO.

## LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA.

JUAN JACOBO ROUSSEAU.

En todas las épocas de la historia ha dado á la Francia el pueblo y la clase media un contingente considerable de personalidades ilustres. La libertadora del territorio en los tiempos de la invasion inglesa, era una humilde labradora de la Lorena, Juana de Arco. En el siglo xvi, los grandes pensadores y los grandes artistas son, en su mayoría, hijos de la clase media ó de las clases obreras.

En la orgullosa córte de Luis XIV, vemos el hijo de un procurador, Corneille; el hijo de un tapicero, Moliere; el hijo de un escribano, Boileau, y tantos otros que pudieran citarse y que no tenian mas pergaminos que su talento. En el siglo xviii no degeneran el pueblo y la clase media, y dan á la literatura un Voltaire y á la filosofía política un Rousseau.

Cierto es que este último no nació en Francia; pero su origen es francés. Despues de la revocacion del edicto de Nantes, se refugió su familia en Ginebra, y allí nació Juan Jacobo en 1712. El mismo relata en su libro inmortal, las *Confesiones*, la singularidad de su primera educacion. Su padre, simple obrero relojero, pero hombre muy inteligente, le permitió leer en edad temprana toda suerte de libros. Otra inteligencia que la de Rousseau hubiera sucumbido bajo el peso de aquellas lecturas prematuras; pero Juan Jacobo resistió felizmente aquella indigestion literaria. Su imaginacion quedó, sin embargo, algo turbada, á consecuencia de semejante prueba. «Aprendí á pensar antes de saber reflexionar, ha dicho él mismo, y he conservado cierto embarazo del que jamás he podido desprenderme.»

Expulsado de Ginebra el padre de Rousseau, á consecuencia de un desafío, su hijo, que no habia conocido jamás á su madre, fué recogido por un primo, el pastor protestante Lambercier. Desgraciadamente para Juan Jacobo, no permaneció mucho tiempo en compañía de aquel digno eclesiástico. Entró como aprendiz en el taller de un grabador brutal, al que tenia miedo, lo que le enseñó el disimulo y la mentira. Fatigado de violencias y vejaciones, se marchó de Ginebra el jóven aprendiz, y comenzó la vida vagabunda que tan bien relata. Se vió obligado, para ganarse la vida, á aceptar las funciones más humildes y más equívocas; pensionista de madama de Wareus, profesor de música, empresario de conciertos, lacayo, preceptor, secretario de embajada en Venecia, y finalmente literato. Con este último título, merece el nombre de servidor de la democracia.

Como escritor y como pensador, ha defendido Rousseau tres ideas que nos son muy caras: la tolerancia, el sufragio universal y la igualdad política. Ha defendido la tolerancia en uno de sus más hermosos libros, el *Emilio*, y en el más persuasivo de sus folletos, *La carta al arzobispo de Beaumont*.

Con incomparable elevacion de estilo, ha demostrado Rousseau que el hombre está obligado á ser sincero, pero no á ser infalible. Ha hecho ver que sin la discusion no hubiera podido establecerse el cristianismo. ¿Por qué, pues, negar á todas

las filosofías y á todas las religiones que puedan surgir, el ejercicio de un derecho sin el cual estaríamos aún en la barbarie? «Decis,—exclama Rousseau,—que el cristianismo es divino; pero ¿qué lo prueba? Vuestra razon. ¿Cómo podria hacerse esta demostracion, si vuestra razon no fuera libre? Los milagros que poneis por delante, nada significan. ¿Qué prueba además su realidad, sino el testimonio de los hombres? ¿Y cómo establecer el valor de estos testimonios, si no discutiéndolos? La libertad de la contradiccion es por consecuencia necesaria. Esta libertad es el derecho á la tolerancia de las opiniones.»

Estas ideas habian sido ya manifestadas por otros pensadores antes que Rousseau. Pero al hablar del sufragio universal demuestra más originalidad.

Mas atrevido que Montesquieu, ménos doctrinario que Voltaire, ha demostrado científicamente que el origen de todos los poderes reside en el pueblo. Al derecho divino opone el derecho humano. A la teoría del gobierno de las clases, ha sustituido la teoría del sufragio universal. No hay para él más que un soberano, la nacion. Todo viene de ella y todo debe referirse á ella. Es preciso que el pueblo ejerza todas las funciones que puede directamente desempeñar, y que delegue por un tiempo muy corto todas aquellas que no pueda ejercer por sí mismo. Tal es la teoría del *Contrato social*, obra prodigiosa para los tiempos en que fué escrito.

Si hoy día se pusiera en práctica esta teoría, tendríamos la descentralizacion más completa y la eleccion de todos los funcionarios públicos, es decir, el ideal del Gobierno democrático. Se ve que con relacion á Rousseau, somos unos retrógrados.

No hay exageracion alguna al decir que Juan Jacobo es el más poderoso doctor de la política radical. La influencia de su espíritu domina la Revolucion francesa. La Asamblea constituyente tomó del *Contrato social* la teoría de la igualdad política, en virtud de la cual no hay en un Estado clases, sino sencillamente ciudadanos. Este luminoso principio encierra toda la Revolucion.

Rousseau, que era un lógico habilísimo, comprendió que la teoría del sufragio universal lleva á la república, y realmente el gobierno republicano es el que procura organizar en su *Contrato social*.

Tuvo por discípulos hombres que exageraron sus ideas, Robespierre por ejemplo, y admiradores más dignos de simpatía, entre otros Luis Blanc. Robespierre hizo surgir del *Contrato social* la detestable teoría de la salvacion pública; hizo del cadalso un instrumento de dominacion y obtuvo por resultado, segun la expresion de Luis Blanc, *asustar á Europa y desprestigiar la revolucion*.

La política de carnicería que siguió el Comité de salvacion pública, hubiera perdido la revolucion, si la revolucion hubiera podido perderse.

Hay que reconocer que Rousseau, en muchas de sus obras, y sus discípulos, en muchos de sus actos, han desconocido las excelencias de la libertad. Han ido á parar al jacobismo, doctrina explicable quizás, cuando el extranjero ocupa una parte del territorio nacional, pero sin justificacion posible en tiempo ordinario.

Si el sufragio universal debiera conducir como forma de gobierno á una tiranía colectiva ó á una tiranía anónima, el sufragio universal faltaria á su principio y á sus deberes.

Teóricamente, el sufragio universal es el gobierno de todos en interés de todos. Para que este gobierno sea una verdad, es preciso que no se apodere jamás un grupo ó una fraccion cualquiera de ciudadanos de un poder que á todos pertenece.

No queremos la tiranía de un comité de salvacion pública, como no queremos la tiranía de razas y de clases privilegiadas. El sufragio universal es un conjunto de hombres capaces de dirigirse por sí mismos, y no tiene necesidad, para prosperar, mas que de una cosa: la libertad.

Rousseau ha defendido con talento la causa de la igualdad política, y la ha ganado. Nos resta, ahora, hacer triunfar la causa de las ideas liberales, sin las cuales puede haber una república nominal, pero no una república real.

J. J. Rousseau, en el *Contrato social*, presenta algunos de los mejores argumentos en favor de los teorías liberales. Sus principios han sido invocados durante mucho tiempo por los republicanos autoritarios; pero ya es hora de que la gran influencia del filósofo y de su admirable génio, se ejerza en favor de los republicanos liberales.

Eugenio Pelletan, en un conmovedor discurso pronunciado en Ginebra, recordaba que Juan Jacobo era el lazo de union de la Francia y la Suiza. «En la escuela del ginebrino Rousseau, exclamaba el elocuente orador, hemos aprendido á ser republicanos.»

A nuestra vez nos permitiremos añadir á lo dicho por Pelletan: Hemos aprendido la igualdad en el *Contrato social*; aprendamos, al leer de nuevo esta obra, que la República francesa no será grande y fuerte más que por la libertad.

DIDEROT.

Con ménos imaginacion que Voltaire y ménos elocuencia que Rousseau, les aventaja quizás por la originalidad. El creó la crítica artística con sus famosos *Salones*; él contribuyó á la transformacion del *Teatro Francés* con sus *Ensayos* sobre el arte dramático; él renovó y rejuveneció la filosofía y la ciencia por medio de la *Enciclopedia* y de sus pro-

fundas obras sobre *La interpretación de la naturaleza* y el *Sueño de d'Alembert*. Se le debe además una obra dialogada, tan hermosa como los más admirables dramas de Shakespear: el *Sobrino de Rameau*. Las cartas á la señorita Voland, son tan pintorescas como la correspondencia de Voltaire ó de madame de Sevigné.

Diderot, hombre de tanta imaginación y de tan maravilloso saber, fué también uno de los más bellos caracteres y uno de los más nobles corazones de su tiempo. Amó la verdad con pasión, y se expuso por servirla, á la miseria y á la prisión. Defendió la causa del pueblo con esa profunda ternura con que más tarde habló Lammenais.

La vida de Diderot es de las más sencillas. Nació en Langres, en 1713, y fué educado por los jesuitas. Al terminar brillantemente sus estudios, se vió precisado á elegir una profesión. «No quiero ser médico, escribía á su padre que era cuchillero en Langres, porque no tengo ninguna afición al homicidio. No quiero ser procurador, porque no tengo afición alguna á los litigios. No quiero ser comerciante, porque no tengo aptitud para los negocios.»—¿Pero entonces, qué quieres ser? preguntó inquieto el padre.—«¡Nada! Amo el estudio y estudiaré. Amo la verdad y procuraré hallarla, primeramente por mí y despues la comunicaré á los demás. No seré alguna cosa sino alguno.»

Ya se adivina cómo acogió el cuchillero de Langres, hombre práctico ante todo, esta extraña profesión de fe de su hijo. Le creyó perdido, y, á fin de corregirle, comenzó por suprimirle los víveres. Diderot, reducido á sus propias fuerzas, vivió durante diez años de lo que se ha llamado despues *la vida de bohemio*, comiendo algunas veces, almorzando por casualidad, pero trabajando sin descanso.

Su miseria llegó á ser tan grande, que un día, mártir de carnaval, cayó moribundo de inanición ante la puerta de una frutera, buena mujer, que le recogió, le dió de comer, y le salvó. «A partir de este día, escribe el mismo Diderot, hice el juramento de que mientras tuviera un pedazo de pan lo partiría con los que sufren.» Este juramento fué escrupulosamente cumplido. Un rasgo muy curioso demostrará hasta dónde llegaba la bondad de alma de Diderot. Una mañana, un individuo de mala apariencia, se presentó en su casa, llevando en la mano unos papeles: «Tomad y leed», dijo al filósofo. Diderot cogió aquellos papeles y leyó un inicuo libelo contra su persona. Sus costumbres eran ultrajadas, su personalidad vilipendiada y su talento ridiculizado. «Es abominable lo que habeis hecho, exclamó Diderot, pero ¿por qué me traeis semejante ignominia?»—«He pensado, replicó el corsario de las letras, que os sería agradable impedir la publicación de este libelo. Si queréis, por un poco de dinero...» Diderot comprendió por fin y rompió á reír. «Os dedicais á un triste oficio, dijo, y lo haceis mal. Soy muy pobre y no podría pagaros esa villanía en lo que vale. Mis enemigos serán más generosos que yo; haced aquí las señas del más rico.» Diderot le dió el nombre de un opulento hacendista, muy conocido entonces. El confuso corsario literario iba á retirarse, cuando repentinamente añadió: «Monsieur Diderot, vuestro enemigo, al que conozco, exigirá que ponga una dedicatoria al libelo, y confieso que me hallo algo confuso para redactarla.»—«No hay que dejarlo por tan poca cosa, respondió el filósofo; esperad un momento.» Y redactó la dedicatoria. ¿Qué más hubiera hecho un cristiano, aun cuando hubiera sido un obispo?

Diderot, escaso de dinero, pero rico de ideas, daba sin contar á todos sus amigos consejos é inspiraciones. Se iba á él como hácia un manantial benéfico é inagotable. Aquel hombre generoso y modesto, era un pensador atrevido. En filosofía defendió primero el deísmo, un deísmo amplio y sincero. El fué el que dijo esta gran frase: «*Ensanched á Dios.*»

Más tarde, abandonando Diderot el deísmo, se inclinó hácia el panteísmo materialista; pero siempre tuvo destellos de sus primeras doctrinas. En una escursión hecha por los alrededores de París con su amigo Grimm, materialista intolerante, simbolizó Diderot sus dudas religiosas con una acción y una palabra conmovedoras. Habiéndose inclinado para coger una flor, permaneció un momento ante ella en la misma postura y silencioso. —¿Qué haceis?—le preguntó Grimm sorprendido. —Escucho esta flor, que está hablando.—¿Y qué dice?—Me describe el Dios benéfico de la naturaleza.—Y despues, incorporándose, añadió el conmovido filósofo:—El corazón comprende, pero la imaginación no está aún formada.

Y, no obstante, el hombre que pronunció estas palabras estuvo encerrado como impío en la fortaleza de Vincennes.

La política de Diderot es tan elevada, como su filosofía era delicada y poderosa, dos cualidades que no se excluyen en las grandes naturalezas. El autor de la *Enciclopedia* fué uno de los más ardientes partidarios del gobierno popular y de la libertad, bajo todas sus formas. Fué uno de los primeros en pedir el armamento de toda la nación. «Un país no es libre, ha escrito, hasta que cada ciudadano tiene en su casa dos trajes; el uniforme de soldado y los vestidos necesarios para sus ocupaciones habituales.» Diderot ha sido también uno de los primeros en dignificar el trabajo manual. Ha protestado también contra la preocupación absurda, que consideraba ciertas profesiones como

viles. A sus ojos no había despreciable más que la pereza y la mentira.

A pesar de sus cualidades originales y la prodigiosa fecundidad de su genio, Diderot permaneció siempre pobre. Sin duda hubiera podido enriquecerse su gran publicación, *La Enciclopedia*; pero para ello hubiera sido necesario que la prensa fuera libre en su tiempo, y precisamente entonces suscitaba el poder á los suscritores á cada momento y con cualquier pretexto, nuevas trabas. Cuando iba á aparecer un tomo, intervenía repentinamente la censura y suprimía el privilegio, sin el cual no podía publicarse ningún libro. Era preciso volver á comenzar la obra y perder el tiempo y la paciencia en dar pasos y solicitar protección. ¡Feliz el que escapaba de la prisión! El privilegio de *La Enciclopedia* fué retirado cinco veces, y además Diderot, cándido como un niño, se dejaba engañar por su librero, y no era siempre apoyado por sus colaboradores. La mayoría de éstos le abandonó, bien por miedo, ó bien por cansancio, y el gran escritor quedó sólo encargado de aquella obra inmensa, en la cual se esforzaba en reunir los resultados de todas las filosofías y de todas las ciencias. Cerca de treinta años empleó en terminar aquel trabajo colosal. Cuando se piensa que tenía en contra de él la corte, los nobles, los hacendistas, los parlamentos y el clero, se experimenta profundo respeto ante la heroica perseverancia de Diderot. Lentamente fué elevándose *La Enciclopedia* como una fortaleza enfrente de la Bastilla, y aprovechando una de las más hermosas frases de Víctor Hugo, puede decirse: «*¡Esto mató aquello!*»

D'ALEMBERT.

En los siglos XVII, XVIII y XIX ha habido tres sábios, que han sido literatos admirables y atrevidos filósofos. El primero es Fontenelle, ese sobrino de Corneille que escribió un hermoso libro sobre la *pluralidad de los mundos*; el tercero es Francisco Arago, que fué un astrónomo de genio, un escritor distinguido y una de las más hermosas figuras de la democracia. Entre estos dos grandes hombres está d'Alembert, que tuvo tanto ingenio como Fontenelle y tanta erudición como Arago.

Antes de ser una personalidad ilustre, comenzó d'Alembert por ser un niño abandonado. Un día del año de 1717, fué recogido en la esquina de una calle de París, por una pobre mujer, que se lo llevó á su casa y lo educó, dándole el nombre de Juan le Roud. La digna mujer que le había salvado veló por su educación, que fué de las más sumarias. Pero el genio suple á todo, y el pequeño huérfano conquistó por la meditación y el trabajo, lo que no pudo hallar en la escuela. Si es verdad que nada hay más triste que esos primeros años de un futuro grande hombre, también es agradable consignar que el pequeño Juan le Roud se mostró tan grande por el corazón como por el ingenio. Consagró durante toda su existencia un reconocimiento profundo á la mujer del pueblo que le había adoptado, y cuando llegó á ser célebre continuó viviendo con ella, prodigándole la ternura más filial, y honrándola al igual de la más gloriosa de las madres.

Todos los hombres superiores del siglo XVIII se dedicaron á servir una idea especial. Montesquieu abogó por la causa de la ponderación de los poderes en el *Espíritu de las leyes*. Voltaire sirvió la de la libertad de conciencia; Rousseau la de la libertad política. D'Alembert, que pasa por un hombre tímido, se mostró, no obstante, el más atrevido de todos, pudiendo figurar entre los antepasados del socialismo contemporáneo. Pretendió probar que un Estado no se halla bien organizado, si no asegura á cada uno de sus miembros, no solamente trabajo, sino también el pan. De aquí á decir que el Estado debe dirigir las empresas industriales y distribuir el trabajo entre todos, no hay más que un paso.

En cierta medida tiene indudablemente razón d'Alembert. Las sociedades bien equilibradas no deberían jamás dejar morir de hambre uno solo de los ciudadanos que en ellas viven. La existencia de la miseria, prueba que todos los progresos políticos y sociales están muy distantes de verse realizados. El esfuerzo del legislador debe tender constantemente á hacer desaparecer la miseria pública y privada. ¿Quiere esto decir que es preciso imponer al Estado la obligación de arreglar y de suministrar el jornal? No lo creemos así, porque la humanidad no es una caverna ni una prisión. Subsiste con una suma de libertades que acarrear algunos inconvenientes, y sin las cuales no hay más que el despotismo de un individuo, ó el despotismo igualmente odioso del Estado.

Opinamos como d'Alembert, cuando reclama para todos los niños la obligación de aprender el catecismo... pero el catecismo cívico. A este filósofo se debe la teoría ingeniosa y verdadera, de que no se puede ser realmente un ciudadano, sino á condición de conocer todos los deberes hácia la patria. D'Alembert quería que se enseñara en todas las escuelas lo que es el Estado, lo que nos debe y lo que nosotros le debemos. La idea del filósofo del siglo XVIII ha hecho fortuna. Durante la revolución francesa se compusieron numerosos catechismos republicanos, y en nuestros días se han publicado también muchos manuales de la instrucción cívica y moral. Mr. Paul Bert, Compayré, Charles Bigot y Mme. Greville, son discípulos de Juan le Roud, é imitándole han hecho

una cosa útil y excelente, á despecho de las excomuniones papales llegadas de Roma.

El ilustre filósofo del siglo XVIII fué uno de los colaboradores de Diderot en el diccionario de la Enciclopedia. D'Alembert es el autor del prefacio de este monumental diccionario, y este prefacio se considera, con justicia, como una obra maestra de estilo y de erudición. En algunas páginas admirablemente escritas y de una lectura agradable, ha resumido d'Alembert toda la ciencia de los siglos anteriores al suyo.

Otro libro del mismo escritor ha llegado á ser clásico: *La Memoria sobre la destrucción de la Orden de los jesuitas*. D'Alembert denuncia todos sus manejos é intrigas, y escribe su historia con una claridad incisiva y un raro vigor.

Abogar por la causa de la franqueza contra los jesuitas, organizar la educación cívica contra los despotismos, reclamar para los obreros y para todos los desgraciados los socorros del Estado; en definitiva, intentar introducir la ternura en la política; hé aquí más de lo que es necesario para merecer el título de precursor de la revolución francesa. Quizás no está d'Alembert en primera línea entre estos precursores; tal vez por haber ejercido ménos acción sobre su época que los tres grandes géneos cuyos nombres han sido glorificados con tanta frecuencia. Diderot, Voltaire y Rousseau. Pero ha dado pruebas de buena voluntad y de abnegación, y ha sido el primero en pagar la fecunda idea del catecismo cívico. Bajo este título, deben los hombres recordarlo con respeto y los niños de nuestras escuelas lícitas tienen el deber de pronunciar su nombre con gratitud.

ANATOLIO DE LA FORGE.

## RECUERDOS DE LISBOA VIEJA.

Una antigua leyenda alemana cuenta «que hallándose un caballero en Jerusalem, y habiendo tenido deseos de ver la ciudad más bella de Europa, se buscó un espejo mágico y al punto se apareció á sus maravillados ojos Lisboa la grande, como se la llamaba entonces.» Sirve esto para probar la fama de magnificencia de que disfrutaba Lisboa en la Edad Media, cuya fama fué siempre en aumento desde el reinado de Don Fernando. La capital de Portugal, tal como existía en los siglos XIII y XIV durante la época verdaderamente feudal, exige más espacio del que disponemos para ofrecer una descripción algo detallada, en una noticia en que tantísimos puntos, todos importantes, deben tratarse sumariamente. Sí, Lisboa, la antigua *Olisippo*, de fundación romana, ha sido descrita con sus preciosas antigüedades en el libro de Acevedo y algunos escritores árabes, en cuyo número figura Edrisi en primera línea, han historiado galanamente el período que perteneció á los moros. Fernando Lopez dá alguna noticia acerca de su acrecentamiento durante la Edad Media, por el tiempo que fué rodeada de murallas. En esta época tuvieron lugar infinitas construcciones, realizáronse empresas muchas veces proyectadas, particularmente desde que se ajustó la paz con España. La mayor parte de los arrabales quedaron comprendidos en la ciudad antigua, tenida ya por una maravilla por la mayor parte de los historiadores. La nueva disposición de la ciudad, el carácter que tomó entonces, su conjunto feudal, si es posible valerse de esta expresión, han sido muy bien dibujados, no há mucho tiempo, por un escritor portugués que ha escrito esta época histórica antes de pintar á Lisboa, tal cual existía con anterioridad á la época de Juan III.

Lisboa, ciudad guerrera y mercantil despues como ha dicho A. Herculano, ha tenido, no una, sino dos *ciudades nuevas* unidas á su circuito de murallas: la primera al Sur y la segunda al Occidente. La mábase ésta *ciudad nueva de Gibraltar*, y *ciudad de Andrade* la otra. La segunda, erigida durante el siglo XV, guardó muy poco tiempo sus recientes lindes, porque Lisboa no contaba más que 15.000 habitantes á fines del siglo XII, con el nombre de villa, siendo así que Silves la Morisca contenía 25 000 y vino á crecer tan rápidamente, que rompiendo sus barreras ó lanzándose más bien por encima de sus muros occidentales, la fué á abrazar en su cuna. No sucedió lo mismo con la ciudad nueva de Gibraltar, que fué el arrabal de los judíos.

La Edad Media, aquella época eminentemente poética, seducida por sus creencias, había hecho de Lisboa el símbolo de la historia y de la política. El municipio cristiano, dilatándose desde el castillo ó alcázar, situado sobre la eminencia, seguía hasta el pié de la montaña, en cuya cumbre se levantaba, como soberana de todos los edificios de los contornos, la torre del *Homenaje*, mansion del grande alcaide como representando la fuerza del poder real y de la aristocracia. A la sombra del alcázar, y más allá de media cuesta, la catedral elevaba sus dos imponentes torres de forma cuadrilátera y macizas. Entre estos dos edificios, expresiones materiales de la monarquía, de la nobleza y de la Iglesia, posaba la sala del Senado. El palacio del Consejo, enteramente plebeyo, limitóse al campanario septentrional de la catedral, por su construcción humilde, representaba al pueblo que se preparaba á extender sus brazos endurecidos por el trabajo, para sujetar algún día el alcázar á la diestra y á la siniestra la iglesia. En la

configuración de la ciudad se reasumían la historia social de lo pasado y la profecía del porvenir. En efecto, como sucede con tantos objetos de la Edad Media, Lisboa era un verdadero símbolo.

No lo era únicamente del pensamiento político, sino que lo era también del religioso. En el corazón del cuartel populoso, lo mismo que en el lugar eminente, se esplayaba el cristianismo. Al Norte, en un valle profundo, cuyas casas oprimían la mezquita, se hallaba el barrio de los moros: la *Morería*. Al Sudeste, casi enteramente al Levante, se encontraba la Sinagoga y cuartel de los Judíos. Así, pues, los sectarios de una creencia que fué la verdadera en otro tiempo, al lado por donde se levanta el sol para dominar las alturas; la religión del Cristo, completamente divinizado por la fe, ocupando lo vasto del recinto, y el islamismo, transformación impía y tenebrosa de las creencias, ocultado, como quien dice, al Norte, casi bajo la sombra que proyectaba la cruz triunfante; y á lo lejos las vastas soledades del Oriente, á través de las cuales debían algún día los hijos del Evangelio llevar su libro á regiones aun desconocidas de ambos mundos. Así la antigua Portugal había hecho de la ciudad del Tajo un símbolo y una profecía sublimes.

Nos prometemos presentar al lector en rápido bosquejo, el segundo período de este cuadro imponente, más curioso sin duda, á nuestro entender, aunque ménos original. En esta reseña aparearemos también á los geógrafos del renacimiento, antiguos cronistas olvidados, pero que nos suministrarán las bases del edificio.

Si alguno de nuestros lectores ha echado por acaso una ojeada en la cosmografía de Ortolio, ó mejor todavía en la de Munster, á los mapas de estos antiguos volúmenes, habrá podido ver la *villa insigne de Lisboa*, tal como era admirada de toda Europa en el siglo XVI.

La ciudad fundada por Ulises, como repiten á porfía los historiadores mitológicos, lo mismo que los poetas; la antigua capital de la Lusitania, no tenía entonces ménos de diez mil casas, muchas de las cuales tenían hasta cinco pisos. Contábanse en aquella época diez y ocho mil familias establecidas en su recinto, lo cual formaba una población permanente de cien mil almas, á las cuales debe añadirse el número de diez y nueve mil novecientos cincuenta esclavos.

Pero los que se detuviesen en este cálculo, no tendrían sino una idea muy imperfecta de la población total; porque el antiguo autor que nos ofrece estos pormenores, tiene cuidado de observar que la clase jornalera era mucho mayor que la que se titulaba vecinos, y que además de esto no entraban en el cálculo, ni la corte, ni los comerciantes extranjeros, ni la gente de mar, ni, finalmente, la población flotante que se reclutaba entre los viajeros y transeúntes.

En aquella época tenía Lisboa trescientas veintiocho calles de primer orden, ciento cuarenta traversías, ochenta y nueve callejones sin salida, y sesenta y dos plazuelas ó encrucijadas, que no deben entrar en el número de calles propiamente así dichas.

Sin contar la catedral, en donde descansaba Alfonso IV y la reina Doña Beatriz, su esposa, se contaban veinte *feligresías* ó parroquias; además de estas iglesias y gran número de capillas, anejas en su mayor parte á los palacios de los grandes, la capital de Portugal contaba dentro de sus murallas suntuosos conventos, cuya sola nomenclatura ó reducida descripción nos pediría más espacio que el que podemos destinar á este objeto.

Nos concretaremos, pues, á algunos bosques puramente estadísticos, preciosos por su rareza. El monasterio de *San Vicente de Fora* era tenido por el más antiguo de la ciudad; su fecha era de la época en que el rey Alfonso Enriquez había conquistado la ciudad á los moros. No contenía más que treinta frailes de la orden de San Agustín, y sus rentas eran considerables. Fué la primera patriarcal de la nación lusitana, y en sus capillas y nave principal existían lápidas sepulcrales de alguna importancia histórica para Portugal. Copiaremos aquí doce de estas inscripciones:

## I

Aquí yaz quien foi vivo é ya é morto, é ainda que é morto vive, porque ó mundo tembra en oír suo nome.

## II

Aquí yaz Benigno Gonzalez, muito contra sua voluntad se morreo; morreo porque Deus quiso, que si Deus nao quisese, ainda fora vivo hasta ó fin de ó mundo.

## III

Aquí fica ó mellor cosa de Castela, ó señor obispo de Mérida natural, D. Gonzalo Alfonso; naon quiso ser castesao por naon caer en desgraça de Deus é de N. S. J. C.

## IV

Aquí yaz Alfonso Gallego, morreo por honra de Deus ó por la de ó Diabro.

## V

Aquí yaz Basch Figueira, caballeiro muito honrrado: naon morreo nas guerras: naon con moros peleyando, mas morreo na cama, como home muito fidalgo.

## VI

Aquí yaz Jorge Filgueras: naon lo mató Deus, porque él matóse deitandose por una chinela (1).

(1) Ventana.

## VII

Aquí fica un home, é ainda fohi home, naon é home, é pois ya naon é home, naon ten nome. Gloria Patri Amen.

## VIII

Aquí yaz ó portuguez Joaquin José de Melo, ó mellor cantor de ó mundo: chamole Deus para cantar con seus anjos, que naon tornaron á cantar avergoñados logo que lo uvieron (1).

## IX

Caballeiro de á casa de ó Rey Don Joan, aquí dorme: esta para sempre. Ninguein pase por cima de elle á fin de que naon sufra detrimento.

## X

Aquí yaz ó Rey Don Juan, Rey de allen é de aquen, é despois de morren ya naon é Rey, mais ó dia do juicio ainda ó seira, conquistando á todo ó mundo é á mais do mundo. Tembre ó Diabro, folguese Deus.

## XI

Aquí yaz ó corpo santo de ó Señor Don Juan Pereira, capitan de ó Galeoto Cagafofo: foi santo, pois naon pegó fogo á todo ó mundo, pois tiña poder de Deus para facerlo.

## XII

Aquí yaz ó mellor músico de ó mundo: chamole Deus é naon quiso ire é antaon foi muito rogado por Deus para maestre da sua Capella, é inda foi logo ellé sin sua viola.

Tales eran estas sepulcrales de la Patriarcal.

El templo de Nuestra Señora *da Groça*, pertenecía á la misma orden y tenía setenta frailes. El de *Santo Domingo*, en que vivían cien religiosos, no tenía méos de veinte criados, y una renta de 5 800 cruzados. *La Trinidad* no podía compararse á estos grandes conventos; pero el monasterio del *Cármén*, erigido en el siglo XV por el devoto condestable Nuño Alvarez Pereira, debe contarse como uno de los más bellos edificios de su género, que han admirado á la cristiandad. El noble guerrero que había muerto en una de sus celdas, y que todavía le enseñaba en el siglo XVI, había dejado rentas importantes, pero difíciles de calcular en el día, á los sesenta frailes que servían aquel piadoso asilo; *San Eloy*, dotado por el obispo D. Domingo, con sus cuarenta padres; *San Francisco*, que no contaba ménos de ciento veinte frailes mendicantes, cerraban la nomenclatura de dichos establecimientos, no tan considerables entonces como llegaron á hacerse en lo sucesivo. Para observar cierta exactitud, debemos todavía añadir, que alrededor de Lisboa, en un radio de una ó dos leguas, se contaban aun infinitos edificios religiosos, con mayor ó menor número de gente. Tal era, entre otros, el magnífico monasterio de *Belem*, erigido entonces sobre el emplazamiento que había ocupado la humilde capilla, fundada en otro tiempo por Don Enrique, y que, como se ha visto, le designaba con el nombre de *Rastelo* (2).

Entre los conventos extra muros deben también citarse á *Santo Domingo de Bemfica*, con sus treinta y tres frailes profesos; á *San Benito*, que en otro tiempo no había sido más que una capilla aneja á *Alcobaça*, y que contó despues treinta y siete religiosos, y finalmente, á *San Francisco de Enjobreagas*, que era muy considerable, pues que sólo los frailes de alforja llegaban á cincuenta.

Los conventos de las religiosas, en comparación de los de frailes, no eran tan numerosos. El monasterio de *do Salvador*, de la regla de Santo Domingo, contaba ochenta monjas (3); *Nuestra Señora da Rosa*, treinta y tres; las *Necesitantes* de la pasión de Cristo con sus veinte religiosas; el monasterio de las *Huérfanas*, de donde salían muchas jóvenes para tomar estado en el Brasil, formaban el total de establecimientos de esta clase dentro de la ciudad. *La Anunciacion de Nuestra Señora de la Esperanza*, de religiosas de Santa Clara; otro convento de *Santa Clara*; la *Madre de Dios de los Santos*, en que profesaban las damas nobles; el convento de *Chelas*, de la orden de San Agustín, y finalmente, el de *Odivellas*, que ofrecía á la veneración del pueblo la tumba de la reina doña Felipa, eran otros tantos asilos, abiertos á la devoción de las damas portuguesas, todos extra muros.

El tiempo ha venido á destruir la mayoría de estos recuerdos del pasado, y más que el tiempo, el terremoto de 1755, que destruyó en un día multitud de calles y plazas, sepultando en las entrañas de la tierra ó arrastrando por las turbulentas olas, los mejores edificios que Lisboa contaba en la parte baja, la más antigua también, y por tanto, la más importante de la *Olisippone*, que tantos recuerdos tiene en la historia de la Península ibérica.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

## LA PROSPERIDAD DE UNA REPUBLICA.

En el desarrollo que allí llevan los acontecimientos, no está lejano el día en que la marcha, los adelantos y los progresos grandiosos que está

(1) Oyeron.

(2) Se está restaurando desde 1866 y la portada y torreón del ala izquierda se desplomó en 1880. La restauración no puede ser más desgraciada y con razón la censuran los doctos.

(3) Freiras.

realizando la República Argentina, llamen tanto la atención como los de los Estados Unidos, y quizás con más razón, dadas las mayores dificultades que ha tenido que vencer aquella República de sangre española.

Para hablar de ella y de su prosperidad creciente de día en día, basta ir citando hechos, cifras, datos, sucesos que se producen, prescindiendo ya de promesas que han de realizarse, puesto que todo se ha realizado y va realizándose de una manera asombrosa.

Un escritor argentino, distinguido por su talento, á pesar de su temprana edad, el doctor Dámaso Centeno, dando cuenta del hermoso movimiento que en su patria se produce, escribe estos párrafos:

«El cuadro que se presenta á nuestra pupila investigadora no puede ser más halagüeño y satisfactorio para los hijos de este país.

En grandes y pequeñas poblaciones, en las capitales y en los pueblos nuevos, por todas partes se nota el movimiento, la animación, la vida.

El ciudadano, propios y extraños, todos se entregan al trabajo sin temores de ningún género, porque todos también están convencidos de que están cerradas para siempre las puertas á las revoluciones y confían en una paz duradera é inquebrantable.

Aún en Europa mismo donde existía una desconfianza que llamaremos secular hácia esta República, hoy se asombran de nuestros adelantos y progresos crecientes, y nos tributan los mayores elogios los diarios más importantes del Viejo Continente.

De algun tiempo á esta parte venimos publicando traducciones de diarios europeos, que corroboran lo expuesto. Examinemos, á grandes rasgos, la situación actual de las principales provincias argentinas, y ese ligero examen nos dará los más satisfactorios resultados.

Ahí está Buenos-Aires siempre activa, infatigable y progresista, á quien no han podido atrasar ni las guerras civiles de que ha sido teatro, ni los escandalosos desfalcos de que la hicieron víctima gobernadores sin conciencia.

Sus extensas zonas de tierra ayer abandonadas, son á la fecha cultivadas por el inmigrante de todos los países, que afluye á sus hospitalarias playas, en busca de trabajo bienestar y aún fortuna.

Pueblos insignificantes no hace tres años son hoy grandes centros de población y verdaderos emporios de comercio.

Mercedes, Chascomús, Chivilcoy, Dolores, etc., lo atestiguan.

Las autoridades, los mandones de sable que ayer perseguían *por gusto*, al infeliz hijo de nuestra campaña—no existen ahora—y las que hoy están al frente de los intereses de esos pueblos, llaman al *gaucho* á participar de los beneficios de la civilización y de la industria.

La red de ferro-carriles y telégrafos cruza á la provincia de Buenos-Aires en todas direcciones, y la comunicación es así fácil é instantánea.

No pasará mucho tiempo y la capital de Buenos-Aires *La Plata*, ostentará soberbios edificios, un comercio que ya empieza, y será competidora leal de la gran capital de la República, ciudad la más rica de ésta, cedida generosamente por la provincia que nos ocupa, en obsequio á los intereses comunales.

De Santa Fé nos hemos ocupado extensamente en varias oportunidades, y hemos hecho palpar cómo hoy se lleva la palma entre sus hermanas, por sus numerosas y ricas colonias y por el desarrollo que ha impuesto á la industria ganadera y principalmente á la agricultura.

La feraz campaña de Entre-Ríos y aun sus mismas ciudades, se encontraban casi en un estado primitivo, gracias al caudillaje que la avasallara y que constantemente tenía en movimiento las tropas de la nación y en expectativa á sus hijos.

Empero, las sangrientas revoluciones jordanistas aleccionaron á Entre-Ríos, que comprendió que esas luchas la esterilizaban y mataban.

Empezó su regeneración.

Se formaron colonias, se labraron sus campos, y todos á porfía se entregaron al trabajo.

A sus importantes puertos de Gualeguaychú, Uruguay, Concordia, etc., empezaron á afluir buques de todas las banderas, los saladeros faenaron en gran escala, y una agitación comercial asombrosa se desenvolvió por toda la provincia.

En Tucuman la industria azucarera es grandísima, lo mismo que la del café y otras muchas.

Santiago del Estero, hasta no há mucho estacionaria, sigue las huellas de Tucuman.

Córdoba no desperdicia ningún progreso, sea material ó intelectual.

Y así todas las provincias adelantan á medida de sus fuerzas, mal empleadas antes por sus propios hijos ó gastadas por las convulsiones intestinas.

La Pampa, Patagonia, Misiones y el Chaco, dominios ayer del salvaje, fundan colonias y son albergue seguro y hospitalario para el hombre civilizado.

Con razón dice un escritor, hablando de esas comarcas argentinas:

«Así, pues, toda la fimbria del manto nacional se cubre en sus bordes con los dones riquísimos de la industria, ostentando prados cubiertos de ganados, comarcas sembradas de maíz, de café, de caña, de trigo, mientras que al centro los ferro-carriles van extendiendo sus brazos hácia las fronteras, para llevar luego, muy luego, á Chile, á Bolivia, y si acaso al Brasil, saltando el Uruguay, una gran parte de nuestra propia industria, y mucho de lo que nos viene de Europa y que no puede llegar hasta el corazón de Bolivia ó las fronteras occidentales del imperio vecino y amigo.

Todo este movimiento se acentúa por la llegada de 50.000 inmigrantes que durante el año 1882 han ingresado en el país, incorporándose á la población argentina con su capital y con su fuerza productiva. De este modo, y contan-

do con que en 1883 tendremos doble número de extranjeros, que llegan á nuestras playas atraídos por los horizontes que se dilatan en magníficas perspectivas, no debemos temer que la vigorosa iniciativa del Gobierno nacional, tan sabiamente impulsada, decline de su altivo vuelo y rápido desenvolvimiento.»

¿Qué podremos agregar á la elocuencia de esas palabras?

Bien se ve, pues, que no hemos exagerado al describir el estado de prosperidad de la República Argentina, y que sobrada razón ha tenido la Europa al juzgarnos de la manera favorable y entusiasta con que hoy lo hace.»

¡Si! tiene razón el escritor argentino; y en cuanto á nosotros, españoles, sentimos verdadero orgullo al pensar que hombres de nuestra raza están realizando esa suma de progresos y adelantos en nombre de la libertad, y bajo el auspicio de gobiernos regularmente establecidos, y tanto más fuertes cuanto que ellos nacen de manifestaciones espontáneas de la opinión pública, en ella se apoyan, de ellas viven y con ellas gobiernan.

En cualquiera de los diarios que llegan de Buenos-Aires, y que tomamos al acaso, encontramos un dato de la riqueza del país ó de un progreso realizado.

¿Saben los lectores de LA AMÉRICA, por ejemplo, cuál es la riqueza ganadera de la República?

Se los diremos por provincias:

	Vacas.	Ovejas.
Jujuy.....	21.000	15.800
Misiones.....	38.000	26.000
Corrientes.....	1.020.000	1.250.000
Entre Ríos.....	2.060.000	4.500.000
S. del E.....	250.000	260.000
Tucumán.....	270.000	150.000
Catamarca.....	162.500	79.500
Rioja.....	98.000	60.000
San Luis.....	139.600	100.000
San Juan.....	65.500	64.000
Mendoza.....	135.500	104.000
Santa-Fé.....	2.200.000	5.700.000
Córdoba.....	1.750.000	2.500.000
Salta.....	320.000	380.000
Total.....	8.530.100	15.189.300

Si á estos totales agregamos los que corresponden á la provincia de Buenos-Aires, resulta que la República Argentina posee 16.214.000 vacas y 93.589.000 ovejas, segun las estadísticas formadas.

Dada la imperfección con que todavía se levantan estas estadísticas, puesto que la Inglaterra ha necesitado medio siglo para conseguir la exactitud en las suyas, fácil es comprender que la riqueza ganadera de la República Argentina, es mucho mayor que la indicada por esas cifras.

¿Pero se quiere más?

¿Se quieren otras cifras que en otro sentido pongan de manifiesto los progresos de aquel país, que así avanza, se desarrolla y adelanta?

Oigamos lo que dice un diario francés:

«La circulación postal aumentó considerablemente en 1881, comparada con la del precedente año.

Este crecimiento ha resultado principalmente en las relaciones postales con Europa, lo que demuestra los grandes progresos que hace cada día en aquel país el comercio internacional.

Así, mientras que en 1880 la correspondencia con Europa y las otras naciones se elevaba á 2.390.000 cartas se elevó en 1881 á 3.570.000, ó sea un aumento de 180.000 cartas.

Las comunicaciones interprovinciales presentan un aumento igual, y prueba que el comercio exterior encuentra favorable acogida en el interior de las provincias.

En 1880, las oficinas de correos vieron circular 8.716.000 cartas, mientras que en 1881 esta cifra se eleva á 12.285.000 es decir, en 1881 hay un excedente de 4.600.000 cartas sobre la correspondencia general.

Estos resultados son de la más alta importancia para el que sigue de cerca los movimientos de progreso de aquel país.

Cuando el movimiento postal de un país se ha duplicado, se puede afirmar, sin temor de caer en error, que el desenvolvimiento de ese país ha progresado en la misma proporción.

Las comunicaciones telegráficas arrojan á favor del año 1881 un excedente de 125.000 telegramas sobre los totales de 1880: 7.087 kilómetros de líneas telegráficas, pertenecientes á la nación, cruzan el territorio de la República; la provincia de Buenos-Aires tiene 1.900 kilómetros de su propiedad, y 2.530 kilómetros son de propiedad particular, lo que dá un total de 11.487 kilómetros.

En esa cifra van incluidas las nuevas líneas que se extienden á lo largo del Río Negro hasta el Paso de los Indios, sobre el Río Agrio, y el cable, así como la línea terrestre ligan la isla Martín García con la Capita.»

¿Qué dicen estos progresos, este pasmoso desenvolvimiento de elementos que constituyen la prosperidad de una nación?

Lo que no hace muchas noches decía el señor Varela en su magnífico y levantado discurso pronunciado en la velada dada por la redacción de nuestro estimable colega *Los Dos Mundos*:—«que si un día las repúblicas americanas pudieron dar derecho á la vieja Europa á que se creyese que la república era incompatible con el orden, con la paz, la libertad, la civilización y el progreso, hoy, en presencia de las conquistas realizadas por la República Argentina, Venezuela y otras,

los republicanos del Nuevo Mundo tenían derecho á que los monárquicos del viejo reconociesen y confesasen que, á la sombra de la bandera republicana, se pueden realizar también los grandes progresos y alcanzar las grandes libertades á que la humanidad aspira.»

Y tal es la verdad, confirmada por la prosperidad de la República Argentina, á la que saludamos una vez más en estos días de grandeza nacional, que le sonrien como augurio feliz del hermoso porvenir que la Providencia le reserva.

P. NAVARRETE.

## LA RADIOFONÍA.

### IDEA GENERAL DEL MECANISMO DE LOS CAMBIOS DE ENERGÍA.

Todas las tendencias del moderno método experimental, tratándose de los hechos naturales, convergen á determinar transformaciones de movimiento que demuestren y confirmen la gran ley de unidad dinámica del universo. De aquí se deduce que en la actualidad todo trabajo de conocimiento de los fenómenos naturales tiende necesariamente á unir y enlazar la infinita variedad de los hechos en la ley de unidad que rige y preside á las investigaciones y estudios de las manifestaciones de los séres.

Fruto y producto de esto son todos los descubrimientos modernos; en ellos, con especial cuidado se procura averiguar cuáles son los movimientos que se transforman y en qué se convierten, qué energía se invierte en la transformación y qué trabajo produce esta energía, para llegar por medio de inducciones lógicamente establecidas á colocar el fenómeno que se observa dentro de la ley mecánica que á todos los demás comprende, ley mecánica que se impone con la irresistible fuerza de los hechos, y que es expresión final que sintetiza el pensamiento científico de nuestro tiempo.

Por esto el fenómeno natural, considerado como movimiento, producto de transformación de energía, se determina realmente por la diferencia de dos estados de fuerza que la exigencia del estudio hace considerar como límites. Considerase como primer término, un estado inicial, llamado así por tomarse como punto de partida que se mide por procedimiento mecánico, cuya medida da el primer estado de fuerza; en segundo término y después de haber notado las diferentes fases por que ha pasado el movimiento primitivo que consideramos, se tiene en cuenta el estado llamado final, que marca, para nosotros, el término del fenómeno; la diferencia de las dos medidas representa exactamente la cantidad de trabajo desarrollado en la transformación de energía.

De esta manera, el fenómeno natural se determina por tres órdenes de medidas: estado inicial que corresponde al primer punto que se toma por origen ó punto de partida de la acción dinámica.

Trabajo de transformación, que es el mecanismo del fenómeno.

Estado final, que representa la resultante de la conversión de la acción dinámica primitiva.

Mas, si bien se considera este modo de ver el fenómeno natural, ha de notarse que en el estado final podrá haber ó no haber aumento de energía. es decir, que el trabajo de transformación podrá efectuarse con ó sin absorción de fuerza. Requiere esto brevísima aclaración.

A mi ver, segun el principio de Carnot, en un movimiento, en cualquier estado de fuerza que consideramos, hay parte de energía en estado de potencialidad; en todo fenómeno se conserva siempre cierta energía latente que, como el llamado calor de estado, sostiene la manifestación natural en ese punto que juzgamos estático. Unas veces al transformarse el movimiento, se hace á expensas de esta potencial y entonces el estado final se representa por cantidad menor, y otras se efectúa absorbiendo energías exteriores, apropiándose las, por decirlo así, y en este caso, la cantidad que representa el estado final es necesariamente mayor que la del inicial.

Paréceme que esto puede dar razón de que muchas veces el movimiento sensible, por aumento de fuerza viva, se transforma en vibración y otras por desprendimiento, absorción ó pérdida de la misma fuerza viva, el movimiento ondulatorio se convierte en energía sensible; sirva como ejemplo para demostrar esta doctrina el efecto general que se sigue de la integración ó desintegración de fuerza.

Supone, lo primero, aumento de propiedades, carencia de formas y actitud especial para convertir energía sensible en movimiento vibratorio; de aquí que los aumentos ó integraciones de fuerza viva se manifiesten en fenómenos de calor, luz y electricidad.

Equivale desintegrar fuerza á desprender de los cuerpos sus propiedades, determinando sus formas y convirtiendo los movimientos vibratorios en manifestaciones de la energía llamada sensible; así las desintegraciones de fuerza, que siempre se efectúan por virtud de comunicaciones fuera del centro que se considera, ó por gasto ocasionado por trabajo, se hacen notar por carencia de manifestaciones térmicas, luminosas ó eléctricas, es decir, por falta de movimientos vibratorios de gran rapidez.

Síguese de esto la razón más fundamental y precisa del dinamismo orgánico, última expresión de la teoría dinámica de la Naturaleza que, extendiendo la noción debida á cuanto de alguna manera significa cambio de energía y transformación de fuerzas y trabajos, coloca al Universo entero dentro de la categoría de los séres.

Y si bien se considera, no puede ser de otro modo. La totalidad de las cosas, ese todo formado por su conjunto, es, dado el carácter de transformación incesante de la energía, cambio continuo, labor incesante de integración y desintegración; en él hay materiales que se forman, séres que se destruyen, unos que comienzan, otros ya acabados; pero en ley íntima enlazados, como se enlaza la vida y la muerte. Además permaneciendo constante la cantidad de energía lo que en un movimiento se desintegra, sirve para integrar en otro, y con la misma cantidad de fuerza, dotada de esta propiedad de cambio continuo y perenne, todo vive y muere dentro de la transformación incesante.

Como á las máquinas sirve de alimento el carbon, que encierra y contiene la energía que en aquellas se utiliza, así otras energías, otras fuerzas, almacenadas por modos muy diversos, sirven para nutrir y alimentar y dar vida á todos los séres, partes de esta gran máquina del mundo que consume y utiliza toda la energía que ella misma, por virtud de su propia actividad, ha elaborado.

Justifica esta noción orgánica del dinamismo la tendencia de la ciencia natural en nuestros días, su deseo de unir y enlazar lo que es tan vario y distinto como el fenómeno en ley única y universal refiriéndolo todo á ella como los diversos trabajos de una máquina se refieren á la cantidad de energía producida por la combustión del carbon y la apoya también la idea de considerar á la evolución total de la energía como reproducida en cada movimiento y en cada fenómeno por donde la naturaleza entera, en funcionalismo general, se ve como repetido en cada una de las partes que lo componen, de igual modo que en cada órgano y en cada parte del sér se ve en série más pequeña, aquella vida total producida por el conjunto de todas sus funciones.

### CLASIFICACION DEL FENÓMENO RADIOFÓNICO. SONIDOS Y RADIACIONES.—FUNDAMENTOS DEL FOTÓFONO.

De las ideas apuntadas síguese que las transformaciones de movimiento que estudiamos pueden considerarse clasificadas en dos órdenes distintos, segun se verifiquen con ó sin absorción de energía, de donde resulta que hay fenómenos en los cuales, por aumento de aquella, se producen movimientos vibratorios, y otros en los que, por disminución de esta fuerza viva, ó por su conversión en trabajo, el movimiento vibratorio se transforma en potencial y energía sensible, ó, sin perder su carácter de vibración, se hace de más corto período, como si causa retardatriz actuase sobre él haciéndole cambiar de velocidad.

A esta segunda categoría pertenecen los fenómenos radiofónicos que tienen por precedentes, segun se ha dicho, los estudios del fotófono.

Para comprender cómo en ambos casos el sonido depende y es causado por disminución de velocidad de movimiento vibratorio que produce la luz, se hace necesario examinar con algun detenimiento los estudios y trabajos de Graham Bell, y el mecanismo del fotófono, pues ellos han de llevarnos á aquel primer principio que es necesario para resolver los problemas que han de proponerse más adelante.

Significa el efecto producido por el fotófono, conversión de luz en sonido, lo que equivale á decir transformación de movimiento vibratorio en otro que se efectúa con menos velocidad. Dando por supuesto un rayo de luz, que es movimiento que se propaga, necesitase para transformarlo disponer medio de retardar su movimiento ó invertir en un trabajo cualquiera parte de su energía; en ese medio, en el mecanismo especial que causa la variación de movimiento, se distinguen esencialmente el fotófono y la radiofonía. En el caso primero—tratándose del aparato de Bell nombrado fotófono articulante—la energía vibratoria del rayo de luz se convierte necesariamente en trabajo por que trabajo representa dotar á un cuerpo tal como el selenio, de propiedad de conducir la electricidad. En el segundo caso, no tratándose de producción de sonido por modificación de resistencias al paso de la corriente eléctrica, sino de conversión directa de radiación en sonido, el trabajo que aquella vibración produce, no se nota, no se ve; pero el medio de transformación varía completamente y es más general; por eso la radiofonía es hecho común á todos los cuerpos, propiedad que todos poseen y los efectos del fotófono significan únicamente caso particular, propiedad especial de determinado cuerpo, que disfruta solamente en condiciones dadas; mas como lo particular, lo especial y singular de un cuerpo, es lo que más salta á la vista y más pronto se nota, de aquí que la especial propiedad del selenio se haya estudiado y determinado con anterioridad á lo que constituye carácter general de los cuerpos todos en los estados sólido y gaseoso. Por estas razones, cuando se trata de estudiar los curiosos y novísimos fenómenos debidos á la producción de sonidos por medio de la luz, hay que distinguir dos cuestiones que señalan perfectamente lo que pudiéramos llamar especialidad del cuerpo selenio y carácter general de

todos los cuerpos, y nótese que estas cuestiones se ofrecieron en el momento á la clarísima inteligencia de Graham Bell, y en ellas hizo estribar la diferencia que existe entre el fotófono llamado articulante y el fotófono dicho musical.

Refiérese la primera cuestión al caso concreto de la acción particular de la luz sobre el selenio, en virtud de cuya acción la conductibilidad eléctrica de este cuerpo experimenta rápidas y considerables variaciones cuando se le somete alternativamente á la luz y á la oscuridad ó solamente á variaciones de intensidad luminosa. Este hecho, conocido ya de algun tiempo, es el que Graham Bell utilizó para reproducir la voz, auxiliándose de una corriente eléctrica y del teléfono.

Comprende la segunda cuestión el principio de otro fotófono, y es el fundamento de la Radiofonía, por cuanto se refiere á determinar la acción general de la luz sobre todos los cuerpos, reducida á que todo rayo luminoso intermitente, actuando sobre un cuerpo sólido, tallado en forma de lámina delgada, produce sonido cuya intensidad depende del número de veces que el rayo luminoso se haya interrumpido en un segundo.

Al enunciar estas dos cuestiones, plantéase en cierto modo toda la génesis del asunto que nos ocupa, porque ellas comprenden el hecho particular que, por serie de estudios y experimentos se generaliza, constituyendo una doctrina, una ley, una teoría. Y de tal modo es esto cierto, y de tal manera en las dos citadas cuestiones se comprende cuanto sobre los precedentes de la Radiofonía habremos de decir, que ellas señalan el método que debemos adoptar, pasando de lo que es particular á lo general, según exigen las condiciones del sistema que en la exposición nos hemos propuesto. Conviene primeramente determinar con claridad la propiedad del selenio antes indicada.

Es la característica de este cuerpo—que se encuentra unido al azufre en algunas pintas de hierro, de donde suele extraerse, y se presenta como polvo rojo ó en masas de color pardo, frágil combustible, y revelando al fundirse las mismas particularidades del azufre—ofrecer gran resistencia al paso de la electricidad, resistencia que se amonora y debilita por la acción de la luz.

Y es de observar, que el selenio no conduce la electricidad sino á condición de haber sido fundido, propiedad que le distingue de su hermano gemelo el telurio, y que confirma las novísimas ideas respecto de la isomería; pues que, según ellas, la acción del calor deja especie de huella, que es quien hace aparecer con propiedades distintas á cuerpos que tienen la misma composición química. También merece notarse, aparte de la indicada singularidad, una acción extraña é imprevista de la luz sobre esta potencia conductora de la electricidad, acción que consiste en que el selenio es mejor conductor, y ofrece menos resistencia al paso de corrientes eléctricas cuando se expone á la luz que en las tinieblas.

Si enlazamos estas dos observaciones, llegaremos á convenir, en que el calor modificando alótrópicamente al selenio, le comunica el carácter de ofrecer poca resistencia á la electricidad y ser buen conductor, y que la luz actuando sobre el selenio así modificado, acrecenta más y más esta propiedad conductora.

Puede deducirse de aquí la medida de la conductibilidad eléctrica con relación á la cantidad de luz que recibe y á su temperatura: fácil es darse cuenta de la posibilidad de esta medida.

Según la acción del calor ya advertida, la resistencia del selenio es función de la temperatura, pero también lo es, en cierto modo, de la cantidad de luz que el cuerpo recibe. Si al efecto del calor se une la acción de la luz; si á la energía, á la fuerza que por influencia térmica había recibido el selenio, se añade y enlaza, con íntima solidaridad, la nueva influencia de la luz, es evidente que la variación de resistencia del selenio ha de ser función de la luz que recibe.

Tenemos en último resultado, dos movimientos que concurren á producir un solo efecto: de una parte el calor, modificando por la fusión la estructura interna del selenio, le da signo especial, semejante á huella que la acción térmica en él dejó impresa, como si fuese necesaria señal exterior que revelase la presencia de mayor cantidad de energía; de otra, la luz, que actuando sobre el selenio así modificado colaborando con el carácter impreso por acción del calor aumenta la facilidad del paso de las corrientes eléctricas, disminuyendo aún la resistencia que el selenio ofrece. Y aquí vemos en juego, para determinada manifestación de la actividad de un solo cuerpo, las tres grandes modificaciones de movimiento, calor, luz y electricidad.

Calor, energía térmica que modificando la estructura interna del selenio, le comunica carácter especial, revelador del trabajo de esa energía.

Luz, que uniendo su efecto al efecto térmico, aumenta su trabajo, hace mayor y de más entidad aquel carácter, nueva propiedad dependiente del estado que produjo el calor.

Electricidad, movimiento que antes no se propagaba á través del cuerpo, que era inepto para vibrar al unísono con la manifestación eléctrica, que no se prestaba á transmitir en forma de electricidad lo que hasta él en tal forma llegaba y que ahora lo trasmite y propaga vibrando casi unísono por virtud de la acción térmica que le imprimió este carácter y por la acción de la luz que lo hizo más sensible.

Al modo que una ola impulsa á otra ola, así parece que actúa la luz sobre el selenio fundido, impulsando la acción y el movimiento causado por el calor; mas esto no quiere decir que la luz por sí sola carezca de influencia sobre el cuerpo que retrata, como la ola que otra impulsa y tiene por sí misma energía bastante para levantar montañas de agua que se recoge un momento como enredada melena, y se rompe contra la arena, produciendo seco golpe y deshaciéndose en gotas, espuma y golpes de agua. Y tanta influencia tiene la luz sobre el selenio, que ella sólo produce iguales efectos que el calor, á saber: como el calor, la luz modifica la resistencia del selenio; de donde se infiere que si en un circuito de que forma parte el selenio se instala un galvanómetro, no acusará este aparato paso de corriente alguna, porque en el selenio se detiene, á menos que actúe sobre este cuerpo un rayo de luz, de donde resulta que la energía luminosa, desprovista de todo calor por su paso á través de agua líquida, es bastante para abrir ó cerrar el circuito en que se haya colocado el selenio.

Es de notar, que no todos los colores tienen igual influencia sobre el selenio, y es también muy de advertir que la acción de esos colores guarda relación con su fuerza viva, esto es, con su poder para efectuar determinadas acciones; así se explica que la porción *ultra-violeta*, parte más fría del espectro, produzca, actuando sobre el selenio, desviación galvanométrica de 139°, y la *ultra roja*, parte más caliente, cause desviación de 180°; lo cual indica, confirmando nuestras opiniones, que la acción de los distintos colores depende y es proporcional á la temperatura de los mismos.

#### MECANISMO DE LA PRODUCCION DE SONIDOS POR RADIACIONES INTERMITENTES.—PRIMER PRINCIPIO DE LA RADIOFONIA.

De lo dicho se infiere que puede referirse el caso de la influencia de la luz sobre el selenio al de movimiento retardado por este cuerpo, que sólo permite su paso cuando fuerza exterior, uniéndolo su acción á la del movimiento mismo, produce en aquel cuerpo trabajo capaz de modificar sus condiciones de resistencia.

Aquí el movimiento que encuentra obstáculo es la corriente eléctrica, y sólo á condición de que la luz y el calor, dos movimientos vibratorios, produzcan trabajo en el selenio, puede éste ser conductor de la electricidad, desapareciendo, por el momento al menos, la propiedad particular que el selenio ofrecía. Por eso, en realidad, el fenómeno que examinamos no es otra cosa que aumento de energía ó de aptitud dada á un cuerpo por virtud de acciones de movimientos vibratorios, por cuya energía adquiere nueva propiedad y especial condición para conducir otro movimiento, de manera que, según esto, el selenio no hace más que transformar y convertir las acciones térmicas y luminosas en capacidad para conducir la electricidad, en propiedad de transmitir la corriente, para lo cual tiene que haber adquirido nuevo movimiento, otra forma especial de vibración que antes no tenía, ni podía por sí adquirir.

Justamente la acción de la luz sobre el selenio, la influencia de las ondas luminosas sobre la capacidad conductora de este cuerpo, es fundamento del fotófono.

Graham Bell, el insigne inventor del teléfono, pretendiendo suprimir los conductores metálicos para las comunicaciones á distancia con este aparato, construyó el fotófono, teléfono cuyo conductor es la luz, que lleva el sonido de una estación á otra. Para entenderlo bien, supongamos que en el circuito del teléfono común, se coloca una lámina de selenio atravesada continuamente por corriente eléctrica; á esta lámina se dirige un rayo de luz interrumpido muchas veces. Es claro que cada vez que la luz se interrumpe, la resistencia eléctrica del selenio experimentará modificación, y, por consiguiente, la corriente se interrumpirá tantas veces cuantas el rayo de luz se interrumpa; mas como cada variación de ésta, se acusa por vibración de la placa ó lámina del teléfono y sonido, resulta que las alteraciones de la luz que incide sobre la placa de selenio se acusarán también por sonidos. Interrumpiendo por ejemplo, 435 veces en un segundo el rayo luminoso, otras tantas variaciones experimentará la intensidad de la corriente en el mismo espacio de tiempo, y otras tantas veces será repelida la placa del teléfono, que en este caso sonará produciendo la nota *La* fundamental, á cuyo sonido corresponden precisamente las 435 vibraciones. Aclaremos más este principio. Considerando la corriente eléctrica como verdadero transporte de energía que circula por el conductor, semejante al cauce de un río, ejerce el selenio función parecida á la de obstáculo ó dique que el libre curso de las aguas estorbase; la luz suprime un momento ese obstáculo al incidir sobre aquel cuerpo y las cosas vuelven á su primitivo estado, y el dique de selenio impide el paso de la corriente, cuando la luz no actúa. De este modo, sucediéndose sombra y luz, alternando brillante claridad y tinieblas, para que la corriente no pase, explícense las repulsiones de la placa del teléfono. Semejante el selenio á placa fotográfica le impresionan la luz y esta impresión, la huella de la acción luminosa, se revela en el teléfono. En la fotografía, una placa sensible á la luz, fija las imágenes; en el fotófono un cuerpo también sensible á la luz, fija los sonidos, y así como es preciso un reactivo adecuado

que atestigüe aquella acción de la luz que se traduce en reproducción de imágenes, en el fotófono hace el teléfono oficio de testigo revelador de la impresión luminosa. Requiere, sin embargo, una condición.

Trátanse del teléfono, la reproducción de sonidos exige como circunstancia indispensable, que las corrientes eléctricas sean intermitentes; para esto, los sonidos que se articulan en el trasmisor engendran atracciones y repulsiones en la placa telefónica, especie de oscilación eléctrica que en el receptor se manifiesta en palabras.

En el fotófono es preciso lo mismo; se necesita que los sonidos interrumpen el rayo de luz que ha de incidir sobre el selenio, y este rayo de luz *ondulatoria*, según le llama Graham Bell, es el que actuando sobre aquel cuerpo hace oscilar su resistencia al paso de la electricidad, comunicando esta vibración á la corriente misma que la trasmite al teléfono, en cuyo aparato se producen los mismos sonidos que causaron la oscilación del rayo de luz.

Así estamos en el caso de un movimiento vibratorio—el sonido—que después de experimentar larga serie de transformaciones—muy comunes en los fenómenos naturales—vuelve á ser sonido en virtud de mecanismo muy semejante al de los cambios de estado.

Sábase cómo el calor convierte los sólidos en líquidos y estos en gases; si midiésemos la cantidad de calor precisa para llevar un cuerpo del estado sólido al gaseoso, veríamos que es la misma que se desprende para convertirlo de gas en sólido, notando que la energía térmica, después de haber ocasionado los trabajos precisos para tales transformaciones, vuelve á ser calor.

No de otro modo hemos de considerar las metamorfosis de la vibración sonora en el fotófono: son únicamente diversas formas que toma la energía primitiva, que en esta serie demuestra el encañamiento y enlace y solidaridad de las manifestaciones de la energía natural, como en serie infinita lo demuestra el inmenso mecanismo del universo.

Véase, pues, de qué modo Graham Bell llegaba á establecer aquel principio particular, que constituía propiedad, al parecer, exclusiva del selenio, según antes se hizo notar. Y por cierto que es cosa curiosa é imprevista, que el fundamento del fotófono constituyese en cierto modo excepción de aquel otro principio general que, como término primero ó punto de partida habremos de tomar, y constituye el enunciado de la nueva propiedad descubierta en los cuerpos sólidos y gaseosos. Otro hecho que no pasó desapercibido para el inventor del fotófono se había observado ya, y habíase pretendido utilizar en la construcción de otro fotófono. Este hecho es el fundamento de la Radiofonía, y se reduce á lo siguiente: imaginad un rayo de luz que, reflejado en un espejo, es concentrado por una lente sobre un disco, que puede girar é interrumpir el rayo luminoso, gracias á los agujeros que lleva en su circunferencia; si este rayo de luz así interrumpido se hace incidir sobre un tubo que lleve dos lentes destinadas á concentrarlo, y á este tubo se adapta otro, á cuya extremidad se aplica el oído, percíbese siempre una nota musical cuya altura depende de la velocidad con que gira el disco interruptor. No hay en este fotófono, que se llama musical para diferenciarle del en que se emplea el selenio que se nombra articulante, ni selenio, ni corriente eléctrica, todo su mecanismo se reduce á interrumpir ó hacer intermitente una radiación luminosa, ó lo que es igual, á disminuir la velocidad del movimiento vibratorio luz, para convertirlo en sonido.

Podemos establecer muy bien una serie de comparaciones entre ambos aparatos, y marcar en ellas qué significan los mecanismos, y del fotófono articulante y del fotófono musical.

Ya se dijo que la propiedad del selenio utilizada por Graham Bell, no es otra cosa que alteración de la conductibilidad ó resistencia eléctrica de aquel cuerpo por acción luminosa ó térmica. Según esto, en el fotófono de selenio la radiación no se transforma directamente en sonido, ni aún ella es causa de que el cuerpo vibre y por su oscilación lo ocasione; su acción, su efecto, se reduce simplemente á modificar la resistencia del selenio, dotando á este cuerpo, mientras actúa sobre él, de propiedad especial y recaracterística que antes no poseía; consecuencia de esto es la ondulación de la corriente que el teléfono tra luce por sonido.

Demuéstrase lo que aquí decimos por el hecho de no producirse sonido sino á condición de emplear el teléfono, porque la placa de selenio por sí sola, aun atravesada por corriente eléctrica, y sometida á la acción del rayo de luz *ondulatoria*, no convierte la radiación en sonido, y además, si en lugar del teléfono se instala en el circuito un galvanómetro, los efectos de variación de la corriente que aquél acusaba como sonidos, los marcará éste en desviaciones de la aguja, más ó menos grandes, según la intensidad de la corriente que se interrumpe.

Por donde se ve que, realmente, si puede decirse que hay transformación de movimiento vibratorio, luz ó calor en sonido, no es como efecto inmediato, sino por virtud de trabajo de la radiación intermitente sobre el selenio, al cual comunica la fuerza viva capaz de volverlo apto para conducir la electricidad, razón por la cual se dijo antes que el selenio constituía, en realidad, excepción del primer principio de la radiofonía, que señala la

propiedad general de los cuerpos de que se habló ya y que constituyen el principal objeto de este trabajo.

Por el contrario, en el fotófono llamado musical la radiación por el solo hecho de ser intermitente, se convierte en otro movimiento, da origen á variaciones tales en el cuerpo que sobre incide, que éste vibra produciendo sonido. En este caso, la transformación no precisa intermedio de corriente eléctrica, ni há menester del teléfono para revelarse.

Exige el mecanismo del fotófono articulante serie de transformaciones de la radiación para producir sonidos, puesto que ellas despues de hacerse intermitente, ha de ir á modificar el selenio por virtud de un trabajo, y de esta modificación ha de tomar origen la intermitencia de la corriente que el teléfono hará percibir como sonido.

Pide tan solo el mecanismo del fotófono musical intermitencia de la radiación; basta interrumpirla muchas veces un breve espacio de tiempo, para que la velocidad del movimiento vibratorio se amenzue, y lo que antes se percibía como calor ó luz, se perciba como sonido: en el primer caso, puede decirse que es el sonido efecto de un trabajo ejercido por la radiación, el trabajo de hacer conductor de la electricidad al selenio. En el segundo, parece que es la radiación misma quien suena, porque el trabajo y la transformación por ser más breves no se perciben. Sobre su existencia en uno y otro caso es inútil decir una palabra, ambos representan cambios de energía y no hay cambio alguno que no se verifique sin trabajo.

Son estas diferencias causa bastante para determinar y establecer los principios ó leyes que sintetizan y contienen todos los estudios referentes á estas cuestiones, una de las cuales es base ó punto de partida del presente trabajo.

Llevan los fenómenos observados y estudiados en el fotófono á estas dos conclusiones, que abrazan cuanto hasta aquí va dicho.

a Existe efecto particular de la luz sobre el selenio, en virtud de cuyo efecto la conductibilidad eléctrica de aquel cuerpo varía rápidamente, en cantidad considerable, cuando se la somete á alternativas de luz y oscuridad ó variaciones de intensidad luminosa.

b Siempre que un rayo de luz se hace intermitente haciéndole pasar, por ejemplo, por aberturas practicadas en el borde de un disco que gira con rapidez, si se hace incidir sobre una lámina delgada, de cualquiera sustancia, ó sobre un gas, la lámina y el gas producen sonido, cuyo número de vibraciones es igual al de interrupciones del rayo luminoso en un segundo.

Es la última conclusión el primer principio que convenia á mi propósito: señalar como base de los fenómenos radiofónicos en los cuales no ha de verse sino novísima transformación de energía que añade otro término á la serie, otro hecho á la evolución de la naturaleza, señalando propiedad nueva y general de los cuerpos, de la cual forma excepción el selenio nada más, puesto que sólo tratándose de él hay que emplear corrientes eléctricas para transformar las radiaciones en sonidos, para hacer de los colores notas de luz, sonidos y notas musicales.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

## LA EMBRIAGUEZ.

### I

Si pudiéramos penetrar en los tiempos impenetrables de la antigüedad, probablemente encontraríamos la destilación como el bosquejo del arte primitivo, como el primer albor de la aurora del progreso, porque al fin y al cabo la civilización se trasparenta en el progreso del arte.

Inspirado por el deseo, el hombre ha sacado de las plantas el jugo *bacanal*, le ha sometido al tormento, le ha aplicado al arte; ha bebido hasta embriagarse, y se han enrojado las manos de Cain con la sangre de Abel.—La embriaguez ha sido la madre del primer crimen.

Más tarde, la humanidad se multiplica y progresa; la pasión del vino se difunde por todas las clases, y el paganismo le inventa uno de sus dioses principales.

Más civilizado el mundo, inventa maquinarias ingeniosas, hace variadas combinaciones, y le constituye uno de los primeros elementos del comercio universal.

Y desde entonces, viajero incansable, atraviesa los mares, llega á todas las poblaciones, camina por todas las carreteras, se hospeda en todas las habitaciones, encerrado en sus vasos transparentes, llevando siempre consigo el placer y la locura en su esencia espiritual.

Desde las fiestas *dionisiacas* de la Grecia y las *bacanales* de la antigua Roma hasta nuestros tiempos, caminando del uno al otro polo, este incendiario universal da fuego á innumerables cabezas, en todos los países, y al mismo tiempo hay millares de cabezas encendidas con los gases alcohólicos al soplo del huracán de las pasiones.

Alma de la locura popular, el enervante licor se derrama con profusión en los festines, en las orgías, en las tabernas, en todas las fiestas del pueblo, causando á todos el «*placer cuya copa al segundo sorbo amarga.*»

Muchos Gobiernos han aprovechado estas ex-

travagancias de la turba-multa, formando del licor alcohólico un brillante ramo de producción para el Tesoro público.—Para sacar más ventaja, han creado empleados de vigilancia para evitar el contrabando; pero una parte del pueblo le fabrica en el fondo de las soledades, convirtiéndose en la más celosa *policia* de la policia, para no ser sorprendida en su *honesto* ocupación.—Traficantes del placer y del mal, son los agentes más cumplidos de la loca embriaguez.

La embriaguez delincuente, la embriaguez sanguinaria en todas las edades y en todos los pueblos, ha sido y será siempre uno de los más grandes capitanes de la muerte en este perenne combate de la vida, recogiendo en sus campañas los laureles de la miseria y la deshonra.

Vamos á trascribir aquí, en apoyo de esta triste verdad, lo que el doctor Filippi extrajo de un periódico, *La Suiza*, y publicó en un folleto de 1861, que trata de las leyes fisiológicas de la función digestiva.

«La embriaguez, dice esta hoja, es el vicio más común en la clase baja de Alemania. Se cuentan 40.000 muertos por año, provenientes del abuso de las bebidas. En el Zelvérin se consumen 460.000 cuartillos de aguardiente; en el Asia consagran á la destilación la mitad de los granos producidos por el suelo.

Durante el último decenio, dice el *Monitor Toscano* en su número del 15 de Enero de 1873:

1.º El espíritu de vino ha causado en la nación americana un gasto *directo* de 600 millones de pesos fuertes.

2.º Le ocasionó un gasto *indirecto* por igual suma.

3.º Causó la muerte de 300.000 personas.

4.º Redujo á casas de asilo á 100.000 niños.

5.º Condujo á las casas de prisión, por lo menos, 150.000 personas.

6.º Produjo la locura de más de 10.000 personas.

7.º Provocó la comisión de 1.500 asesinatos y 2.000 suicidios.

8.º Ocasionó la destrucción de edificios y de mercancías por valor de 10.000.000 de pesos.

9.º Dejó en viudez á 200.000 mujeres y en orfandad á un 1.000.000 de niños.

Tales son los lamentables efectos en el arte de destilar.»

¡Tenebrosa estadística! ¡Aritmética terrible!

Además, la embriaguez, coronando las sienes de los mandarines, es casi siempre compañera del despotismo.—Recordemos á Melgarejo en Bolivia y á Carrera en Guatemala.

Pero doblemos la hoja sombría de su historia criminal, y veámosla por su lado quijotesco.

La embriaguez es una loca desgreñada y repugnante que tiene la manía desgraciada de perseguir al pobre con frecuencia mayor que á otro ninguno.

Probablemente es hermana legítima de D. Quijote; y como él tiene sus ensueños y sus visiones extravagantes, pues jamás le ha entrado el juicio, aunque es mucho más anciana que el héroe manchego de la Edad Media.—Si no es tan antigua como el mundo, es al menos tan antigua como el hombre.

El tiempo suele cambiar las cosas á su gusto, pero ella, vieja testaruda, no se ha dejado dominar por el tiempo, y vive hoy con su carácter de siempre.

Como el jira-sol, está siempre frente á frente con el astro del día, ella camina en la bóveda cerebral como el sol en la bóveda celeste.—En la mañana es apacible, cuando está en el cenit ardiente é insoportable y por la tarde decae y se hunde en su lecho de descanso.

Siempre la encontrareis con su fisonomía agri-dulce; sus ojos son rosados y vacilantes entre el sueño y la vigilia, y lanzando miradas indefinidas que se pierden débilmente en el vacío.

Caprichosa como el destino, turbulenta como una vendimiadora de arrabal, vagamunda como el aire, festiva como un cura de pueblo, charlatana como un bachiller, pendenciera como un litigante ó *tinterillo*, descarada como un mendigo de costumbre, amable como un deudor, humilde como un fraile, juguetona como un niño; ella canta, grita, riñe, charla, disputa, pide, suplica, rie, llora, juega y recorre todo el lugar con su roido vestido color de tierra.

Creyéndose dueña del mundo, todo le parece pequeño, y formula en su mente la igualdad de los chicos y los grandes, los sábios y los tontos, los ricos y los pobres, las mujeres y los hombres.

Musa inspirada, canta en himnos de arrebatadora melodía sus estrofas divinas.—Entre nosotros.—*Los caballitos, vale más mal conocido que bueno por conocer, el Cacho, ay Fancica del alma, yo voy á morir, no vovete gozá, el Tabureteado del león de las huertas, y el Jalalá del Condega*, son algunos de esos cantos de que no se olvida jamás la sección populachera.

Astuta, atrevida en sus planes formidables de revolucionar la humanidad, trastornando el pensamiento y la acción del mayor número; la embriaguez seduce algunas veces con ingrata sagacidad á la inocente juventud; más todavía: penetra en puntillas en la casa del párroco, le halaga y magnetiza en su ambrosia bacaliana, y cual un ángel de luz extiende sus alas de fuego sobre la cabeza bendita del apóstol. La sangre corre encendida en

el cuerpo del Presbítero, el semblante se colora con las tintas violadas del rubor al contacto del beso del dios Cususa (1).

La embriaguez es el payaso perpétuo de la humanidad en sus ridículas escenas del placer desordenado.

¡Jocosidad sangrienta! ¡Calamidad funesta! La embriaguez es la madre de *pequeños* placeres y de *grandes* dolores para el género humano.

### II

Constante viajera al través de los siglos, la humanidad debe ser siempre guiada por una luz divina y sostenida por un báculo inquebrantable; pero la razón y la moral son abandonadas muchas veces por ella en su camino, y otras tantas se precipitan en el fondo de los abismos del mal.

Segun el sábio Descuret, la templanza da á los antiguos persas, á los lacedemonios y á los romanos su admirable actividad, su vigor y sus victorias; pero se vuelven intemperantes, y se tornan esclavos miserables.

La naturaleza humana parece no haber cambiado relativamente á las pasiones.—no es aventurado decir que los tiempos primitivos y los tiempos modernos se parecen: se saludan en el placer, se dan la mano en la calle del vicio y se abrazan amistosamente en la noche del delito.

La embriaguez se dilata en la Arabia con espantosa actividad, y á pesar de que Mahoma proscribió el vino enteramente, el vicio continúa con el ópio haciendo sus estragos lamentables.

Francisco I, en Francia, llega hasta dictar una ley para castigar á los borrachos, cortándoles las orejas y dándoles el camino del destierro.

Y en este siglo, en las ciudades populosas del mundo civilizado, se establecen casas de temperancia, se crean en todas partes cuerpos de policia y se levantan prisiones; pero no es posible detener el huracán desenfrenado que apaga la luz de la razón individual, hace de la moral una mentira y de Dios una especie de antigualla ó de quimera.

Carper nos refiere que en Berlin, del año 1812 al año 1821, la cuarta parte de los suicidios ocurridos en ese espacio de tiempo fueron efectos lamentables de la embriaguez.

Se calcula que en Inglaterra da muerte á unos cincuenta mil hombres cada año.

Camilo Flanmarion y Zimmerman nos dicen que entre los Esquimales los amos beben en abundancia su aguardiente rojo, y los criados se embriagan con la orina de sus señores.

En 1823 el mismo Descuret observó el cadáver ennegrecido, el residuo carbonizado de una mujer de sesenta años, que fué víctima de una horrosa *combustion espontánea*, resultado fatal de los sordos trabajos de la *incendiaria* que fomentaba á cada instante la llamarada interna de la pobre mujer.—Muchos han recibido esta clase de muerte en castigo de sus brutales complacencias.

Los siglos caminan, y la humanidad llega á ser adulta; pero la embriaguez ¡la maldita embriaguez! continúa imperturbable su tarea infernal.—Más envenenadora que Tofana, extiende su influencia deletérea sobre el alma y sobre el cuerpo de una multitud de amartelados.

Estos hombres degradados son conducidos á la cárcel por la fuerza de la ley, como son llevados á paso largo al cementerio por la fuerza de la embriaguez.—Envueltos en las espesas nieblas del vicio repugnante, ambas cosas no estimulan su rubor, han perdido hasta cierto punto el instinto de la conservación, de la honra y de la vida, para convertirse en unas pipas vivientes que exhalan por todos sus poros el olor característico del enervante licor, y en groseros instrumentos de producir el *disparate* y la *blasfemia* que penetran muchas veces por desgracia, en los oídos de la inocencia y la niñez.

La borrachera desenfrenada arrebató á la patria un ciudadano, un padre á la familia, un hombre al mundo.—Más aún: deja en cambio, á la patria un malhechor, al hogar una desgracia y al mundo una vergüenza.—¡Espantoso comercio!—La borrachera es el consignatario del demonio que gira contra la humanidad desde el infierno.

Para seducir y engañar se reviste de mil formas, afecta todos los tonos, se bautiza con mil nombres y se pinta con todos los colores.—Para los chinos el ópio, para los ingleses la cerveza y la nebrina, para los franceses el aguardiente y el champaña, y para los españoles el vino.

Despues de los licores extranjeros, entre nosotros, en las clases obreras del pueblo, están el aguardiente, la *cucusa*, la *chicha* y el *guarapo*, que calientan el cerebro del indio en las bodas y en los funerales, en las fiestas religiosas como en las fiestas nacionales y en cada vez que la vagancia le ofrece algun pretexto cualquiera.

Ella sirve para llenar el vacío de la ignorancia; á menudo es compañera de la miseria, y otras tantas de la desesperación y del dolor; pero estos motivos no justifican jamás su acción y sus efectos. Para tales vicisitudes están los atractivos de las ciencias y las artes que engrandecen al hombre por el trabajo, y la moral que engendra la resignación.

Es necesario hacer guerra implacable á la embriaguez con los elementos del bien; es preciso te-

(1) Cususa. Aguardiente de contrabando que se fabrica en el país por la combinación de azúcar, maíz y afrecho.

nerle odio intenso como enemigo mortal, pues su vida tenebrosa está escrita con sangre y con lágrimas en todas las épocas de la historia del mundo.

He sacado á la loca embriaguez de una oscura taberna; le he llevado de los cabellos á la plaza pública, le he seguido un proceso, por supuesto de oficio; le he infligido un castigo, y le he presentado á todo el mundo para que la condene el que pueda, si posible fuere, por la razón ó por la fuerza, á morir de sed.

Alguien pensará que mi escrito no es otra cosa que un libelo infamatorio, y lo que acabo de pedir una espantosa iniquidad.—Este hombre tendrá razón, será indudablemente un soldado voluntario de las filas del mal.

P. O.

(Nueva-Granada.)

## PORTUGAL Y LOS INGLESES.

Hace varios años que hallándome en Francia tuve ocasión de escribir una serie de artículos, que Emilio de Girardin me publicó en *La Presse*, órgano entonces de las inspiraciones del Hércules del periodismo francés, defendiendo á la noble nación portuguesa y algunos de sus hombres públicos, de los ataques, verdaderamente brutales, que un diario inglés les había dirigido.

Consecuente, no solo con mis ideas de entonces, sino con las que he manifestado siempre respecto á una nación que ha dado días de gloria á la humanidad, deseo también agregar un eco al coro de indignación que en todos los amigos de Portugal, que deben ser los amigos de la libertad, ha despertado el lenguaje sangriento é insultante que en el seno del Parlamento inglés han dejado oír algunos de sus miembros al hablar de la hidalga nación lusitana.

¿La conocen esos detractores?

¿Conocen la historia de Portugal?

¿Conocen las hazañas de los grandes navegantes, tan grandes como no los tuvo jamás Inglaterra?

¿Conocen á sus grandes hombres de Estado, historiadores y poetas, no sólo de la época de los Camoens y los Pombal, sino de esta época reciente de los Herculano y de esa pléyade brillante de hombres ilustres que mantienen en alto las tradiciones gloriosas de tan nobles ingenios y tan esforzados varones?

¿Conocen los mezquinos insultadores de Portugal á esa verdadera tierra de libertad, á esa patria de los hombres libres, donde la libertad no tiene fronteras, y en cuyo seno no hay portugueses que crean, como creen algunos señores feudales de Inglaterra, que el hombre que no tiene sangre azul, ó no pertenece á su clase y gerarquía es un desheredado de la fortuna, indigno, no ya de ser considerado como un semejante, pero ni de merecer siquiera su conmiseración ó clemencia, en presencia de los grandes dolores que le abaten?

¿Conocen los difamadores insolentes de Portugal, la manera como allí se practica la libertad, que no es accidente pasajero, sino hermosa conquista del sagrado principio, custodiado por el aliento, el patriotismo, la fe y la enérgica voluntad de un pueblo, que, si no tiene las escuadras, los cañones, los tesoros y el poder material de Inglaterra, posee todas las grandes cualidades que constituyen el honor, la dignidad, la hidalguía y la grandeza moral de las naciones?

¿Y si no conocen nada de esto, por qué insultan á la nación portuguesa?

¿Y si lo conocen, por qué la insultan?

¡Ah! Hé aquí todo lo que hay de cobarde en esos ataques, dirigidos impunemente á una nación débil, que no tiene el poder ni los medios de ponerse en lucha contra los elementos formidables de Inglaterra, que de ellos hace alarde en campañas ridículas como la de Egipto; pero, que ni se agitan, ni se mueven, ni se intenta poner en acción, cuando se trata de una potencia como los Estados Unidos, que antes y después de la famosa cuestión del *Alabama*, enseñó al Gabinete de *Saint James* cómo se pone á raya la insolencia de la soberbia Albion.

Si Portugal se hallase en las condiciones de poder material del coloso del Norte, ¿habría un solo diputado inglés, que á menos de haber perdido la cabeza, hubiese tenido la audacia de hablar de ese coloso, como acaban de hablar de Portugal sus detractores?

¡Pas de danger!

Con los poderosos, Inglaterra tiene una *soupléssé* admirable; pero con los débiles es otra cosa: con ellos hace alarde de su poder, de su fuerza y de su insolencia en nombre de una impunidad que subleva é indigna, y sobre todo, tratándose de Portugal, nación generosa que Inglaterra está explotando hace años.

¿Y cómo pagan ahora esa explotación?

«Portugal, ha dicho Mr. Bright, es una nación en bancarota, nación de negreros, nación de funcionarios corrompidos, nación que ni á Turquía puede compararse, porque sólo es igual á sí misma, *nación miserable*, en una palabra.»

No creo que en ningún Parlamento del mundo, diputado ninguno, haya pronunciado jamás pala-

bras más insultantes contra una nación entera, contra todo un pueblo, contra una sociedad culta, comprendiéndolos á todos en el anatema sangriento, sin salvar á nadie, y tratando á Portugal, no como nación, que no podría serlo la que estuviere más bajo que Turquía, sino como á una tribu de salteadores y bandidos, indignos de la consideración de las naciones cultas.

Y todo eso se dice de Portugal, porque su situación financiera no es feliz!

Y se llama *nación miserable* á la patria de Vasco de Gama, de Magallanes, de Pombal, de Camoens y de Herculano; á la nación que llevó á los altares de la humanidad redimida, trofeos de gloria en sus días de esplendor y grandeza, á la nación que en todas las épocas de su vida, lo mismo en la buena que en la adversa fortuna, hizo espléndido alarde de su patriotismo sincero, derramando sangre y sacrificando víctimas en aras de convicciones profundas!

¡Proh pudor!

Y se llama *nación miserable* á la nación que, en medio de todas las tiranías, cuando la mayor parte de los pueblos europeos gemían bajo la tutela de sus déspotas, gozaba de la más amplia y completa libertad, la rendía ardiente culto, la defendía con amor, y en nombre de ella hacia del suelo portugués el hogar de los proscritos y el asilo cariñoso de los que, huyendo de las persecuciones, llegaban confiados á sus playas!

¡Proh pudor!

*Nación miserable* la que ha tenido y tiene á su frente monarcas ilustrados que asisten serenos á las luchas ardientes de los partidos políticos, dejándoles la más amplia y completa libertad!

Mr. Bright falta á la verdad á sabiendas; porque, por ignorante que sea, sabe perfectamente que ni los hombres públicos de Portugal son unos corrompidos, ni Portugal es peor que Turquía, ni es nación de negreros, y mucho menos una *nación miserable*, sino, por el contrario,—y como él también lo sabe—una nación digna, culta; que tuvo en el pasado y tiene en el presente infinitos hombres ilustres, y una generación llena de patriotismo y talento, que trabaja afanosa por conservar el brillo y el prestigio de tradiciones de que podría vanagloriarse la misma Inglaterra si las tuviese, porque son tradiciones de cuna, de gloria, de heroísmo, de talento, de probidad, de pundonor y decoro, de sacrificios generosos en aras de la libertad y la democracia, que ha sabido conservar siempre, aun en medio de sus mayores dolores.

Y para un representante del pueblo inglés que tanto blasona de liberal, puede ser una *nación miserable*, no comparable á ninguna otra, ni á Turquía, la nación que así ha vivido en la libertad, que así vive en la libertad, y así la practica.

¿Y en qué mejores condiciones de vida moral vive Inglaterra que Portugal?

¿Acaso su mayor población, su mayor riqueza, su mayor poderío material, la hacen *moralmente hablando*, más digna, más decente, ni más respetable que Portugal?

¿En qué, ni por qué?

Una nación, efecto de mil causas distintas, puede estar en bancarrota, como el diputado Bright dice que lo está Portugal; pero, ¿de cuando acá, admitiendo que así sea, sería ese motivo ni causa para denigrarla, cubrirla de lodo, ofender á sus hijos, llamándolos corrompidos, y calificarla de *nación miserable*?

Miserable, puede llegar á ser una nación en la que no exista, ni patriotismo, ni virilidad, ni carácter, ni amor á la libertad, ni odio á las tiranías, ni tradiciones que sean orgullo nacional, ni partidos que luchen por sus ideales, ni hábitos honrados de trabajo, ni moralidad en los hogares, ni hombres de Estado que sepan gobernar, ni Constitución, ni leyes, ni garantías, nada, en fin, de lo que constituye la personalidad física y moral de las naciones.

¿Y está, por ventura, Portugal en ninguna de esas condiciones?

¿Le falta nada de eso?

Muy al contrario: la nación portuguesa, simpática á todos los hombres libres, podrá no figurar en los conciertos de las potencias de primer orden, por su falta de elementos materiales, de grandes ejércitos y poderosas escuadras; pero figurará siempre entre las primeras, por sus tradiciones gloriosas, por sus grandes personalidades, por el inmenso talento de sus capitanes, políticos, poetas, historiadores y artistas; por su inmenso amor á la libertad, por el celo patriótico con que vela por ella, y por el culto respetuoso que gobernantes y gobernados rinden á los eternos principios que en la actualidad constituye la grandeza de las naciones.

HÉCTOR F. VARELA.

## FEDERICO DE LA VEGA.

No pertenece todavía á las *reputaciones consagradas*, ni está en el *Index* de los dioses del Olimpo que ungen á sus elegidos con el óleo de la pila bautismal.

¿Acaso lo estaba, hasta hace poco, Perez Galdos?

Federico de la Vega es español. Nació en un pedazo de aquella tierra encantadora de Andalucía, de amores risueños, tardes apacibles embalsama-

das por el perfume de los azahares que ciñen su gallarda frente; mujeres de pié pequeño y ojos matadores, y bajo cuyo cielo la inteligencia es tan fecunda como voluptuosa.

Desde niño sintió, como Andrés 'henier, que *tenía algo* en la cabeza, y se consagró á las letras, cultivando las musas, ejercitándose en la prensa y en el libro.

Un día se alejó de Santander, donde por varios años redactó con éxito un diario político, defendiendo, con el calor de las convicciones profundas, sus ideas republicanas.

¿Hacia dónde había tendido el vuelo? Necesitaba teatro más vasto, vida intelectual más activa, más dilatados horizontes, y fijó su residencia en París.

Allí, sin el auxilio de nadie, sin empleos ni protecciones, sin otro amparo que su amor al trabajo, su inteligencia despejada, su brillante talento, su asombrosa fecundidad para producir, y sus condiciones de carácter excepcionales, ha vivido durante diez y seis años alejado de la patria, ageno á la lucha de nuestros partidos, pero siguiéndola siempre con los ojos del alma, y conservando vivo su amor á la república y su fe en lo que él llama sus principios inmortales.

¿Pero qué ha echo entre tanto?

Cultivar su inteligencia, consagrarse al estudio, para poder un día regresar al seno de la patria amada y ofrecerle el fruto de esos estudios y trabajos.

Y es lo que está haciendo en la actualidad.

Durante su residencia en París, Federico de la Vega, que se consideraba el *colaborador obligado* de todas las publicaciones que allí se imprimían en idioma español, que colaboraba á la vez en diarios franceses, estuvo enviando una serie de correspondencias á los periódicos más caracterizados del Nuevo Mundo, correspondencias que, leídas con gran interés por doquier, no tardaron en crearle una ruidosa reputación, sobre todo en Méjico, Colombia, Venezuela y el Perú.

En esas cartas, dirigidas á distintos diarios á la vez, políticas, científicas y literarias, el gallardo escritor andaluz hacia verdadero alarde de sus vastos y múltiples conocimientos, en un estilo fácil, galano, castizo, y de un purismo admirable.

Incitado por varios de sus admiradores de Colombia, todos los liberales de aquel país, en que hay tantos ingenios, de la Vega no vaciló, y fué á dicha República.

Las ovaciones de que allí fué objeto, el recibimiento popular que se le hizo, los banquetes y serenatas que se le dieron durante su permanencia en Bogotá, dan elocuentísimo testimonio de las simpatías que ha sabido conquistarse en América, uno de cuyos Gobiernos le nombró su ministro plenipotenciario en España, puesto que no pudo desempeñar por razones de delicadeza personal, y particularmente porque, hombre de letras, escritor, periodista y poeta, ante todo, no quiso cambiar la diplomacia por su vocación natural.

Su volumen titulado *La política entre bastidores*, edición de París y completamente agotada ya, lo componen unos deliciosos estudios humorísticos de costumbres políticas, en las que Federico de la Vega revela, no solo mucha *intención*, sino esa travesura delicada, que, con razón dice Sainte-Beuve, *es difícil saber manejar*. Él lo sabe, y con verdadero arte.

*Cuentos barraqueños* se titula un volumen de sátiras en verso, que compone con facilidad asombrosa, revelando verdaderas condiciones de poeta: inspiración espontánea, fresca y riqueza de imágenes.

Como libro ameno, de salón, de agradable lectura, citaremos sus *Croquis parisienses*, publicado en esta corte hace muy poco tiempo.

Si es posible, sin haber estado un día en su seno turbulento y bullicioso, darse una idea de lo que es París, el libro del señor de la Vega puede hacerla concebir, por la verdad con que describe aquella vida singular, única, de lágrimas y placeres, en la que el crimen y la virtud andan confundidos, sin que cese por eso la eterna carcajada de una sociedad, siempre dispuesta al deleite y la voluptuosidad.

Como si hubiese querido ensayarse en otro terreno y poner sus fuerzas é inteligencia al servicio de otro estilo, el fecundo y galano escritor acaba de dar á la prensa otro tomo que titula: *Menuencias filosóficas*, título que revela el gran defecto del autor, su excesiva modestia, pues la profundidad de esas páginas y la elevación con que están desenvueltas las ideas, le autorizaban á darles un nombre algo más serio que el de *Menuencias*, á no ser que de tales califique las de los fariseos, que en nombre de la religión, pretenden minar la sociedad.

El libro—que á nuestro entender está destinado á producir honda impresión por la valentía con que se atacan los abusos de la clerecía, y su propaganda dañina contra las ideas liberales que son gloria de la democracia triunfante—se divide en doce estudios, sobre grandes problemas políticos, sociales y religiosos. En algunas de esas páginas, Vega ya no es el escritor travieso y ligero, el *raconteur charmeur*, ni el poeta de inspiración; es el filósofo profundo que estudia aquellas cuestiones á la luz serena de la razón y de la lógica, en un estilo, que sin perder la gravedad, está al alcance de todos; porque es ameno, á veces florido, siempre galano.

Hay en ellas párrafos tremendos, sangrientos, contra los sacerdotes, y párrafos llenos de encan-

to y poesía cuando habla de la patria, y explica lo que él entiende por ese gran sentimiento que dignifica al hombre que á él se ampara.

Si todo cuanto había escrito antes Federico de la Vega—verdadero puritano en sus ideas y en sus costumbres—no bastase para darle la reputación de uno de los más fecundos y brillantes escritores de nuestra España moderna, este libro, que debe aparecer en una de las semanas próximas, bastaría para llamar sobre él la atención de todos, valiéndole las palmas á que tienen derecho el talento, el estudio, la fecundidad, la galanura, y cuanto constituye el *mérito positivo* de un gran escritor.

Incansable en el trabajo, despues de esta obra publicará *Las menudencias históricas*, cuadros de la vida política de España y Francia durante los últimos veinte años; los *Diálogos científicos*, libro destinado á difundir las verdades del mundo físico, y á combatir las preocupaciones populares; los *Bocetos á la pluma y Cuadros al esfumino*, dos volúmenes en los que el autor recopilará los artículos de costumbres que durante quince años han venido publicando los diarios de América y Europa; *Caricias y arañazos*, otro volumen de poesías de diferentes géneros, en las que de la Vega pone de relieve, en medio de relámpagos de brillante luz, la hermosa variedad de su gran talento, fácil y espontáneo, y si como todas estas publicaciones no bastasen para darle *carta de ciudadanía* en el mundo de los que deben estar en el *Index*, de que hablamos al empezar, el literato, el novelista, escritor, periodista y poeta, publicará también un volumen de *Comedias*.

¿Cuántos hay de las *reputaciones consagradas*, que no tienen un caudal literario como éste?

Si el señor de la Vega no es ya tan conocido en todo España como debiera serlo, suya es la culpa; porque, modesto hasta la exageración, ni se ha cuidado de mandar aquí sus producciones durante los años que vivió lejos de la patria, ni mucho menos pedir á un amigo, de los muchos que tiene, que las diese á conocer.

Si tal misión se nos hubiese confiado hace años, grato nos habría sido desempeñarla; porque hay más que el placer, verdadera gloria, en ir á sorprender en el silencio en que vegetan á los hombres que tienen derecho al aplauso y á la popularidad.

Y pocos son los que lo hayan conquistado más que Federico de la Vega, cuyo talento vario, múltiple, fecundo, es apto para todo, como lo demuestran sus numerosos escritos.

C. DE AGUILERA.

#### FRASES.

Si la tristeza llama á las puertas de tu alma, ábrelas; mas si sospechas que la desesperación viene con ella, responde á su llamamiento con la voz de la humildad y del amor.

La verdadera felicidad consiste en la calma de las pasiones.

El hombre que ama puede decir que su corazón es un abismo sombreado por flores, al través de las cuales pasan algunos rayos de luz que caen un momento sobre sus recuerdos y sobre sus sombras.

El alma es un proscrito que pide á nuestro cuerpo un momento de hospitalidad.

Los sentimientos se convierten en pasiones, ódios ó crímenes, cuando cierran el camino á la justicia; pero ¡ay! muchas veces la justicia no puede ser la norma de nuestros actos sin convertirnos en instrumentos de aquellas pasiones, en objeto de aquellos ódios, ó en miserables encubridores de aquellos crímenes.

La vanidad es la única hija de la ignorancia y del placer.

Para el corazón tranquilo no hay más que un legislador, el verdadero poeta, y dos leyes, el amor y la virtud, que preceptúan nuestros deberes y secan nuestras lágrimas.

Cuando nada deseamos; cuando nuestro corazón está lleno de emociones purísimas y de infinitas esperanzas; cuando descansamos en un pensamiento profundo, celestial, perfecto, parecemos que todo se purifica y transforma en nuestros éxtasis, para elevarnos sobre el polvo de la tierra y sobre las sombras de las pasiones, y confundir nuestro espíritu con el inefable resplandor de la más completa perfección divina.

La vida es un sueño, una prueba... Lo que sentimos al despertar ¿será siquiera un sueño?

Son tan incompletas nuestras sensaciones, que solo dejan en nosotros un tenaz y confuso deseo de conseguir aquello que hemos despreciado, y que ya no existe.

El que únicamente ambiciona vanidades y riquezas, pierde el gusto de la pobreza y de la virtud, y vive sólo con su cuerpo.

Hay dos clases de ambición: una es libre, nobilísima y virtuosa; la segunda es una hipocresía palaciega, y tiene todos los caracteres de la más vergonzosa servidumbre.

El que predique la moral, no debe taparse el rostro.

La claridad y la sombra se confunden en nuestros sentimientos; por eso cuando baja hasta ellos un rayo de luz purísimo, celestial, inmaculado, nuestro espíritu se abate, y como lo que sentimos es más fuerte que el deseo, lloramos, porque todo nos anuncia que aquel rayo de luz que ha descendido hasta nosotros, brilla sólo un momento en una vida.

...Sus párpados, al cerrarse, caían sobre sus ojos como dos nubes transparentes sobre dos astros.

Hay momentos en que la naturaleza forma parte de mi corazón: ella florece, por decirlo así, bajo el influjo de mis alegrías, ó pierde sus colores, su majestad y su luz, para comunicar á mi espíritu sus tempestades y sus nieblas. La naturaleza sin el alma es una escena sin actor. ¡Cuántas veces creo que todo, todo, incluso yo, es un engendro monstruoso de mi fantasía, ó una ilusión ridícula de mis sentidos!

El edificio de la caridad debe ser modesto, levantado sin ruido y sin descanso.

Las satisfacciones más secretas son las más puras; las alegrías expansivas y bulliciosas se mezclan siempre con las lágrimas del desgraciado, con el egoísmo del dichoso y con la burla de los necios.

...El obrero, fijando su mirada en el féretro que encerraba el cadáver del más grande de aquellos héroes, dijo:

—Ahí está mi patria.

En otro tiempo, los cristianos que sobrevivían al martirio llevaban en su cuerpo y en su frente las pruebas de sus dolores; y esas pruebas eran santificadas por las bendiciones y lágrimas de un pueblo. Hoy la duda es el único fuego que deja arrugas en nuestra frente y sombras en nuestro pensamiento; ¡y esas arrugas y esas sombras, tan gloriosas como las cicatrices que el fuego, el hierro y las fieras dejaban en los cuerpos de los mártires, son profanadas por la burla y el desprecio de nuestros hermanos!

La ilusión es un velo interpuesto entre el deseo y la verdad.

...Moriste, como una flor tronchada, con toda tu pureza.

¿Volveremos á vernos?

¡Cuántas veces animé con mis lágrimas el céspe que nació sobre tu cuerpo!

Volveremos á vernos: me lo dicen todas las cosas; me lo dice el dolor, velo al través del cual solo veo á Dios y á tí.

Hay momentos en que creo que el amor no es más que una imagen animada por el deseo en un sueño feliz.

La vida no debe ser el mar embravecido y azotado por los vientos, por los escollos y por las tempestades, sino el arroyo cuya corriente serpea entre floridas riberas bajo el oscuro ramaje de los árboles que le dan sombra.

Lo que el mundo llama inocencia, no es más que una ignorancia feliz.

¡Blasfemol... ¿Quién no blasfema al estrechar manos de hielo, y al sentir en la garganta lágrimas que ahogan? ¿Quién no blasfema cuando la luz del día, las sombras del dolor y el fuego de una mirada caen sobre nuestro corazón y sobre nuestra frente, para dejar en ésta una arruga, un rayo de tristeza en los ojos, y vanidad, y duda, y egoísmo en el espíritu?

El hombre es la sombra de la felicidad.

Cuando estoy contento de mí mismo, pareceme que en mis palabras, actos, oraciones y lágrimas, se confunden la idea de Dios y mi gratitud, y que mi espíritu tiene la calma de una alegría infinita y sentimiento puro, completo y absoluto de la inmortalidad.

La virtud es la única fuente que dulcifica las lágrimas que recibe.

Cuando pensamos en la inutilidad y en la miseria de la vida, sentimos que nos falta algo; ese *algo* no puede llenar el vacío de nuestro orgullo y de nuestros placeres.

La religión es la poesía de la inteligencia.

El alma es un ave que no puede desplegar sus alas en la atmósfera del mundo. Es un águila herida: nació para vivir en los espacios, y agoniza en la sombra: su delirio, su enfermedad, su sueño, le hacen creer muchas veces que ha recobrado el imperio de los aires.

Pensemos que aun en nuestros regocijos, no somos más que polvo, deseos y dolores.

La prueba de que el alma es algo divino, la encuentro en que la belleza desconocida es para ella la única merecedora de un amor perfecto.

Los caprichos y enojos de la infancia y los de la vejez, están separados por las lágrimas, ilusiones, creencias, pasiones y virtudes de toda una vida; sin embargo, son iguales.

...No podía ser feliz. ¡Había pensado tanto en la edad en que no se piensa ni se llora! Cuando era niño, se inclinó sobre el abismo de su vida, y le vió lleno de muertos.

El amor nace en el alma como la aurora en el Oriente, sin celajes y sin sombras.

La infancia es un hermoso libro; su primera página es la inocencia, y su última palabra, *Dios*. Hoy, cuando leo ese libro, lloro sobre él, y al querer secar mis lágrimas, sus páginas se rompen y su última palabra desaparece.

...El rubor cubría su frente con una claridad rosada.

El alma, que al encontrarse sola, llena de sentimientos, de claridades y de esperanzas la soledad y las tinieblas, es admirable; y es mezquina la que pide al mundo satisfacciones vanas, alegrías inútiles y carcajadas que dominen los acentos de sus pasiones.

Una alegría tranquila es un sueño velado por la piedad y la pureza.

¡Cosa extraña! Cuando el mundo nos rodea, nuestro espíritu pasa á los hombres, para sentir y querer como ellos y para llenar de un egoísmo y de una vanidad inútil el vacío que en él dejaron las primeras meditaciones de un pensamiento humilde y los primeros sentimientos de un corazón divinizado por la inocencia.

Será preciso olvidarlo todo, dejarlo todo... Sobre la tumba no habrá más que un ciprés y una inscripción. ¿Qué amigo, qué mujer adorable, qué sér querido dejará una lágrima sobre el polvo *eternizado* por esa inscripción y escondido en la sombra de aquel ciprés?

Ambicionemos poco si queremos andar despacio por el camino de las ilusiones.

Las virtudes pierden su vigor y su belleza en las alegrías egoístas y vanas: en el espíritu humano, como en el mundo, no solo debe haber luz, sino sombras que, mostrándonos sus terribles misterios, nos muestren también las celestiales claridades de la verdadera felicidad.

El corazón de la vejez es un árbol seco, divinizado por el tiempo, pero desnudo de flores.

Yo quisiera vivir entre monumentos eternos y entre seres más duraderos y menos mezquinos que yo, para que mi espíritu, divinizado ante el espectáculo de una eternidad visible, pudiera dar al olvido su fragilidad y su ignorancia.

El amor es la vida llena de lágrimas de felicidad, de presentimientos y de cariño; por eso el corazón descansa en él como un pájaro en su nido, cantando entre flores y mirando al sol.

Ayer leí en *mi álbum* estas redondillas:

.....  
De mis hechos la grandeza  
Me apartó del vulgo ruin,  
Y logré poner por fin  
La guirnalda en mi cabeza.

Pero en días de ambicion,  
Fué más dichosa mi vida:  
¡Llevaba entonces ceñida  
La guirnalda al corazón!

El autor de estos versos morirá, si su pobreza y su suerte se lo permiten, como Alfredo de Musset, «embriagado de luz, de aromas y de gotas de rocío.» Canta, como el ruiseñor, en el silencio de la noche, y, al despuntar la aurora, olvida sus cantos, y enmudece. Ese poeta se llama Facundo Dorado y Diaz. Es un niño, pero su alma ha envejecido en su inspiración. Yo le aconsejo que no publique sus sentimientos. ¿Qué idioma podría expresar la sublime armonía de su alma?

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

### EL POETA.

Libre nací. Como el indócil viento  
crucé la tierra, peregrino errante,  
llevando en mi atrevido pensamiento  
el ideal de mi ambición gigante.  
Lancé á los aires mi fogoso acento,  
y abandonando mi regazo amante,  
dejé el país do se meció mi cuna,  
ávido de renombre y de fortuna.

Sentí en mi mente el insaciable anhelo  
que el hondo afán de lo infinito inspira,  
y como el ave que remonta el vuelo  
á las regiones de la luz que admira,  
vagué á mi antojo de la tierra al cielo,  
pulsé febril mi arrebatada lira,  
y al ronco son del píelago bravío  
dí rienda suelta al sentimiento mio.

Yo canté de la mar en las riberas  
las gracias de las sílfides y ondinas,  
al descubrir sus formas hechiceras,  
veladas por las ondas cristalinas;  
y en todas las fantásticas quimeras  
de las viejas edades peregrinas,  
hallé la inspiración de mis cantares,  
que me dieron las áuras populares.

Brotó despues, al son del caramillo,  
la égloga dulce y el idilio tierno,  
de las zagalas el amor sencillo,  
de los pastores el afán interno;  
y cuando al grito del feroz caudillo  
surgió la lucha y su dolor eterno,  
se oyó cantar en la soberbia trompa  
la épica hazaña y la guerra pompa.

Yo describí del héroe valeroso  
la insigne acción y el fuerte poderío;  
del jóven el arranque impetuoso;  
del noble anciano el temerario brío;  
la sien cení del paladín glorioso,  
blando en la paz, pero en la lid impío;  
y en la reñida justa y el torneo  
mi canto fué del vencedor trofeo.

Luego pulsé del trovador amante  
la delicada cítara sonora,  
y consagré mi cántiga anhelante  
á la beldad del corazón señora;  
y celebré su seno palpitante,  
de su faz la sonrisa seductora,  
el dulce néctar de sus labios rojos,  
y la alma luz de sus divinos ojos.

Hoy... huyeron las náyades del lago,  
abandonó Neptuno su tridente,  
murió, del tiempo al implacable estrago,  
la ninfa bella de la mar durmiente;  
ni gime Eólo con el viento vago,  
ni ruje en él su cólera indecisa,  
y en su dorado tripódete indecisa  
cayó la venerada Pitonisa.

Ya no levanta sus soberbios muros  
el señorial castillo poderoso,  
con sus recintos lóbregos y oscuros,  
su levadizo puente y ancho foso.  
De la torpe ignorancia á los conjuros  
no responde el espíritu medroso:  
pasó la tradición con sus quimeras;  
brilla la luz del mundo en las esferas.

Rompióse la cadena del esclavo,  
apareció la aurora del Derecho,  
del fanatismo derrumbóse al cabo  
el ídolo fatal, pedazos hecho;  
por la hermosa verdad, pujante y bravo  
latió del hombre el generoso pecho;  
y con santo fervor, jamás oculto,  
rindió á la patria cariñoso culto.

Y canto las conquistas de la ciencia,  
de las artes los vívidos fulgores,  
la augusta libertad de la conciencia,  
del trabajo los frutos bienhechores,  
de la pura moral la rica esencia,  
del progreso los bienes redentores,  
de la justicia el brillo soberano,  
y el vuelo audaz del pensamiento humano.

¡Y siempre así! Que mientras gire el mundo  
sobre sus duros ejes de diamante,  
y el alma inquieta, con afán profundo  
sus alas tienda hácia la luz brillante,

hé de aspirar al ideal fecundo  
en que hé cifrado mi ambición constante,  
y al entusiasmo que á mi mente inspira  
responderán las cuerdas de mi lira.

PLACIDO LANGLE.

### MEMORIAS DE UN LOCO.

(Conclusion.)

EPÍLOGO.

A eso de las tres de la tarde de un día del último otoño, hallábase reunidos en el gabinete donde me dedico á mis trabajos literarios, los doctores en Medicina señores Magon y Ferret, el profesor de Filosofía Sr. Maurin, y el conocido literato Sr. Pando de Minuesa, á quienes despues del cambio de saludos de costumbre, dirigí la palabra en estos términos:

—Se trata, señores, de examinar el estado de salud de una persona que me es sumamente querida, y con tal objeto he convocado á ustedes á mi casa. Veo que todos se han dignado honrar mi invitación, por cuyo motivo estoy muy complacido y les doy expresivas gracias.

—Entonces nosotros podemos retirarnos—exclamaron casi á un mismo tiempo los Sres. Maurin y Pando—puesto que no somos de la facultad.

—Al contrario—me apresuré á replicar—ustedes han sido también invitados, porque he considerado sus opiniones y su dictámen necesarios en el presente caso. Por una parte, la Filosofía nunca ha estado reñida con la Medicina, segun nos da á entender ya el mismo Hipócrates; y en cuanto á la Literatura, pronto tendremos ocasión de ver que en algunos casos especiales, como el presente, tiene íntimas conexiones con el estado de salud y de enfermedad del género humano. Creo que los doctores Magon y Ferret serán de la misma opinión.

—Efectivamente—dijo Magon—la Medicina necesita el concurso de todos los conocimientos humanos, y pueden darse casos en que la filosofía sea un cooperador eficaz del médico. Mata se ha visto en la necesidad de hacer un profundo estudio psicológico, para tratar con lucidez de las enfermedades mentales. La religión favorece la acción de la terapéutica, derramando un bálsamo suave y consolador sobre el espíritu del enfermo. El arte, obrando en un sentido reflejo sobre ciertos sistemas del organismo, contribuye á modificarlos.

—Mi colega ha puesto de manifiesto doctrinas universalmente admitidas—añadió el otro doctor—y yo no puedo nos de expresar mi absoluta adhesión.

—Ya que estamos conformes acerca de este punto, añadiré que el paciente de que se trata no se halla presente.

—¿Y no será posible verle?

—No, señores. Mis últimas noticias lo dan á más de dos mil leguas de distancia de nosotros; y aunque en la actualidad ignoro su paradero, supongo fundadamente que no se nos ha acercado. Creo que se halla en la América Meridional.

—¿Cómo! ¿abriga usted la pretensión de que desde aquí examinemos, y tal vez curemos á un enfermo que se encuentra en el Nuevo Mundo, cuyo paradero á punto fijo se ignora, y á quien quizá ninguno de nosotros ha visto ni conoce?

—Tal enfermo debe ser algún mito ó alguna abstracción—murmuró el profesor.

—Mi supuesto enfermo es una persona de carne y hueso como cualquiera de nosotros, y pronto exhibiré las pruebas.

—Al paso que vamos—agregó el doctor Ferret—mañana se pretenderá que nos encargemos de los enfermos del planeta Júpiter ó de la estrella Sirio, en el supuesto de que sea verdad que haya otros mundos habitados!

—Querido doctor, todo es cuestión de comunicaciones. Si por medio de ellas puede usted recibir todos los datos necesarios para formar el diagnóstico, ¿qué dificultad hay en que la Medicina establezca cuál es el estado patológico y los medios terapéuticos que pueden modificarlo favorablemente? Habiendo buenas comunicaciones establecidas, ¿quién puede impedir al médico el comunicar sus instrucciones al enfermo ó á los enfermeros, para que practiquen el sistema dietético y curativo que convenga á la enfermedad?

—Pero la enfermedad,—objetó el doctor Magon,—varía en muchos casos constantemente de síntomas, de aspecto, de intensidad y hasta de carácter, apareciendo frecuentemente nuevas complicaciones. De un día á otro puede haber muy sensibles cambios.

—Para tales casos, no en vano se ha inventado el telégrafo eléctrico, que trasmite instantáneamente la palabra aunque sea alrededor de nuestro globo. Además, estos cambios súbitos serán en todo caso aplicables á las enfermedades agudas y no á las que revisten carácter crónico.

—Creo, señores, que nos vamos por las ramas,—dijo el literato.—Concretando el asunto, será más fácil que se orillen estas dificultades. Sepamos de qué enfermo y de qué enfermedad se trata.

—Yo no me he permitido afirmar aun que tal enfermedad existe. Ese es el primer punto que ustedes están llamados á resolver, pues yo no vacilo en declarar que me considero impotente por mis escasos conocimientos, para formar sobre ello un juicio claro. Hay enfermedades engañosas que toman todo el aspecto de la salud, así como hay manías que afectan el carácter de enfermedades. Entre estas las hay del sistema nervioso de un carácter indefinible, así como las hay mentales capaces de engañar al más pintado. Los alienados presentan intermitencias de lucidez notable, que á veces duran muchos días, para caer despues en las más profundas aberraciones y extravíos. Los más grandes genios que venera la humanidad, han pasado por locos y han sido la bafa de las gentes; y nadie sería capaz de asegurar que entre los locos actuales, no se encuentra algún genio. Dícese que del genio á la locura no hay más que un paso.

—Pero no falta quien añade,—replicó el filósofo,—que la locura no es más que la caricatura del genio.

—De todos modos, el caso de que debemos ocuparnos es difícil de definir. Se trata de una manifestación intelectual en forma de producción literaria, que está llena de extravagancias y de originalidad, y cuyos pensamientos son tan nuevos como escéuticos.

—En las obras del ingenio,—observó el literato,—es indispensable que haya originalidad. En tiempos como los presentes, en que la literatura patria vive casi exclusivamente de malas traducciones y pésimos arreglos, de imitaciones desacertadas y de bufas y ridículas parodias, es doblemente recomendable todo esfuerzo que se haga para renovar las glorias de la musa nacional, aportando á la literatura algo que salga del camino trillado, que tan rutinaria y cómodamente recorren las medianías y vulgaridades que se encumbran en nuestros tiempos de decadencia.

—Sin embargo,—se apresuró á oponer el profesor de filosofía,—no todo lo nuevo es bueno. La novedad podrá constituir una de tantas condiciones de las obras literarias; pero hay otros principios esenciales que deben servirnos de eternos guías para formar nuestros juicios. Lo absurdo, lo inmoral y lo antiestético, debe condenarse siempre lo mismo en lo nuevo que en lo viejo.

—Vamos al grano. Planteemos nuestro problema en sus verdaderos términos, hay que averiguar el estado en que se encuentra la razón de una persona, examinando sus ideas, sus preocupaciones y sus sentimientos, vertidos en un escrito que reviste formas más ó menos literarias. La filosofía estudia los fenómenos de la inteligencia, de la voluntad y de la sensibilidad, como manifestaciones del espíritu en relación con Dios, con las leyes de la naturaleza y con los principios de la moral; las bellas artes se hacen cargo de estos fenómenos, en cuanto toman formas sensibles; y la Medicina observa estos mismos fenómenos, para descubrir por medio de ellos el estado de cierta parte de nuestro organismo. Yo al menos así lo entiendo, y por esta razón están representadas en esta consulta la Medicina, la Filosofía y la Literatura. ¿Es posible resolver el problema que propongo?

—Efectivamente,—dijo el doctor Magon, confirmando mis anteriores palabras;—los actos psicológicos son los principales síntomas de las enfermedades mentales y á veces lo son también la falta de esos actos; pero las doctrinas patológicas sobre esta clase de dolencias están erizadas de dificultades, y las opiniones facultativas de los autores son notoriamente contradictorias.

—Sin negar las dificultades de que hacé mención mi inteligente colega, me permito manifestar que la determinación del estado de locura es en general fácil para la ciencia, y en muchísimos casos es de sentido común. Donde yo encuentro las verdaderas dificultades, es en la clasificación de las enfermedades mentales que se presentan en la práctica, y en los métodos curativos que en ellas deben emplearse.

—Por ahora no vamos tan lejos, querido doctor. Sólo se trata de saber si hay ó no enfermedad. El estado psicológico del paciente se halla consignado en este manuscrito de su puño y letra. Cada idea, cada pensamiento, cada arranque de la pasión, podrá ser tomado por la Medicina como un síntoma, despues que la Filosofía y el arte hayan aquilatado su valor moral y estético.

—Vamos, pues, á ver lo que contiene el manuscrito,—dijo el literato movido por una instintiva curiosidad.

—Puede usted empezar su lectura,—agregó el filósofo dirigiéndose á mí gravemente.

—Sí, sí,—se apresuraron á exclamar los dos doctores,—que se lea cuanto antes el manuscrito.

—Ya que me otorgan tan unánimemente su permiso, daré principio á la tarea.—

En medio de la más profunda atención y recogimiento, empecé la lectura del manuscrito de Segismundo, que duró, más ó menos, por espacio de cinco horas. Durante ellas fui interrumpido varias veces por mis amigos, con el objeto de repetir algunos de los pasajes más importantes.

Cuando todos parecían más embobados en la narración y más interesados en conocer el desenlace, llegó la conclusión como la sacudida de un cañazo seco, ó como el incendio de un teatro que está en el segundo acto de la representación de una ópera nueva.

Todos los circunstantes hicieron un movimiento de impaciencia.

—Es singular,—exclamó el literato.—Esta es una acción sin desenlace, es un nudo en que todos los cabos quedan sueltos. Muchos autores de novelas se complacen en amontonar complicaciones, metiéndose en un laberinto sin salida, en un lío que ellos mismos no entienden; y no sabiendo luego cómo desatar su nudo gordiano, le dan un corte haciendo morir de mala muerte á todo lo que estorba. Por el contrario, Segismundo, despues de haber enredado la madeja, le pega un puntapié y la arroja á la calle, como diciendo: *ahí queda eso*.

—Pero desde luego,—observó el doctor Ferret,—parece que hay unidad en el tiempo, en el lugar, y en cierto modo en la acción; pues parece que ella está vinculada toda en un mismo personaje. Creo que los preceptos del arte clásico recomiendan esas tres unidades.

—Diré á usted, contestó el literato. Hoy día, del precepto antiguo, en rigor sólo ha quedado vigente la regla de la unidad de acción, que no consiste precisamente en que esté vinculada toda en un mismo personaje, aún cuando parece indispensable que haya uno que desuelle como principal y atraiga todas las miradas.

La regla de la unidad de acción suele infringirse por los malos autores presentando acciones distintas, y hasta cierto punto independientes, ó dando á un episodio ó á una acción de un orden secundario proporciones que eclipsen el interés de la acción principal, distrayendo la atención del lector ó haciéndole perder de vista el objeto culminante. A nadie se le había ocurrido infringir el precepto de la unidad sino por medio de la pluralidad; pero corresponde á nuestro autor la peregrina idea de faltar á esa regla, presentándonos tan sólo una fracción de unidad, pues lo positivo es que ahí no hay más que media novela, ahí no hay más que un problema sin solución.

—Esto,—dije yo,—no deja de ser una novedad; y me recuerda que el célebre Lope de Vega, cansado de ver que todas las comedias que se representaban conducían por un casamiento, escribió una cuya terminación fué un divorcio.

—Al fin esto era un desenlace, un verdadero desenlace, hecho de mano maestra, porque no hay nudo más estrecho que el matrimonio, ni desenlace más gráfico que el divorcio que desata ese nudo; pero nuestro autor ni desata, ni corta, ni pincha.

—Y ¿qué me dicen ustedes,—añade el doctor Magon,—de esa obra dramática que nunca llega á representarse ni á conocerse, de aquella lectura que no se acaba, de aquella historia que nunca llega á contarse, de aquellos sueños fantásticos y descabellados y de aquella aglomeración momentánea y estridente de acusación de asesinato, de estafa, de locura, de incendio, de hundimiento y de tempestad? ¿No es todo exagerado, no es todo monstruoso, no viene á ser el parto de una imaginación calenturienta y arrebatada?

—Cansados estamos, señores, de ver abusar de estos efectos teatrales á muchos autores que hasta han llegado á tener fama, en obras de títulos patibularios. La prueba de que el autor es el único que permanece sereno ante el cuadro de horrores que nos presenta, es la manera de concluir, pues con el reloj en la mano nos dice poco más ó menos: ya llegó la hora, ha terminado la función.—

Mientras nosotros sosteníamos esta discusión, el profesor de Filosofía había permanecido enteramente callado, lo cual excitó algún tanto mi curiosidad. Por tal motivo, me decidí á dirigirle la palabra y le dije:

—Callada está la Filosofía, representada aquí por el señor Maurin, que no suele ser avaro ni de su ciencia ni de sus palabras.

—Mis pensamientos, señores, se encaminan por rumbos muy distintos de los que hasta ahora ha tenido esta discusión. Yo me inclino mucho á creer, que realmente el pobre Segismundo está loco; pero que su locura es una locura sublime, que casi raya en las esferas del genio.

—Empiezo á creer,—se apresuró á interrumpir el literato,—que la enfermedad de Segismundo es peligrosa; porque me temo que nuestro amigo Maurin se haya contagiado, con toda su gravedad filosófica.

—Aunque la chanza del Sr. Pando es de un color algo subido, continuaré,—dijo el filósofo,—mi exposición. La enfermedad de Segismundo es una enfermedad social de la época presente, que se ha encarnado en una organización propia para que tomara un carácter agudo y una expresión máxima.

—¿Supongo que no nos echará usted un discurso de filosofía krausista?

—Al hacerme esta pregunta,—contestó el filósofo, que al parecer no tuvo paciencia para aguantar la segunda interrupción del literato,—ó se hace usted poco favor, ó la hace á sus maestros, los Sres. Salmerón y González Serrano; porque ó ellos han explicado mal á Krause, ó usted no los ha entendido.

—Usted comprenderá,—replicó el literato con afectada modestia,—que en esta alternativa en que me pone, mi elección no es dudosa; en lo cual creo que estaremos de acuerdo y usted podrá continuar si así le place.

—Aquí se ha dicho, señores,—continuó el filósofo reanudando el hilo de su discurso,—que en la ficción de Segismundo ó en la historia que nos cuenta, no hay unidad de acción, lo cual no niego; pero hay otra cosa más fundamental, más culminante, que es la unidad de pensamiento. La Literatura no encuentra esa unidad, porque la busca en las formas; pero la encuentra la Filosofía, porque la busca en el fondo del pensamiento y de los afectos del alma.

—La Literatura, y en general el arte, no puede jamás estar en desacuerdo con la Filosofía.

—Sin embargo, lo está en el presente caso, con ó sin razón, y de todos modos la culpa no será nuestra. Quien no vea más que la forma, verá en la creación ó obra de Segismundo, una serie de episodios casi sueltos ó desligados uno de otro; pero como toda acción no es más que un pensamiento, un designio, un principio abstracto presentado bajo formas sensibles, por poco que se examine se encontrará el mismo pensamiento brillando en cada una de sus formas y episodios. Ese pensamiento está presentado en abstracto y en concreto, bajo las formas objetiva y subjetiva en general y en particular. Cada episodio es una forma particular, concreta y subjetiva del mismo pensamiento. En un momento dado, cuando la imaginación del autor se remonta tomando todo su potente vuelo, entonces sintetiza y personifica este mismo pensamiento, dándole un tinte sombrío que pone espanto al lector.

—Según eso, ¿usted cree,—preguntó el doctor Ferret,—que el manuscrito de que nos ocupamos es una obra perfecta, casi clásica?

—Sin hacer precisamente esta afirmación, voy á decir algo más en abono de la obra de Segismundo. La inteligencia y la imaginación del hombre es tan pequeña, es tan circunscrita, que solo puede comprender las cosas estrechas y limitadas.

Necesitamos que, como nosotros, todo quede circunscrito, todo acabe. De toda obra humana queremos ver el principio y el fin. Es indispensable que toda acción termine, que todo personaje muera ó se reduzca á un estado de pasividad ó inacción. Mientras tanto, sucede de todo lo contrario en la naturaleza y en la humanidad. En la primera, nosotros somos un punto de una escala cuyos extremos se pierden en el infinito, nuestro mundo es un átomo de polvo mezclado con innumerables átomos infinitamente más grandes. El libro más portentoso, más sublime, más moral, que poseemos, es la Historia. La Historia es una obra de hombres, escrita bajo la inspiración divina, y por eso la Historia no tiene principio ni fin. Tengo la idea de que no faltaría literato que mataría con gusto á toda la humanidad, para que la Historia tuviese su correspondiente desenlace.

—Ese es un tiro á quemarropa,—exclamó el doctor Ferret, dirigiéndose á Pando de Minuesa.

—Se le ha vuelto la criada respondona,—añadió el doctor Magon.

—Señores, no interrumpamos á nuestro filósofo amigo, en lo más caluroso de su discurso.

—En realidad no hemos visto en la naturaleza ni en la humanidad nada que empiece ni que concluya; quienes empezamos y concluimos somos nosotros. No hay ninguna acción aislada de las demás, sino que todo se extiende y se encadena indefinidamente en sus causas y en sus efectos. Por el contrario, no sucede lo mismo tratándose del pensamiento, que en el órden natural es á representado por las leyes, y el material por las fuerzas. Estas todas se reducen á una, cada ley domina un órden completo de fenómenos, muchas leyes particulares están sometidas á una ley general, y al fin se reducen todas á la unidad. La unidad de acción, que tanto se recomienda, es un principio convencional y ficticio, y lo único racional es la unidad de pensamiento.

—Creo, señores,—interrumpió el literato con algo de socarronería,—que tendremos que resolver un problema previo que tocará muy de cerca á mi buen amigo Maurin, visto el calor con que defiende las excentricidades de Segismundo.

—Las chanzas de usted, mi querido Pando, no me harán variar un átomo mis opiniones.

—La filosofía suele mostrarse á menudo algo terca.

—Y la literatura algo superficial.

—Tengamos la fiesta en paz, señores, si á ustedes place.

—Me parece,—observó el doctor Magon,—que la Filosofía se había propuesto demostrarnos que Segismundo está loco, y ha concluido al parecer, por demostrar que es un sábio.

—Es que la locura no está precisamente en las formas que hasta ahora he estado analizando, sino en el fondo. He dicho que en Segismundo se ha encarnado una enfermedad social.

—Explíquenos este nuevo misterio de la encarnación, si no es incomprendible para nuestra inteligencia, como el de la segunda persona de la Santísima Trinidad,—dijo el doctor Ferret, que hacia rato guardaba silencio.

—Cada época histórica lleva consigo sus profundas aberraciones, sus crasos errores y sus extravíos, que se apoderan más ó menos de los espíritus. La inmensa mayoría de los hombres siente y piensa poco, y está dominada por sus necesidades materiales y sus hábitos. Las muchedumbres tienen una voluntad muy débil, que se subordina fácilmente á otra voluntad más energética, siguen las corrientes generales, aceptan sin exámen ideas y principios, movidas generalmente por impresiones pasajeras, golpes teatrales, intereses del momento ó vivas pasiones. Pero hay seres dotados de una organización privilegiada, de un espíritu culto, de una voluntad energética, que sienten con mucha mayor fuerza y tienen un poder intelectual considerable. Introducidos en el espíritu de esos hombres un error fundamental, y los veréis entonces totalmente transformados y dominados por aquel pensamiento, que los llevará á las más funestas consecuencias. La época presente se ha impregnado de un individualismo anárquico, llevado hasta un extremo que desconoce la legitimidad y la necesidad de toda autoridad divina y humana.

—Amigo Maurin,—dijo interrumpiéndole el doctor Magon,—pienso que se está usted metiendo en muchas honduras, y que el calor con que empieza á expresarse, dará que sentir á la Filosofía que usted representa.

—La Filosofía no está ni puede estar divorciada del sentimiento natural de entusiasmo que debe inspirar á todo hombre de corazón sano y de conciencia recta, lo bueno, lo bello y lo verdadero. Existen en realidad hoy un conjunto de utopías ó sistemas sociales, que aun cuando se diferencian en los detalles, tienen un solo principio fundamental: exaltar la personalidad humana, despertar en ella aspiraciones y apetitos insaciables, halagar todas las pasiones, legitimar todos los desórdenes y todas las intemperancias, exagerar el poder del hombre, excitar en alto grado su orgullo y su vanidad, hacer del hombre un sér intratable, para que quede convertido en una fiera indomable y sea imposible la sociedad. En aras de ese personalismo, que es la verdadera lepra que corroe las entrañas de los Estados modernos, se ha tratado de destruir por medio de la piqueta revolucionaria, todos los vínculos sociales. Rousseau fué el que dió el primer dogma á estas escuelas, haciendo á la sociedad hija de un pacto convencional, y convirtiendo al hombre natural en un animal feroz. Mably puso la segunda piedra en este edificio, dándonos el sistema democrático, mediante el cual se otorga la razón á las mayorías, sancionando el antiguo derecho de la fuerza expresada en otra forma y entregando la dirección de las sociedades á las masas inconscientes é ignorantes...

—Señor Maurin, no parece sino que se ha vuelto usted ultramontano.

—Le van á tomar por carlista.

—Van á tomar su filosofía por una filosofía facciosa.

—Por este camino va á perder usted su popularidad, y el día que los estudiantes de su cátedra huelan sus opiniones, seguramente le hacen alguna trastada.

—No se preocupen de esto, señores,—añadió el profesor con intención;—estando en país que goza de libertad, que está regido por el sistema constitucional, en que tenemos tantos periódicos encargados en denunciar los abusos, tantos representantes del pueblo que velan por nuestros intereses y por nuestras leyes, tantos magistrados que administran justicia y persiguen los crímenes, ¿qué tenemos que temer? ¿No son libres las opiniones, no es libre la prensa? Kant nos regaló los derechos individuales, ilegales é inalienables, haciendo el ciudadano superior al Estado; es decir, la parte superior al todo; por consiguiente, si el Estado nos tose, con las obras del filósofo alemán, podremos formar una barricada con que resistirle.

—Mire usted, señor Maurin, que se estralimita.

—De este modo,—continuó el filósofo impertérrito,—se ha logrado disolver la sociedad y la familia. En el órden político no hay gobierno posible; en el seno de la familia, la mujer se emancipa del hombre y se proclama independiente; los hijos, educados en esta misma escuela, se rebelan contra los padres; se reclama la disolución del matrimonio; el amor libre; el abandono de los hijos; la confusión en la paternidad, y el caos en todos los derechos, en todos los intereses, en todos los vínculos de consanguinidad, hasta llegar á producir las uniones incestuosas más nefandas y la pérdida de todo pudor, de toda honestidad, de toda vergüenza...

—Señor filósofo, mire usted que descarrila y se va por los cerros de Ubeda.

—Perdonen ustedes la digresión. Quitados al hombre todos los frenos; abandonado á sus pasiones; dotado de aspiraciones que no puede satisfacer en este mundo, porque son de un órden superior; desconociendo su origen divino y sus ulteriores destinos; sirviéndole de tormento aquello mismo que debiera ser su consuelo y su esperanza, vive en una eterna desesperación, sumergido en infinitas amarguras. Dios, que ha dado al hombre un alma espiritual dotada de inteligencia y sensibilidad, ha dispuesto que este mismo beneficio fuese el más grande castigo de nuestra rebelión y de nuestra ingratitud. Segismundo, que es un alma sensible, una imaginación ardiente, una fantasía exaltada, se ha impregnado profundamente de las aberraciones y extravíos de nuestros tiempos; y su misma exquisita sensibilidad, le sirve de constante martirio.

No puede encontrar en este mundo paz ni reposo, y no puede recibir el consuelo inefable de una eterna esperanza. Algun terrible desengaño segó en flor algunas de sus más queridas ilusiones, y se ha vuelto misántropo. Sueña despierto, y se exaspera por cualquiera contrariedad, por insignificante que sea. Se ha vuelto excéptico y pesimista, y ha reducido la vida á una lucha estéril en que batalla sin saber por qué, y en la seguridad de que ha de ser vencido perdiendo cada día una esperanza, ó una ilusión, ó un consolador aliciente. Tal es el pensamiento que rebosa en Segismundo, que trata de inculcarnos, y que no contento de presentarle en acción en sus varios episodios, en forma de reflexiones y máximas, y, en la de sueños y de visiones fantásticas, aspira á despertarlo en sus lectores de un modo subjetivo, haciendo que vean defraudadas sus esperanzas ó sus deseos, ocultándoles el desenlace de su cuento. Segismundo es una alma enferma; pero lo repito: en mi sentir, su enfermedad está entre la locura y el genio.

—¡Bravo, bravo! se ha explicado usted como un Séneca... de la corte de Carlos Tercero,—exclamó el literato.

—Ahora me parece que toca á la Medicina decir la última palabra,—agregué yo, viendo que la conferencia se iba ya prolongando demasiado.

—El caso,—dijo el doctor Magon afectando gravedad,—es más serio de lo que á primera vista parece, porque según la filosofía de nuestro amigo Maurin, declarando enfermo á Segismundo, queda *ipso facto* declarada loca media humanidad.

—Hay en la locura,—dijo el doctor Ferret, tomando un tono parecido al del que va á dar un dictámen,—diversos géneros y diferentes grados. Los autores separan ante todos cosas que por cierto merecen distinguirse. Entre los enfermos de la razón, los hay, digámoslo así, por exceso y por defecto. Los primeros lo son por ineptitud intelectual, y sus facultades se caracterizan por su estado obtuso é inapetente; los segundos se hacen notar, por el contrario, por su actividad intelectual y su exaltación, y son los que por antonomasia se califican de locos. Seguramente que si Segismundo está enfermo, no es de los primeros, sino de los segundos.

—Hable usted con franqueza y sin temor; pues Segismundo, que al parecer se impresiona mucho de verse calificado de loco, se encuentra *algo* distante de nosotros.

—En realidad, la locura es difícil de definir, y los autores se encuentran en este punto en completo desacuerdo. Unos la hacen consistir en la falsa apreciación de las cosas, en que la inteligencia está dominada por lo absurdo ó por la aberración. En tales casos, entre el loco y el hombre errado, no habría diferencia sustancial, y se explicaría que hubiese muchos locos con largos intervalos de lucidez. Otros hacen consistir la locura en los actos de la voluntad, suponiendo que loco es todo el que obra sin el libre albedrío y sin conciencia de sus acciones; y por fin, hay la opinión de que la locura proviene de una exaltación de la sensibilidad, de una irritación del sistema nervioso, irritación que se trasmite al cerebro, produciendo por intermitencias aberraciones y ofuscaciones que revelan el estado anormal de la razón. Para mí las tres causas son origen de verdadera locura, y la última engendra la conocida con el nombre particular de monomanía. Esa es precisamente la que afecta á Segismundo.

—Yo estoy de acuerdo con la opinión final de mi colega,—manifestó el doctor Magon,—aun cuando disiento en las premisas. Segismundo es realmente un loco monomaniaco, género de enfermedad que de entre todas las mentales es la más fácil de curar.

—¿No tiene usted más antecedentes de la enfermedad que ese manuscrito que nos ha leído?

—Poseo también la carta, que junto con él me ha dirigido, y que voy á leer.

Entonces saqué el original de la carta que figura en el prólogo, y le di lectura.

—Quevedo preguntaba siempre cuando ocurría algun lance, ¿quién es ella?—dijo el literato.—*El recuerdo de Esperanza no se borra de mi mente*, dice la carta; hé aquí despejada la incógnita.

Efectivamente, la impresión y los efectos de unos amores desgraciados, duran todavía en el ánimo de Segismundo, según se puede colegir del párrafo final de la misma carta. *Si algun día me curo de mi funesta pasión, te volveré á ver.*

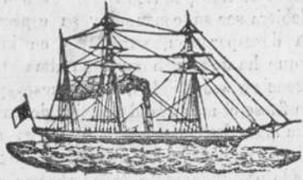
—Y ¿quién es esa Esperanza?—Se aventuró á preguntar el doctor Ferret;—y perdonen, —añadió,—la indiscreción.

—Esperanza,—dije yo algo conmovido por lejanos recuerdos,—fué en otros tiempos la personificación de las ilusiones más bellas y vaporosas de un soñador adolescente. *Era la imagen de un ángel, que el cielo había enviado para hacer concebir á los mortales un mundo superior á nuestro mundo. Cándida fué su frente, inocente su mirar, esbelta y flexible su talle.* Después pasó á ser la consorte de un rico propietario, que tenía más aún de bruto que de rico. Hoy es una mujer obesa, mofletuda, de voz chillona, con más bigotes que un gastador, madre de seis muchachos mal criados é impertinentes, á quienes día y noche está regañando.

—¡Eureka! ¡Eureka!—exclamó el doctor Magon entusiasmado.—La locura de Segismundo está curada. Que se le envíe por conducto seguro el retrato de Esperanza: tal es mi receta.

PEDRO ARNÓ.

## ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPANIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPANIA).

## SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10. hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para:

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 2.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. de Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

## MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

CAMPOAMOR

## COLON.

POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmeradamente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda España.

Diríjanse los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

## EL BANDOLERISMO

## ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO  
Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORÍGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS

Y

CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirijirán los pedidos acompañados de su importe.

**KANANGA DEL JAPON**  
RIGAUD y C<sup>ia</sup>, Perfumistas  
PARIS — 8, Rue Vivienne, 8 — PARIS

El Agua de Kananga es la locion más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga, suavisimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Aceite de Kananga, tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y evita su caída previene el más grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.

Jabon de Kananga, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Polvos de Kananga, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Depósito en las principales Pertumerias

## BANCO DE ESPAÑA.

El Consejo de gobierno de este Banco ha acordado enajenar en licitacion pública 2.240 acciones que faltan por emitir para completar el capital de 150 millones de pesetas, señalado como límite en la ley de 19 de Marzo de 1874, con derecho á los beneficios obtenidos desde 1.º de Enero del corriente año, debiendo efectuarse la enajenacion con arreglo á las siguientes

## CONDICIONES.

1.ª El acto tendrá lugar, á las dos de la tarde del día 10 de Mayo, en el salon de juntas generales del Banco, calle de Atocha, núm. 32.

2.ª Media hora antes de empezar la licitacion, una comision, presidida por el señor gobernador, y compuesta de los subgobernadores, tres consejeros, el interventor, el asesor y el secretario del Banco, fijará el precio mínimo de cada accion, el cual se consignará en pliego cerrado, que se pondrá de manifiesto al dar principio el acto.

3.ª Los que hayan de interesar se en la licitacion, entregarán sus proposiciones, en pliegos tambien cerrados, al presidente de la subasta, desde el momento de abrirse ésta hasta media hora despues precisamente.

4.ª Las proposiciones se extenderán en hojas uniformes, segun el adjunto modelo, de que se facilitarán ejemplares en la portería del Banco.

Cada hoja deberá contener una sola proposicion, expresando con toda claridad, y en letra, el número de acciones enteras, desde una en adelante, que desee adquirir el proponente, y el precio, en pesetas, que ofrece por cada una.

5.ª A cada proposicion debe acompañar el resguardo de un depósito en efectivo constituido en las cajas de este establecimiento por la cantidad á que ascienda el 10 por 100 del importe de las acciones por que se interese el licitador al precio que el mismo ofrezca.

6.ª A las dos y media en punto del expresado día se abrirá el pliego que contenga el precio mínimo de las acciones fijado por el Banco, y se publicará por el presidente que autorice el acto, procediéndose inmediatamente á la apertura de los pliegos de las proposiciones.

7.ª A medida que se abran y publiquen dichos pliegos, se eliminarán las proposiciones en que se ofrezca un precio inferior al fijado por el Banco, así como las que estén suscritas por personas diferentes de las que hayan constituido los depósitos que á ellas se refieran.

En uno y otro caso se devolverán á los interesados los resguardos de los depósitos que hubieren presentado.

8.ª Si algun depósito, comparado con la proposicion á que debe servir de garantía, fuere inferior al tipo presando el domicilio del proponente que designa la condicion quinta, se entenderá reducida la proposicion al número de acciones que quepa en el mismo depósito.

9.ª Eliminadas las proposiciones defectuosas é inadmisibles, se procederá á la clasificacion de las demás, admitiéndose primero las que ofrezcan más alto precio, y sucesivamente las que las sigan.

10. Si ocurriese que en dos ó más proposiciones se ofreciera igual precio y no hubiese el suficiente número de acciones para cubrir las, se prorratearán entre ellas las que quedan disponibles.

En este caso se cancelarán los depósitos que acompañen á dichas proposiciones, constituyéndose simultáneamente otros por las cantidades que correspondan á las acciones adjudicadas, devolviéndose á los interesados la diferencia.

11. Los resguardos de los depósitos pertenecientes á proposiciones, á que no haya sido posible atender por falta de acciones, se devolverán en el acto.

12. La entrega de los títulos de inscripcion de las acciones adjudicadas se hará el día 31 del repetido mes de Mayo á las mismas personas que hubiesen firmado las proposiciones ó á las que autoricen en debida forma para recibirlas, previo el pago en la caja del Banco del precio á que se hubiesen rematado.

13. Pasado dicho día 31 sin haber el pago de las acciones, perderán todo derecho á ellas las personas á quienes se hubiesen adjudicado, y además el depósito, cuyo resguardo hayan acompañado á su proposicion, quedará á beneficio del Banco.

## MODELO DE PROPOSICION.

El que suscribe, deseando adquirir..... acciones del Banco de España, de las que se rematan en este día, ofrece por cada una de ellas pesetas..... y se obliga á entregar en la caja del establecimiento, para el día 31 del corriente, el importe de las que se le adjudiquen, con arreglo en un todo á lo prescrito en la condicion 12 del anuncio publicado para la subasta.

Madrid..... de..... de 1883.

(Firma del proponente.)

Madrid 20 de Abril de 1883.—El Secretario.

Por acuerdo del Consejo de gobierno se abre concurso para la obra del vaciado para sótanos en el solar perteneciente al Banco en la calle de Alcalá, núm. 74, y paseo del Prado, número 2.

Las condiciones de la obra y del contrato están de manifiesto en la Secretaría del Banco desde hoy hasta el día 1.º de Mayo inclusive, á las tres de la tarde; las del concurso son las siguientes:

1.ª Las proposiciones escritas y firmadas se entregarán en la Secretaría del Banco (Atocha, 15), hasta las tres de la tarde del día 1.º de Mayo próximo bajo pliego cerrado y acompañado del resguardo del depósito á que se refiere la regla siguiente, ex de garantía, fuere inferior al tipo presando el domicilio del proponente que designa la condicion quinta, se entenderá reducida la proposicion al número de acciones que quepa en el mismo depósito.

2.ª A cada proposicion acompañará necesariamente el resguardo de un depósito en las Cajas del Banco de 8.000 pesetas en efectivo, ó en Deuda amortizable al 4 por 100 por su valor nominal.

3.ª El precio del metro cúbico de vaciado no excederá de 3 pesetas 25 céntimos, ni el del metro cúbico de demolicion de cimientos y obras vieja que resulten podrá exceder de 4 pesetas.

4.ª Los proponentes podrán entrar en el solar para examinar y sondar los pozos abiertos en diferentes puntos para conocer las condiciones del terreno y apreciar cuantas circunstancias consideren necesarias.

5.ª Las proposiciones serán examinadas y juzgadas por los arquitectos del Banco y por una comision del Consejo de gobierno, reservándose aceptar la que se considere más conveniente.

6.ª Los depósitos relativos á las proposiciones que no sean admitidas se devolverán á los interesados.

7.ª El interesado en la proposicion que sea aceptada firmará su conformidad con las condiciones por duplicado juntamente con los arquitectos del Banco y la representacion de éste.

8.ª La obligacion del contratista es exclusivamente personal, y no podrá ceder, traspasar, ni subrogar el contrato en todo ni en parte, siendo el único responsable del cumplimiento de su compromiso.

Madrid 23 de Abril de 1883.—El secretario, Juan de Morales Serano.

## BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Cédulas hipotecarias, 5 por 100.

En representacion de los préstamos hipotecarios realizados, el Banco emite CÉDULAS con interés de 5 POR 100 al año, sobre su capital nominal.

Estos títulos tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas y la subsidiaria del capital del Banco.

Los intereses se pagan semestralmente en 1.º de Abril y 1.º de Octubre, en Madrid y en las capitales de provincias.

Los que deseen adquirir dichas Cédulas podrán dirigirse en Madrid directamente á las Oficinas del Establecimiento, ó por medio de Agente de Bolsa, y en provincias á los Comisionados del mismo.

## LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante veintitres años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTUVA Y C.ª  
Caños, 1.